

# James Baldwin



## Blues de la calle Beale



de

*La señora Victoria María San Felipe  
Sánchez de Rogers declara que la  
noche del 5 de marzo, entre las once  
y las doce, en el vestíbulo de su casa,  
fue atacada con fines deshonrosos  
por un hombre que después reconoció  
en la persona de Alonso Hunt...*

El tema del falso culpable es uno de los que a lo largo de la historia de la literatura aparecen constantemente como núcleo central de una trama. En «Blues de la calle Beale», Fonny, un joven negro de veintidós años, es acusado de un delito que no ha cometido. Su historia de amor, de sufrimiento y de marginación nos será narrada por boca de Tish, la compañera de Fonny, que espera un hijo de éste.

La lucha de ambos por sobreponerse a su destino de seres marginados por el color de su piel y por su pobreza, en la despiadada Nueva York, conmueve y golpea nuestras conciencias. Al final de la lectura resta un poso de tristeza y ternura que remeda a la perfección el efecto que producen los blues, las tristes canciones de los negros norteamericanos, compuestas para liberarse de la vida, hechas de llanto y de voz.



James Baldwin

# **Blues de la calle Beale**

ePub r1.0

**Titivillus** 19.01.2017

Título original: *If Beale Street Could Talk*

James Baldwin, 1974

Traducción: Enrique Pezzoni

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



*Para Yoran*

*Mary, Mary, ¿cómo piensas llamar a este hermoso bebé?*

# I

## AFLICCION EN MI ALMA

**M**E miro en el espejo. Sé que me bautizaron con el nombre de Clementine. Por eso tendría sentido que me llamaran Clem. Y pensándolo bien, hasta podrían llamarme Clementine, ya que ése es mi nombre. Pero no. Me llaman Tish. Supongo que también eso tendrá sentido. Estoy cansada y empiezo a creer que todo lo que sucede tiene sentido. Si no lo tuviera, ¿cómo podría suceder? Pero qué cosas se me ocurren. Sólo puedo pensar así por culpa de la aflicción que siento. Una aflicción sin sentido.

Hoy he ido a visitar a Fonny. Tampoco él se llama así. A él le bautizaron con el nombre de Alonso. Y tendría sentido que le llamaran Lonnie. Pero no, siempre le hemos llamado Fonny. Alonso Hunt: ése es su nombre. Le conozco desde que era niña y espero seguir conociéndole mientras viva. Pero sólo le llamo Alonso cuando no tengo más remedio que incordiarle con algún problema de mierda.

Hoy le he dicho:

—Alonso...

Fonny está en la cárcel. Por eso yo estaba sentada en un banco, frente a una mesa, y él estaba sentado en otro banco, frente a otra mesa. Y los dos nos mirábamos a través de una pared de vidrio. No se oye nada a través de ese vidrio. Así que cada uno de nosotros tenía un teléfono pequeño. Y a través de él nos hablábamos. No sé por qué la gente siempre mira hacia abajo cuando habla por teléfono, pero siempre lo hace. De vez en cuando, hay que acordarse de levantar los ojos para mirar a la persona con quien uno habla.

Ahora me acuerdo siempre, porque Fonny está en la cárcel y adoro sus ojos y cada vez que le miro tengo miedo de no volver a verle nunca más. Así

que en cuanto llego a ese sitio levanto el teléfono y no dejo de mirar a Fonny ni un segundo.

Por eso cuando dije «Alonso...», él miró hacia abajo y después levantó los ojos y sonrió y sostuvo el teléfono y se quedó esperando.

Eso de mirar a través de un vidrio a la persona a quien uno quiere no se lo deseo a nadie.

Y no le di la noticia como había pensado. Había pensado dársela con toda naturalidad, para que no se afligiera y comprendiera que se lo decía sin que se me pasara por la cabeza la idea de echarle la culpa.

¿Saben ustedes? Conozco muy bien a Fonny. Es muy orgulloso y se preocupa por todo y, ahora que lo pienso, me doy cuenta —aunque él mismo no lo sepa— de que éste es el principal motivo por el cual ahora está en la cárcel. Sí, Fonny ya está metido en demasiados líos como para empezar a preocuparse por mí. Pero sabía que no había escapatoria. Él tenía que saberlo.

Además, se me ocurrió que por la noche, al acostarse, cuando descansara de sus preocupaciones, cuando estuviera solo, completamente solo, metido en la parte más honda de sí mismo, cuando volviera a pensar en la noticia, quizá se alegraría. Y eso podía ayudarlo.

Le dije:

—Alonso, vamos a tener un hijo.

Le miré. Sé que sonreí. Fonny puso una cara como si se hubiera zambullido en el agua. Yo no podía tocarle. Y tenía tantas ganas de tocarle. Sonreí de nuevo y las manos se me humedecieron sobre el teléfono y después durante un instante no pude ver a Fonny y sacudí la cabeza y tenía la cara mojada y le dije:

—Estoy muy contenta. Estoy muy contenta. No te preocupes. Estoy muy contenta.

Pero Fonny ya está muy lejos de mí, a solas consigo mismo. Esperé que volviera, vi la sospecha que le pasó como un relámpago por la cara: ¿Será hijo mío? No es que dude de mí. Pero los hombres siempre piensan eso. Y durante esos pocos segundos, mientras se alejó de mí y se quedó a solas consigo mismo, lo único real en el mundo era mi hijo: más real que la prisión, más real que yo misma.

He debido aclararlo antes: no estamos casados. Esto es más importante



para él que para mí. Pero lo entiendo. Estábamos a punto de casarnos cuando lo metieron en la cárcel.

Fonny tiene veintidós años. Yo, diecinueve.

Entonces Fonny me hizo esa pregunta ridícula:

—¿Estás segura?

—No, no estoy segura. Te lo digo para fastidiarte.

Entonces Fonny sonrió. Sonrió porque de repente entendió lo que pasaba.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó, como un niño.

—Bueno, no vamos a ahogarlo. Será mejor que lo criemos.

Fonny echó la cabeza hacia atrás y rió, rió hasta que le cayeron lágrimas por la cara. Y yo sentí que ya había pasado ese primer momento que me daba tanto miedo.

—¿Se lo has dicho a Frank? —me preguntó.

Frank es su padre.

—Todavía no —le dije.

—¿Y a tus padres?

—Todavía no. Pero no te preocupes por ellos. Quería que tú fueras el primero en saberlo.

—Bueno, al fin y al cabo no tiene nada de raro —dice Fonny—. Un hijo...

Me miró y después bajó los ojos.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Lo de siempre. Trabajaré hasta el último mes. Después, mamá y Sis se encargarán de mí. Tú no tienes por qué preocuparte. Además, para entonces ya te habremos sacado de aquí.

—¿Estás segura de eso? —preguntó con su sonrisita.

—Claro que estoy segura. Siempre estoy segura de eso.

Sé qué pensaba Fonny. Pero yo hago lo posible para no pensar en eso: no en estos momentos, cuando estoy mirándolo. Yo tengo que estar segura.

Apareció el hombre a espaldas de Fonny. Era la hora de irse. Fonny sonrió y levantó el puño, como siempre, y yo levanté el mío y él se puso de pie. Cada vez que le veo en ese sitio me sorprende un poco lo alto que es. Claro que ha perdido peso y es por eso que parece más alto.

Volvió la espalda, traspasó la puerta, la puerta se cerró tras él.

Me sentía mareada. Apenas había comido en todo el día y ya se hacía tarde.

Salí del cuarto para cruzar esos enormes pasillos que he llegado a odiar tanto, esos pasillos más grandes que el desierto de Sahara. El Sahara nunca está vacío; esos pasillos nunca están vacíos. Si uno cruza el Sahara y se cae, los buitres empiezan a volar en círculo, presintiendo, husmeando la muerte. Vuelan en círculos cada vez más bajos: esperan. Saben. Saben con exactitud cuándo estará lista la carne, cuándo dejará de luchar el espíritu. Los pobres siempre están cruzando el Sahara. Y los abogados y los leguleyos y toda esa caterva andan en círculo en torno a los pobres, como buitres. Claro que no son más ricos que los pobres, a decir verdad, y por eso se han convertido en buitres, en devoradores de carroña, en inmundos basureros. Y hablo también de las prostitutas negras, que por muchos motivos son peores aún. Creo que si tuviera que hacer lo que hacen ellas me moriría de vergüenza. Aunque he llegado a pensarlo y ya no sé si me avergonzaría tanto. No sé de qué sería capaz con tal de sacar a Fonny de la cárcel. Aquí nunca he visto ninguna vergüenza, salvo la que siento yo, y la vergüenza de las negras trabajadoras que me llaman «hija», y la vergüenza de las orgullosas puertorriqueñas que no pueden entender qué ha sucedido —los pocos que hablan con ellas no saben español— y que se avergüenzan de que los hombres a quienes han querido estén en la cárcel. Hacen mal en avergonzarse. Los que deberían avergonzarse son los que están al mando de estas cárceles.

Yo no me avergüenzo de Fonny. Si algo siento por él, es orgullo. Fonny es todo un hombre. Lo demuestra por el valor con que soporta toda esta mierda. Confieso que a veces tengo miedo, porque nadie es capaz de soportar eternamente la mierda que le tiran encima. Lo que hay que hacer es acostumbrarse a vivir al día. Si nos ponemos a pensar en todo lo que nos espera, si hacemos siquiera el intento de pensar en lo que nos espera, es imposible aguantar.

Algunas veces vuelvo a casa en metro; otras veces cojo el autobús. Hoy he cogido el autobús porque tarda un poco más y tengo la cabeza hecha un lío.

Tener problemas produce a veces un efecto raro. No sé si podré explicarlo. Hay días en que nos parece que vivimos como de costumbre,

oyendo a los demás, hablando con ellos, trabajando o, por lo menos, viendo que el trabajo queda hecho. Pero la verdad es que en esos días no vemos ni oímos a nadie; y si alguien nos pregunta qué hemos hecho durante el día, tenemos que pensar un rato antes de contestar. Pero al mismo tiempo, y en esos mismos días —esto es lo más difícil de explicar—, vemos a los demás como nunca los hemos visto. Todos brillan como filos de navajas. Quizá sea porque antes de que empezaran nuestros problemas los mirábamos de otro modo. Quizá sea porque ahora nos interesamos mucho más por ellos, y de manera muy distinta, y eso nos los hace ver como a extraños. Quizá sea porque estamos asustados, confundidos, y ya no sabemos con quién podremos contar en el futuro para que nos ayude.

Y aunque los demás quisieran ayudarnos, ¿qué podrían hacer por nosotros? Yo no puedo decir a cualquiera que viaje en este autobús: «Óigame, Fonny anda metido en líos y está en la cárcel». (¿Se imaginan qué pensarían en este autobús si supieran por mis propios labios que quiero a alguien que está en la cárcel?) «Y yo sé que no ha cometido ningún delito; es una persona maravillosa: por favor, ayúdeme a sacarlo». ¿Se imaginan lo que pensarían en este autobús? ¿Qué pensarían ustedes? No puedo decir: «Estoy dispuesta a tener a mi hijo, y al mismo tiempo tengo miedo, y no quiero que le pase nada malo al padre de mi hijo. ¡Por favor, no permitan que se muera en la cárcel!». Uno no puede ir diciendo esas cosas. Lo cual significa que uno no puede decir nada. Tener problemas es lo mismo que estar solo. Uno se sienta, mira por la ventanilla y se pregunta si se pasará el resto de la vida yendo y viniendo en este autobús. Y en ese caso, ¿qué sería de la criatura? ¿Y qué sería de Fonny?

Y cuando a uno le ha gustado la ciudad, descubre que ya no le gusta. Si alguna vez salgo de esto, si alguna vez salimos de esto, juro que no volveré a poner un pie en el centro de Nueva York.

Hace mucho tiempo me gustaba, cuando papá nos llevaba a mí y a Sis a pasear por el centro, y mirábamos la gente y los edificios, y papá nos mostraba tantas cosas, y a veces nos parábamos en Battery Park y comíamos helados y salchichas. Aquella era una época maravillosa y siempre estábamos muy contentos: pero era a causa de nuestro padre, y no de la ciudad. Era porque sabíamos que nuestro padre nos quería. Ahora puedo decir, porque lo

sé muy bien, que la ciudad nunca nos quiso. La gente nos miraba como si fuéramos cebras. Y ya saben ustedes: hay gente que les tiene simpatía a las cebras, y otras que no. Pero nadie trata a las cebras como a personas.

Es cierto que no conozco muchas ciudades: apenas he visto Filadelfia y Albany. Pero juro que Nueva York tiene que ser la ciudad más fea y sucia del mundo. Tiene que ser la que tiene los edificios más feos y la gente más perversa. La que tiene los peores policías. Y si realmente existe un lugar más horrible que éste, ha de ser tan parecido al infierno que apestará a carne humana frita. Y, ahora que lo pienso, ése es el olor de Nueva York en verano.

Conocí a Fonny en las calles de esta ciudad. Yo era pequeña; él, no tanto. Yo tendría unos seis años; él, cerca de nueve. Vivían en la acera de enfrente, él y su familia: su madre, sus dos hermanas mayores y su padre, que tenía una sastrería. Cuando me acuerdo, me pregunto para qué tendría esa sastrería: no conocíamos a nadie con bastante dinero como para encargarse ropa en una sastrería. Bueno, quizá muy de vez en cuando... Pero no creo que nosotros pudiéramos ser clientes de ningún sastre. Claro que, según me han dicho, la gente, la gente de color, ya no era tan pobre como cuando papá y mamá se conocieron. Ya no eran tan pobres como cuando estábamos en el sur. Pero les aseguro que éramos bastante pobres. Y todavía lo somos.

Fonny nunca me interesó hasta que nos mezclamos en una pelea. En realidad, ni Fonny ni yo teníamos nada que ver con la pelea. Yo tenía una amiga que se llamaba Geneva; era una niña barullera, andrajosa, con trencitas bien tirantes en la cabeza, grandes rodillas de color ceniza, piernas largas y pies enormes. Y siempre se estaba metiendo en líos. Naturalmente, era mi mejor amiga. Porque yo nunca me metía en líos. Yo era flaca y siempre tenía miedo y la seguía a todas partes y me complicaba en las mierdas que ella armaba. La verdad es que no había otra chica que me quisiera a mí y ya se habrán imaginado ustedes que no había otra que la quisiera a ella. Bueno, Geneva me dijo que no podía aguantar a Fonny. Cada vez que le miraba le daban ganas de vomitar. Continuamente me decía lo feo que era, con aquella piel de color patata cruda y mojada, aquellos ojos de chino, aquel pelo rizado, aquella boca como de trompeta. Y tan patituerto que tenía duricias en los

tobillos. Y a juzgar por lo levantado que tenía el culo, debía de ser hijo de una gorila. Yo estaba de acuerdo con ella porque no tenía otro remedio, pero la verdad es que no me parecía tan feo. Los ojos de Fonny me gustaban bastante y, para ser franca, pensaba que si los chinos tenían los ojos así no me habría importado irme a la China. Nunca había visto a una gorila, así que el culo de Fonny era perfectamente normal para mí; y, pensándolo bien, no era tan grande como el de Geneva. Y tardé mucho tiempo en darme cuenta de que sí, era cierto, Fonny tenía las piernas torcidas. Pero Geneva siempre andaba dando vueltas alrededor de Fonny. Creo que él ni siquiera se fijaba en ella. Siempre estaba ocupado con sus amigos, que eran los peores chicos del barrio. Siempre estaban corriendo por la calle, andrajosos, sangrando, cubiertos de magulladuras. Y justo antes de aquella pelea le habían roto un diente a Fonny.

Fonny tenía un amigo que se llamaba Daniel. Era un negro grandote que le tenía ojeriza a Geneva casi tanto como Geneva a Fonny. No me acuerdo de cómo empezó la cosa. Pero al fin Daniel y Geneva cayeron rodando al suelo y yo tiraba de Daniel para sacársela de entre las manos y Fonny tiraba de mí. Me volví y le golpeé con lo único que encontré a mano, algo que cogí del cubo de la basura. Era sólo un palo, pero tenía un clavo. El clavo se le hundió en la mejilla. Empezó a salirle sangre. Me dio tanto miedo que no pude creer lo que veía. Fonny se puso la mano en la cara y después me miró y después se miró la mano y a mí no se me ocurrió nada mejor que soltar el palo y salir corriendo. Fonny corrió detrás de mí. Para empeorar las cosas, Geneva vio la sangre y empezó a chillar: «¡Tish le ha matado! ¡Tish le ha matado!». Fonny me alcanzó en un segundo y me agarró y me escupió por el agujero del diente caído. El escupitajo me acertó justo en la boca y... Me sentí tan humillada (quizá porque Fonny no me había pegado ni me había hecho daño, ni nada de lo que yo esperaba) que empecé a chillar y a llorar. Es raro. Tal vez mi vida cambió en el momento en que Fonny me escupió en la boca. Geneva y Daniel, que habían empezado el barullo y no tenían ni un rasguño, empezaron a gritarme a la vez. Geneva decía que le había matado, sí, le había matado, la gente cogía el tétanos cuando se hacía una herida con clavos oxidados y se moría. Y Daniel dijo que era cierto, que él tenía un tío que había muerto así. Fonny les oía y la sangre seguía chorreándole y yo seguía llorando. Al fin él

debió de darse cuenta de que hablaban de él, y de que ya era hombre —o niño — muerto, porque también él se puso a llorar y entonces Daniel y Geneva se lo llevaron, dejándome sola.

No vi a Fonny durante un par de días. Estaba segura de que tenía el tétanos y estaba muriéndose. Y Geneva decía que en cuanto muriera, cosa que podía ocurrir en cualquier momento, la policía iría a buscarme para llevarme a la silla eléctrica. Yo vigilaba la sastrería, pero todo parecía normal. El señor Hunt estaba allí con su cara sonriente color café con leche, planchando pantalones y diciendo bromas a quien estuviera en la tienda (siempre había alguien en la tienda), y de vez en cuando aparecía la señora Hunt. Era una mujer muy religiosa, que nunca sonreía mucho; pero ninguno de los dos parecía preocupado por tener un hijo moribundo.

Así que, cuando pasaron dos días sin que pudiera ver a Fonny, esperé el momento en que todos se fueron de la sastrería y el señor Hunt se quedó solo y crucé la calle. El señor Hunt me conocía un poco; todos nos conocíamos en aquella calle.

—Hola, Tish —me dijo—. ¿Cómo te va? ¿Cómo está tu familia?

—Bien, señor Hunt —dije.

Tenía ganas de preguntar: «¿Cómo está su familia?», que era lo que decía siempre y había pensado decir, pero no podía.

—¿Cómo van las cosas por la escuela? —me preguntó el señor Hunt un rato después; y pensé que me miraba de un modo muy raro.

—Oh, como siempre —dije, y el corazón me empezó a latir como si fuera a salirse del pecho.

El señor Hunt bajó una de esas dos tablas de planchar que usan en las sastrerías —son como dos tablas de planchar, una encima de la otra—, bajó una de esas tablas, digo, y me miró un instante. Después rió y dijo:

—Creo que ese hijo mío que se cree tan guapo volverá muy pronto.

Oí lo que dijo y entendí... algo; pero no sabía qué había entendido.

Caminé hacia la puerta como para irme de la tienda. Después me volví y pregunté:

—¿Cómo dice, señor Hunt?

El señor Hunt seguía sonriendo. Levantó la tabla de planchar, dio la

vuelta a los pantalones o lo que había en la tabla de abajo y dijo:

—Fonny. Su madre lo ha mandado unos días a casa de sus abuelos. Dice que aquí siempre se está metiendo en líos.

Bajó de nuevo la tabla.

—Lo que ella no sabe son los líos en que se meterá también allí...

Entonces me miró y sonrió. Cuando llegué a conocer mejor a Fonny y a su padre me di cuenta de que Fonny tenía la misma sonrisa.

—Le diré que has venido a verle —dijo.

—Muchos saludos a su familia, señor Hunt —contesté.

Y crucé la calle corriendo.

Geneva estaba en los escalones de la entrada de mi casa y me dijo que parecía una loca y que por poco no la había atropellado.

Me paré y le dije:

—Eres una mentirosa, Geneva Braithwaite. Fonny no tiene el tétanos y no se va a morir. Y no me mandarán a la cárcel. Anda, pregúntaselo a su padre.

Entonces Geneva me miró de un modo tan raro que entré corriendo en casa y subí a trancas y barrancas y me senté en la escalera de incendios, pero medio metida en la ventana, para que ella no pudiera verme.

Fonny volvió cuatro o cinco días después y fue hasta la entrada de mi casa. No tenía ni la menor cicatriz. Llevaba dos pasteles. Se sentó en los escalones de mi entrada.

—Perdóname por haberte escupido en la cara —dijo. Y me dio uno de los pasteles.

—Perdóname por haberte hecho daño —le dije.

Y después no hablamos. Él se comió su pastel y yo el mío.

La gente no cree que entre niños y niñas de esa edad ocurran esas cosas; la gente no está dispuesta a creer en demasiadas cosas, y empiezo a comprender por qué. Pero la verdad es que Fonny y yo nos hicimos amigos. O más bien, aunque en realidad era lo mismo, nos hicimos más que amigos, algo en lo que también la gente se niega a creer: yo me convertí en la hermana menor de Fonny, y Fonny en mi hermano mayor. Él no quería a sus hermanas y yo no tenía hermanos varones. Así que cada uno de nosotros dos llegó a ser lo que al otro le hacía falta.

Geneva se enfadó conmigo y dejó de ser mi amiga; aunque ahora que lo

pienso fui yo quien, sin saberlo, dejé de ser amiga de ella. Porque ahora, y sin saber tampoco qué significaba eso, tenía a Fonny. Daniel se enfadó con Fonny, le dijo que era un marica por andar perdiendo el tiempo con niñas y dejó de ser amigo de Fonny durante mucho tiempo. Hasta llegaron a las manos y Fonny perdió otro diente. Creo que en aquella época la gente que veía a Fonny estaba segura de que había crecido sin un solo diente en la boca. Recuerdo que dije a Fonny que subiría a casa para buscar las tijeras de mi madre y matar a Daniel, pero Fonny me dijo que yo no era más que una niña y que no tenía nada que ver con aquel asunto.

Fonny tenía que ir a la iglesia todos los domingos. Digo bien: tenía que ir, aunque se las ingeniaba para engañar a su madre con mucha más frecuencia de la que ella imaginaba, o procuraba imaginar. Como he dicho, su madre — después empecé a conocerla mejor, y ya hablaremos de ella dentro de un rato — era una mujer muy religiosa y si no podía salvar a su marido estaba completamente segura de que salvaría a su hijo. Porque era su hijo, no el hijo de ellos.

Creo que ahí estaba el motivo por el cual Fonny era tan malo. Y creo que también por ese motivo uno se daba cuenta, cuando llegaba a conocerle mejor, de que era un chico muy bueno, una persona estupenda, un hombre lleno de dulzura y con algo muy triste en su interior: pero había que conocerle bien. El señor Hunt, Frank, no pretendía ser el único dueño de Fonny pero le quería, le quiere. No podía decirse que las dos hermanas mayores fueran muy religiosas, pero tampoco dejaban de serlo y seguían el ejemplo de su madre. De manera que sólo quedaban Frank y Fonny. Frank podía disponer de Fonny durante los días laborables y Fonny podía disponer de Frank durante los días laborables. Los dos lo sabían y por eso a Frank no le importaba que su mujer se llevara a Fonny los domingos. Lo que Fonny hacía en la calle era exactamente lo mismo que Frank hacía en la sastrería y en casa. Se portaba mal. Por eso Frank se reía. Por eso estaba empeñado en mantener la sastrería mientras pudiera. Por eso, cuando Fonny volvía a su casa herido él le curaba. Por eso los dos, padre e hijo, se querían. Claro que eso no es un misterio, aunque siempre es un misterio el modo en que la gente se quiere. Después me pregunté si el padre y la madre de Fonny habrían hecho el amor alguna vez. Se lo dije a Fonny. Y Fonny me contestó:



—Sí. Pero no como tú y yo. A veces les oía. Ella volvía de la iglesia empapada y apestando. Representaba la comedia de que estaba tan cansada que apenas podía moverse y se tiraba de través en la cama con la ropa puesta. Apenas tenía fuerzas para quitarse los zapatos. Y el sombrero. Y siempre dejaba la cartera en alguna parte. Todavía oigo ese ruido: era como algo pesado, con dinero dentro, que caía con fuerza en el sitio donde lo soltaba. Y oía que mi madre decía: «Esta noche el Señor ha descendido sobre mi alma. Querido, ¿cuándo entregarás tu vida al Señor?». Y mi padre decía: «Nena», y te juro que estaba acostado y el pito se le empezaba a levantar, y: «Vamos, nena», pero ella no estaba mejor que él, porque aquello era como el juego de dos gatos en un callejón. Mierda. Ella seguía lloriqueando y maullando, quería salirse con la suya, estaba dispuesta a correr a ese gato por todo el callejón hasta que él le mordiera el cogote. A esas alturas, mi padre de lo único que tenía ganas era de dormir, pero ella seguía con su musiquita y la única manera de conseguir que se callara era hacerlo... Mi padre no tenía más remedio que morderle el cogote y ella se salía con la suya. Así que él se quedaba acostado, desnudo, con el pito cada vez más levantado, y decía: «Creo que ya es hora de que el Señor me dé su vida a mí». Y ella decía: «Oh, Frank, déjame llevarte al Señor». Y él decía: «Mierda, mujer, yo te traeré el Señor a ti. Yo soy el Señor». Y ella seguía gimiendo y lloriqueando: «Señor, ayúdame a ayudar a este hombre. Dámelo. Ya no me quedan fuerzas. Oh, Dios, ayúdame». Y él decía: «El Señor te ayudará, cariño, en cuanto vuelvas a ser de nuevo como una nena, desnudita como una nena. Ven, ven al Señor», y ella venga a llorar y llamar a Jesús mientras él empezaba a sacarle la ropa. Y se oía el susurro de la ropa que él le arrancaba para arrojarla al suelo, y a veces yo metía un pie en una de aquellas cosas a la mañana siguiente, cuando pasaba por el cuarto de ellos para ir a la escuela. Y mi madre ya estaba desnuda y mi padre se le subía encima y ella seguía lloriqueando «¡Jesús! ¡Ayúdame, Señor!» y mi padre decía: «Aquí tienes al Señor. ¿Dónde quieres que te bendiga? ¿Dónde te duele? ¿Dónde quieres que te toquen las manos del Señor? ¿Aquí? ¿Aquí? ¿O aquí? ¿Dónde quieres sentir su lengua? ¿Dónde quieres que te entre el Señor? Dímelo, estúpida, negra puta y sucia. Puta. Puta. Eres una puta», y la abofeteaba, con mucha fuerza y mucho ruido. Y mi madre decía: «Oh, Señor, ayúdame a soportar mi carga». Y mi padre decía:

«Aquí la tienes, nena, en seguida la soportarás, lo sé muy bien. Jesús es un buen amigo tuyo y ya te avisaré cuando venga. La primera vez. Todavía no sabemos cuándo vendrá la segunda vez». Y la cama se movía y ella gemía y gemía. Y por la mañana todo estaba tranquilo, como si nada hubiera pasado. Mi madre parecía la misma de siempre. Seguía perteneciendo a Jesús. Y mi padre se iba a la calle, a la sastrería.

Después Fonny me dijo:

—Si no hubiera sido por mí, creo que mi padre se habría largado de casa. Siempre le querré porque no me abandonó.

Y yo siempre recordaré la cara de Fonny cuando me hablaba de su padre.

Después Fonny se volvía hacia mí y me cogía entre sus brazos y se reía y me decía:

—Tú me recuerdas mucho a mi madre, ¿sabes? Vamos, cantemos juntos «Pecador, ¿amas a mi Señor?». Y si no te oigo gemir, sabré que no te has salvado.

Creo que es realmente algo maravilloso que dos personas puedan reírse y hacer el amor al mismo tiempo: hacer el amor porque se ríen, reírse porque hacen el amor. El amor y la risa vienen del mismo lugar: pero no hay muchos que vayan a ese lugar.

Un sábado Fonny me preguntó si quería ir con él a la iglesia a la mañana siguiente y le dije que sí, aunque en mi familia éramos baptistas y no teníamos por qué ir a una iglesia consagrada. Pero entonces todos sabían ya que éramos amigos y lo daban por sentado. En la escuela nos llamaban Romeo y Julieta, aunque no porque hubieran leído la obra. Y Fonny fue a buscarme aquel domingo, con un aspecto que daba lástima, con el pelo relamido y brillante, partido con una raya tan brutal que parecía hecha con una navaja o un hacha, y vestido con su traje azul. Y Sis me había emperifollado, y los dos salimos juntos. Ahora que lo pienso, aquella fue nuestra primera cita. La madre de Fonny nos esperaba frente a mi casa.

Era poco antes de Pascua, de modo que no hacía frío, pero tampoco calor.

Los dos éramos unos niños, así que no se me pasaba por la cabeza la idea de apartar a Fonny del lado de su madre ni nada por el estilo. Y aunque, a decir verdad, su madre no le quería, y sólo pensaba que tenía la obligación de

quererle porque lo había traído al mundo, no me tenía simpatía. Me daba cuenta por muchos detalles: por ejemplo, yo nunca iba a casa de Fonny, pero Fonny siempre estaba en la mía. Y eso no era porque Fonny y su padre no me quisieran en su casa. Era por culpa de la madre de Fonny y de sus dos hermanas. Después fui comprendiendo que, por un lado, yo no les parecía lo suficientemente buena para Fonny (lo cual significaba que no les parecía lo suficientemente buena para ellas), y por otro lado se daban cuenta de que yo era exactamente lo que Fonny se merecía. Bueno, soy morena y mi pelo no tiene nada de especial y no hay en mí nada que llame la atención y ni siquiera Fonny se molesta en convencerme de que soy guapa. Lo único que dice es que las chicas guapas son una calamidad.

Cuando me lo dice sé que piensa en su madre: por eso, cuando quiere burlarse de mí, me asegura que le recuerdo a su madre. No me parezco en nada a su madre y él lo sabe, pero también sabe que yo sé cuánto la quería. Es decir, cuánto deseaba quererla, cómo le hubiera gustado que ella le permitiera quererla.

La señora Hunt y sus hijas son rubias; y se notaba que la señora Hunt había sido una joven muy bella cuando vivía en Atlanta, que es la ciudad de donde viene. Y todavía conservaba —conserva— ese aire de mírame y no me toques que las mujeres bellas mantienen hasta la tumba. Las hermanas de Fonny no eran tan guapas como su madre y, desde luego, nunca habían sido jóvenes en Atlanta, pero eran de cutis claro —*son* de cutis claro— y llevaban el pelo muy largo. Fonny es más claro que yo, pero mucho más oscuro que ellas; tiene el pelo muy rizado y toda la brillantina que su madre le ponía los domingos no alcanzaba para alisárselo.

Fonny ha salido en todo a su padre; así que la señora Hunt me sonrió con un aire muy dulce y resignado al verme salir con Fonny de mi casa aquel domingo.

—No sabes cuánto me alegra que vayas hoy a la casa del Señor, Tish —me dijo—. ¡Caramba, qué guapa estás hoy!

Por la manera en que lo dijo me dio a entender que tenía el mismo aspecto de todos los días: me dio a entender que yo no era precisamente guapa.

—Buenos días, señora Hunt —le dije.

Echamos a andar por la calle. Era la calle del domingo por la mañana. Nuestras calles tienen días, y hasta horas. En el lugar donde nací, y donde nacerá mi hijo, uno mira la calle y casi puede ver lo que sucede en las casas: por ejemplo, el sábado a las tres de la tarde es muy mal momento. Los niños vuelven de la escuela. Los hombres vuelven del trabajo. Uno pensaría que se alegran de estar juntos, pero no es así. Los niños se ven con los hombres. Los hombres se ven con los niños. Y esto casi enloquece a las mujeres, que están cocinando y limpiando y planchándose el pelo, y que ven lo que los hombres no ven. Uno lo siente en las calles, lo oye en los gritos con que las mujeres llaman a sus hijos. Uno lo siente en la manera en que salen de la casa, a toda prisa, como un relámpago, y abofetean a sus hijos y los arrastran escaleras arriba. Uno lo siente en los niños, y en el modo en que los hombres, como si no se dieran cuenta de nada, se reúnen junto a un pasamanos, se sientan en la peluquería, se pasan una botella de mano en mano, van juntos al bar de la esquina, hacen bromas a la chica que está detrás del mostrador, se pelean y después se ponen a beber en silencio. El sábado por la tarde es como un nubarrón, y uno espera que en cualquier momento estalle la tormenta.

Pero el domingo por la mañana las nubes se han disipado, la tormenta ya ha hecho sus estragos y se ha calmado. No importa cuáles hayan sido los estragos: todo el mundo se siente muy limpio ahora. Las mujeres se las han ingeniado para arreglarse y ordenarlo todo. Así que todo el mundo aparece lavado y cepillado y peinado y reluciente. Más tarde irán a comer lonchas de jamón o menudos de cerdo o pollo asado o frito, con patatas y arroz y legumbres o pan de centeno o bizcochos. Y volverán a sus casas y discutirán y se reconciliarán. Y los domingos algunos hombres lavan sus coches con más cuidado que sus prepucios. Aquel domingo por la mañana, caminar por la calle con Fonny, que parecía un prisionero, a un lado, y la señora Hunt, que parecía una reina recorriendo a zancadas su reino, era como caminar por una feria. Pero ahora pienso que si la calle parecía una feria era sólo a causa de Fonny, que no despegaba los labios.

Oímos las panderetas de la iglesia a una manzana de distancia.

—Ojalá pudiéramos traer a tu padre a la casa del Señor una de estas mañanas —dijo la señora Hunt—. ¿A qué iglesia vas tú, Tish? —agregó, mirándome.

Bueno, como ya he dicho, en casa éramos baptistas. Pero no íbamos con mucha frecuencia a la iglesia; a lo sumo para Navidad o Pascua, o en días como éstos. Mamá no tragaba a las hermanas de la iglesia, que tampoco la tragaban a ella. Y Sis ha salido a mamá, y papá no le ve ningún sentido a eso de andar corriendo tras el Señor y no parece tenerle mucho respeto.

—Vamos a Abyssinnia Baptist —dije, clavando los ojos en las grietas de la acera.

—Una iglesia muy bonita —dijo la señora Hunt, con tono de que eso era lo mejor que podía decir y no era demasiado, por cierto.

Eran las once de la mañana. El oficio empezaba. En realidad, la escuela empezaba a las nueve; Fonny debía asistir a ella, pero aquel domingo le habían permitido no ir en consideración a mí. Y la verdad es que la señora Hunt era algo perezosa y no tenía demasiadas ganas de levantarse tan temprano para asegurarse de que Fonny estuviera en la escuela dominical. En la escuela dominical no había nadie que admirara el cuerpo de la señora Hunt, lavado y vestido con tanto esmero, o su alma blanca y pura como la nieve. A Frank no se le pasaba por la cabeza la idea de levantarse para llevar a Fonny a la escuela dominical y las hermanas no querían ensuciarse las manos con su hermano de pelo rizado. Así que la señora Hunt, entre hondos suspiros y alabando al Señor, no tenía más remedio que levantarse y vestir a Fonny. Pero si ella misma no le cogía de la mano y le llevaba a la escuela dominical, Fonny no ponía los pies en ella. Y muchas veces aquella mujer caía en éxtasis en la iglesia sin saber el paradero de su hijo. «Cuando Alice no quiere tomarse una molestia por algo, lo deja en las manos del Señor», me dijo mucho después Frank.

La iglesia había sido una oficina de correos. No sé por qué tuvieron que vender el edificio, y menos aún por qué a alguien se le ocurrió comprarlo, porque todavía parecía una oficina de correos, larga, oscura y de techo bajo. Habían derribado algunas paredes, habían instalado unos cuantos bancos y habían colgado las inscripciones y los horarios de la iglesia, pero el techo era de esa horrible chapa ondulada y lo habían pintado de marrón, o lo habían dejado sin pintar. Al entrar, el púlpito parecía lejano. A decir verdad, creo que los que iban a aquella iglesia se enorgullecían de que fuera tan grande y de haberla podido conseguir. Desde luego, yo estaba habituada (más o

menos) a Abyssinnia. Era más luminosa y tenía una galería. Yo me sentaba en las rodillas de mamá. Cada vez que pienso en una canción, *Día sin nubes*, vuelvo a aquella galería, sobre las rodillas de mamá. Cada vez que oigo *Bendita quietud* pienso en la iglesia de Fonny y en la madre de Fonny. No porque la canción o la iglesia fueran muy serenas. Pero es que no recuerdo haber oído nunca aquella canción en nuestra iglesia. Siempre la asocio con la iglesia de Fonny porque aquel domingo, cuando la cantaron, la madre de Fonny cayó en éxtasis.

Ver a la gente caer en éxtasis bajo el Poder divino no deja de ser todo un espectáculo por más que ocurra sin cesar. Pero en nuestra Iglesia era muy raro: nosotros éramos respetables, más civilizados que los Holy Rollers<sup>[1]</sup>. Todavía hay algo en todo eso que me da miedo; pero creo que es porque Fonny lo odiaba.

La iglesia era tan grande que tenía tres pasillos entre los bancos. Y, al revés de lo que podría pensarse, es mucho más difícil encontrar el pasillo central cuando hay tres que cuando no hay más que uno en el medio. Hay que tener cierto instinto para ello. Entramos en la iglesia, y la señora Hunt nos guió por el pasillo de la izquierda, de manera que la gente de los otros dos lados tuvieron que volverse para mirarnos. Y hablando con franqueza, éramos algo digno de mirar. Ahí estaba yo, con mis largas piernas, mi vestido azul y mi pelo tirante, con un lazo azul. Y estaba Fonny, que me llevaba de la mano, sufriendo una suerte de martirio, vestido con camisa blanca, traje azul y corbata azul. El pelo le brillaba de manera espantosa, no tanto por la brillantina cuanto por el sudor que le corría por el cráneo. Y estaba la señora Hunt, que, no sé cómo, en cuanto atravesamos las puertas de la iglesia se colmó de un ardiente amor hacia sus dos pequeños paganos y nos precedía hacia el asiento de la misericordia divina. Llevaba algo rosado o beige, no me acuerdo, pero era algo que relucía en aquellas tinieblas. Y lucía uno de aquellos tremendos sombreros que usaban las mujeres, con un velo que terminaba a la altura de las cejas o de la nariz y las hacía parecer enfermas de algo raro. Además llevaba unos tacones altos que hacían un ruido semejante al de un disparo, y mantenía noblemente erguida la cabeza. La gracia divina descendió sobre ella no bien entró en la iglesia, quedó consagrada por ella y aún hoy recuerdo cómo me hizo temblar, de repente, en mi interior. Parecía

que lo único que a uno podía ocurrírsele era suplicar a aquella mujer que le entregara a las manos del Señor: y el Señor la consultaría antes de aceptar la ofrenda. El asiento de la misericordia divina: la madre de Fonny nos guió hasta la primera fila y nos sentó frente a ella. Nos hizo sentar, pero ella se arrodilló ante su asiento, e inclinó la cabeza y se cubrió los ojos, procurando no estropearse el velo. Eché una mirada a Fonny, que no me la devolvió. La señora Hunt se levantó, miró de frente durante un instante a toda la congregación y después, se sentó.

Alguien daba testimonio: un muchacho medio pelirrojo contaba que el Señor había borrado todas las manchas de su alma y había eliminado todo deseo de su carne. Años después le vi con frecuencia por mi barrio. Se llamaba George: muchas veces me lo encontraba dando cabezadas en los escalones de alguna entrada o en el borde de la acera. Murió a causa de una sobredosis de droga. La congregación dijo Amén y en el púlpito una hermana muy gorda dio un salto en su larga túnica blanca y chilló y todos gritaron: «¡Ayúdale, Jesús, ayúdale!», y en el momento en que la gorda se sentó, otra hermana, que se llamaba Rose y que poco después desaparecería de la iglesia porque iba a tener un hijo y aún recuerdo la última vez que la vi, yo tendría unos catorce años, y ella caminaba por las calles, en la nieve, con la cara llena de rasguños y las manos hinchadas, y llevaba un guiñapo en torno a la cabeza y llevaba las medias caídas, cantando sola; esa hermana Rose, como digo, se levantó y se puso a cantar: «*¿Cómo te sientes cuando sales del desierto apoyado en el brazo del Señor?*». Entonces Fonny me miró, apenas durante un segundo. La señora Hunt cantaba y batía palmas. Y en la congregación iba encendiéndose una suerte de hoguera.

Entonces me fijé en otra hermana, sentada al otro lado de Fonny, más fea y oscura que la señora Hunt, pero tan bien vestida como ella, que levantaba las manos y exclamaba «¡Santo! ¡Santo! ¡Santo! ¡Bendito sea tu nombre, Jesús! ¡Bendito sea tu nombre, Jesús!». Y la señora Hunt también se puso a lanzar exclamaciones como para contestarle: era como si cada una hubiese querido no ser menos que la otra. Y la hermana iba vestida de azul, de un azul oscuro, muy oscuro, y llevaba un sombrero de esos que se ponen muy atrás en la cabeza —como un casquete— y el sombrero tenía una rosa blanca y cada vez que la hermana se inclinaba la rosa también se inclinaba. La rosa

blanca parecía iluminada por una luz fantasmal, sobre todo porque la hermana era muy oscura y llevaba el vestido de un color muy oscuro. Fonny y yo estábamos sentados entre aquellas dos mujeres, mientras las voces de la congregación subían y subían y subían implacablemente en torno a nosotros. Fonny y yo no nos tocábamos ni nos mirábamos, y sin embargo nos abrazábamos el uno al otro como dos niños en un barco que se mueve demasiado. Al fondo de la iglesia un muchacho (también a él llegué a conocerlo, se llamaba Teddy y era de color café con leche y tenía demasiada carne en las partes donde hubiese debido tener menos: en las piernas, en las manos, en el culo, en los pies: algo así como un hongo al revés) empezó a cantar:

*Bendita quietud, santa quietud...*

—...*qué firmeza hay en mi alma...* —cantó la señora Hunt.

—...*en el mar agitado...* —cantó la hermana negra, al otro lado de Fonny.

—...*Jesús me habla...* —cantó la señora Hunt.

—...*y las olas se aquietan...* —cantó la hermana negra.

Teddy llevaba la pandereta y marcaba las entradas del piano. Nunca llegué a conocer al que tocaba: un hermano muy alto y de aire perverso, con manos hechas para estrangular; y con aquellas manos atacaba al teclado, como aporreando el recuerdo de alguien. Sin duda la congregación también recordaba muchas cosas que estaban haciendo trizas. La iglesia empezó a mecerse. Y nos mecía a Fonny y a mí, aunque nadie se daba cuenta, y de una manera muy diferente. Para entonces los dos habíamos comprendido ya que allí nadie nos quería. O, más bien, ya sabíamos quién nos quería. Los que nos querían no estaban en aquel lugar.

Es curioso ver a qué nos aferramos para aguantar el terror cuando se apodera de nosotros. Creo que recordaré hasta que muera aquella rosa blanca de la dama negra. De repente, la rosa pareció erguirse en aquel sitio espantoso y yo me agarré de la mano de Fonny sin darme cuenta; y a cada lado de nosotros, súbitamente, las dos mujeres empezaron a bailar, gritando: la danza sagrada. La dama de la rosa blanca tenía la cabeza echada hacia adelante y la rosa se movía como un rayo sobre su cabeza, sobre nuestras cabezas; y la dama del velo tenía la cabeza echada hacia atrás: el velo, que se



le había subido y le enmarcaba la frente, parecía una aspersión de agua negra que nos bautizaba y la bendecía. La gente se desplazaba a nuestro alrededor para dejarles espacio y las dos iban bailando hacia el pasillo central. Las dos sostenían sus bolsos. Las dos llevaban tacones altos.

Ni Fonny ni yo volvimos a la iglesia. Nunca hemos hablado de aquella primera cita. Pero la primera vez que fui a verle a las Tumbas y subí aquellas escaleras y entré en aquellas salas, me sentí como entrando en la iglesia.

Ahora que le había contado a Fonny lo del niño, sabía que debía contárselo a mamá y a Sis —su verdadero nombre es Ernestine y tiene cuatro años más que yo— y a papá y a Frank. Bajé del autobús sin saber adonde ir: unas pocas calles hacia el oeste, hacia casa de Frank, o una calle hacia el este, hacia la mía. Pero me sentía tan rara que pensé que lo mejor sería irme a casa. La verdad es que me alegraba habérselo dicho a Frank antes que a mamá. Pero tenía miedo de no poder caminar aquellas cuatro calles.

Mamá es una mujer bastante rara —eso dice la gente— y tenía veinticuatro años cuando nací, así que ahora tiene más de cuarenta. Les aseguro que la quiero mucho. Creo que es una mujer hermosa. Quizá no resulte hermosa para los que la miran, aunque no sé qué mierda quiere decir eso en este reino de los ciegos. Mamá está engordando. El pelo se le ha puesto gris, pero sólo en la nuca y en el centro de la cabeza. Así que sólo es canosa cuando inclina la cabeza o se vuelve, y sabe Dios que no lo hace muy a menudo. Cuando mira a la gente, es negro sobre negro. Se llama Sharon. De joven quería ser cantante y nació en Birmingham; logró escapar de aquel lugar infernal cuando tenía diecinueve años, largándose con un grupo en gira, pero sobre todo con el batería. Esto no resultó, porque como ella dice:

—No sé si le quería de verdad. Yo era joven, pero ahora pienso que era más joven de lo que debía, por mi edad. De todos modos, sé que no era bastante mujer para ayudar a aquel hombre, para darle lo que necesitaba.

Él se fue por un lado y ella por el otro, y mi madre terminó nada menos que en Albany, trabajando como camarera. Tenía veinte años y había comprendido que aunque tenía buena voz no era una cantante, porque para elegir la carrera de cantante y dedicarse a ella hay que tener mucho más que buena voz. Eso la confundía. Tenía la sensación de que se hundía cada vez

más, de que la gente se hundía a su alrededor día tras día; además, Albany no es lo que se llama un regalo de Dios para los negros.

Por otro lado, debo decir que no me parece que Norteamérica sea un regalo de Dios para nadie. Si lo es, los días de Dios están contados. Ese Dios a quien la gente dice servir —y le sirven, aunque de maneras que ellos mismos ignoran— tiene un pésimo sentido del humor. Sería como para darle una buena trompada, si fuera un hombre. O si nosotros lo fuéramos.

En Albany mi madre conoció a Joseph, mi padre. Le conoció en la estación de autobuses. Ella acababa de dejar su trabajo y él acababa de dejar el suyo. Él tiene cinco años más que ella y había sido mozo en la estación de autobuses. Venía de Boston y en realidad era marino mercante, pero se había quedado en Albany por culpa de una mujer más vieja que él y que no miraba con buenos ojos los viajes por mar. En la época en que Sharon, mi madre, entró en la estación de autobuses con su maleta de cartón y sus grandes ojos asustados, las cosas ya iban muy mal entre mi padre y aquella mujer —a Joseph no le gustaba la estación de autobuses— y era el momento de la guerra de Corea, de manera que sabía que si no volvía en seguida al mar pronto estaría en el ejército y aquello a él no le gustaba demasiado. Como suele ocurrir en la vida, la casualidad hizo el milagro: fue cuando apareció Sharon.

Mi padre dice, y le creo, que en cuanto la vio apartarse de la ventanilla de los pasajes para ir a sentarse sola en un banco y mirar a su alrededor, supo que ya no podía vivir sin ella. Sharon trataba de parecer una mujer valiente despreocupada, pero se notaba que estaba muerta de miedo. Mi padre dice que tenía ganas de reírse y, al mismo tiempo, algo en los asustados ojos de Sharon casi le hizo llorar.

Joseph se acercó a ella y no perdió el tiempo:

—Perdón, señorita. ¿Va a la ciudad?

—¿A Nueva York, quiere decir?

—Sí, señorita. A Nueva York.

—Sí —dijo ella, clavándole los ojos.

—Yo también —dijo Joseph, decidiéndolo en aquel preciso instante, pero tranquilo porque tenía el dinero para pagar el billete—. Pero no conozco bien la ciudad. ¿Usted la conoce?

—Bueno, no, no demasiado bien —dijo ella, cada vez más asustada porque no tenía ni la menor idea de quién podía ser aquel chiflado o qué buscaba.

Mi madre había ido algunas veces a Nueva York, con el batería.

—Tengo un tío que vive allí —dijo mi padre—. Me ha dado su dirección. A lo mejor usted sabe dónde queda.

Mi padre apenas conocía Nueva York. Había trabajado casi siempre en San Francisco. Le dio a mí madre la primera dirección que se le pasó por la cabeza. Y aquello la asustó todavía más. Era una dirección cerca de Wall Street.

—Bueno, sí... —dijo Sharon—. Pero no creo que allí viva gente de color.

No dijo a aquel chiflado que allí no vivía nadie, que en aquella parte no había más que cafeterías, almacenes y oficinas.

—Sólo viven los blancos —dijo mientras pensaba cómo escapar.

—Claro. Mi tío es blanco —dijo Joseph.

Y se sentó junto a ella.

Tenía que comprar su billete, pero temía apartarse de ella, temía que mamá desapareciera. Entonces llegó el autobús y Sharon se puso de pie. Él también se puso de pie y recogió la maleta de ella y dijo: «Permítame», y la cogió del brazo y la llevó hasta la ventanilla de los billetes y ella tuvo que quedarse a su lado mientras él compraba el billete. La verdad es que a Sharon no le quedaba otro remedio que quedarse junto a él, a menos que empezara a gritar auxilio. Por otro lado, no podía impedir a Joseph que subiera al autobús. Tenía la esperanza de que se le ocurriera algo antes de llegar a Nueva York.

Bueno, aquélla fue la última vez que mi padre vio aquella estación de autobús y también la última que llevó la maleta de un extraño.

Cuando llegaron a Nueva York, ella no había conseguido librarse de él, desde luego, y él no parecía tener mucha prisa por ir en busca de su tío. Los dos bajaron en Nueva York y mi padre ayudó a mi madre a instalarse en una casa de huéspedes. Él fue a la *Young Men*. A la mañana siguiente fue a buscarla para invitarle a desayunar. Una semana después se había casado con ella y había vuelto al mar, y mi madre, medio atontada, iniciaba su nueva vida.

Creo que se tomará bien lo del niño, y lo mismo pasará con Sis Ernestine. Con papá la cosa no será tan fácil, pero eso es porque no conoce tanto a su hija como mamá y Ernestine. Bueno, quiero decir que se preocupará tanto como ellas, pero de manera distinta, y lo demostrará más.

Cuando llegué a casa no había nadie. Hace unos cinco años que vivimos allí y no es un mal apartamento, tal como están las cosas en materia de vivienda. Fonny y yo pensábamos arreglarnos una buhardilla en el East Village, y fuimos a ver unas cuantas. Nos parecía lo mejor, porque no podíamos permitirnos el lujo de vivir en un bloque y Fonny odia los bloques y en ellos no hay lugar para que pueda trabajar en sus esculturas. Los otros lugares de Harlem son todavía peores que los bloques. Es imposible empezar una nueva vida en esos sitios, uno los recuerda demasiado bien y a nadie se le ocurriría tener a sus hijos allí. Pero cuando uno lo piensa, es fenomenal la cantidad de niños que han nacido y han logrado sobrevivir en esos sitios con ratas grandes como gatos, cucarachas como ratones, astillas como el dedo de un hombre. Uno no piensa en los que no aguantaron y, a decir verdad, siempre hay algo muy triste en los que aguantaron o aguantan.

No hacía más de cinco minutos que había llegado a casa cuando entró mamá. Llevaba el bolso de las compras y lo que yo llamo el sombrero de las compras, que es una especie de boina beige muy blanda.

—¿Cómo estás, pequeña? —Sonreía, pero a la vez me miraba con fijeza—. ¿Cómo está Fonny?

—Como siempre. Bien. Te manda saludos.

—Me alegro. ¿Has visto al abogado?

—Hoy no. Tengo que ir a verle el lunes... Ya sabes, a la salida del trabajo.

—¿Ha ido a ver a Fonny?

—No.

Sharon suspiró y se quitó el sombrero y lo puso sobre el televisor. Recogí la bolsa y fuimos juntas hacia la cocina. Mamá empezó a sacar las cosas de la bolsa.

Medio sentada, medio reclinada en el fregadero, yo la observaba. Después me entró miedo y sentí que se me revolvían las tripas. Al fin pensé que ya estaba en el tercer mes. Tenía que decírselo. Todavía no se me notaba nada,

pero algún día mamá se fijaría en mí.

Y de repente, mientras seguía medio sentada, medio reclinada allí, mirándola —Sharon estaba frente a la nevera, examinando un pollo que al fin dejó de lado; tarareaba muy bajo, pero como tararea la gente cuando tiene la cabeza ocupada en algo, algo desagradable, en algo que le va a caer encima en cualquier momento—, de repente tuve la sensación de que ya lo sabía, de que lo había sabido desde el principio y sólo esperaba que yo se lo dijera.

—Mamá... —dije.

—¿Sí, pequeña?

Seguía tarareando.

Pero no dije nada. Así que, un minuto después, Sharon cerró la nevera y se volvió y me miró.

Me puse a llorar. Era por la manera en que me miraba.

Mamá se quedó mirándome un rato. Al fin se acercó y me puso una mano en la frente y después en el hombro.

—Vamos a mi cuarto —dijo—. Papá y Sis llegarán pronto.

Fuimos a su cuarto y nos sentamos en la cama y mamá cerró la puerta. No me tocó. Se quedó quieta. Era como si tuviera que mantenerse muy firme, ya que yo estaba hecha trizas.

—Tish, oye lo que te digo: no creo que tengas por qué llorar.

Se movió un poco y me preguntó:

—¿Se lo has dicho a Fonny?

—Hoy mismo se lo he dicho. Pensé que debía ser el primero en saberlo.

—Bien hecho. Me imagino cómo se le habrá iluminado la cara de alegría, ¿no es cierto?

Le eché una mirada con el rabo del ojo y me reí.

—Sí. Te aseguro que sí.

—Ya debes de estar en..., déjame que piense..., creo que en el tercer mes.

—Casi.

Entonces me tocó, me abrazó, me acunó, mientras yo seguía llorando.

—¿Quieres decirme por qué lloras?

Me dio un pañuelo y me soné la nariz. Después, mamá fue hacia la ventana y también se sonó.

—Ahora escúchame bien —me dijo—. Ya tienes bastantes cosas de qué preocuparte para que ahora te dé por pensar que eres una mala chica y otras idioteces por el estilo. Espero haberte educado como para que no se te metan esas cosas en la cabeza. Si fueras una mala chica, no estarías sentada en esta cama y ya haría tiempo que te buscarías la vida por las calles.

Volvió a la cama y se sentó. Parecía hurgar en su cabeza en busca de las palabras adecuadas.

—Tish, cuando nos trajeron aquí por primera vez —me dijo—, los blancos no nos mandaron a ningún predicador para que nos hablara antes de que tuviéramos a nuestros hijos. Y si tú y Fonny ahora estáis juntos, casados o no, tampoco es por esos mismos blancos de mierda, te lo aseguro. Así que te diré lo que debes hacer. Ponte a pensar en ese niño. No te preocupes más que de él y manda al diablo todo lo que pase o deje de pasar. Tienes que hacerlo. No habrá otra persona que lo haga en tu lugar. Y el resto de nosotros, bueno..., estaremos a tu lado. Y sacaremos a Fonny de la cárcel. De eso no te preocupes. Ese niño tiene que ser lo mejor que le haya ocurrido a Fonny. El muchacho necesita ese hijo. Le dará mucho valor.

Como hace en algunas ocasiones, mamá me puso un dedo bajo el mentón y me miró a los ojos, sonriendo.

—¿Me has entendido bien, Tish?

—Sí, mamá. Sí.

—Bueno; cuando papá y Ernestine lleguen a casa, nos sentaremos alrededor de la mesa y yo daré la noticia a la familia. Creo que así será más fácil, ¿no te parece?

—Sí, sí.

Mamá se levantó de la cama.

—Vamos, quítate esa ropa y acuéstate un minuto. Después vendré a llamarte.

Abrió la puerta.

—Mamá, mamá...

—¿Qué, Tish?

—Gracias, mamá.

Se echó a reír.

—Vaya, Tish, hija, no sé por qué me das las gracias, pero es muy amable

de tu parte.

Cerró la puerta. La oí moverse en la cocina. Me quité el abrigo y los zapatos y me tendí en la cama. Era la hora en que cae la oscuridad y empiezan los ruidos de la noche.

Sonó el timbre de la puerta. Oí que mamá gritaba: «¡Voy en seguida!», y después volvió a entrar en el cuarto. Llevaba un vaso con un poco de whisky.

—Vamos. Siéntate. Toma esto. Te irá bien.

Cerró la puerta del dormitorio tras sí y oí sus pasos en el vestíbulo. Era papá. Estaba de buen humor: oí su risa.

—¿No ha vuelto Tish?

—Está adentro, descansando un rato. Ha vuelto molida de cansancio.

—¿Ha visto a Fonny?

—Sí, le ha visto. También ha visto el interior de las Tumbas. Por eso le he dicho que se acostara.

—¿Qué pasa con el abogado?

—Irà a verle el lunes.

Papà hizo chasquear la lengua, oí que abría la nevera, la cerraba y se servía una cerveza.

—¿Dónde está Sis?

—Ya vendrá. Ha tenido que quedarse a trabajar hasta tarde.

—¿Cuánto crees que nos costarán esos abogados de mierda hasta que termine todo este asunto?

—Joe, sabes muy bien que es inútil que me preguntes eso.

—Bueno. Pero seguro que se llenarán los bolsillos, esos asquerosos hijos de puta.

—Amén.

Mientras tanto, mamá se había servido un poco de ginebra con zumo de naranja y se había sentado frente a él. Mecía el pie en el aire; pensaba en lo que tenía que anunciar después.

—¿Cómo te ha ido hoy?

—Bien.

Papà trabaja en el puerto. Ya no se embarca. Ello significaba que tal vez no habría tenido que putear a más de una o dos personas durante el día ni habría debido amenazar a nadie con matarle.

Fonny le regaló a mamá una de sus primeras esculturas. Eso fue hace unos dos años. Hay algo en esa estatua que me hace pensar en papá. Mamá la puso sobre una mesita en el salón. No es muy grande y está hecha de madera negra. Representa una mujer desnuda, con una mano en la frente y la otra ocultando a medias el sexo. Tiene las piernas largas, muy largas, y muy abiertas, y un pie que parece plantado, incapaz de moverse, y la sensación que produce la figura es angustiosa. Parecía muy raro que un muchacho hubiera esculpido semejante estatua. O por lo menos parecía muy raro hasta que uno se ponía a pensarlo. Fonny iba a una escuela vocacional de esas donde enseñan a los niños a hacer toda clase de tonterías, cosas realmente inútiles, como por ejemplo mesas para jugar a las cartas, taburetes y cómodas que nunca compra nadie, porque ¿quién compra muebles hechos a mano? A los ricos ni se les ocurre. Dicen que los niños son idiotas y por eso les enseñan a trabajar con las manos. Esos niños no son idiotas. Pero la gente que dirige esas escuelas hace todo lo posible para no desarrollarles la inteligencia: en realidad, lo que hacen es enseñarles a ser esclavos. A Fonny la cosa no le gustaba nada y acabó por largarse, llevándose casi toda la madera del taller. Le costó casi una semana, un día las herramientas, al día siguiente la madera. Claro que la madera era un problema, porque no podía llevársela en el bolsillo o debajo del abrigo. Al fin, una noche él y un amigo se metieron en la escuela, dejaron casi vacío el taller y cargaron la madera en el coche del hermano del amigo. Escondieron parte de la madera en el sótano de una casa donde había un portero que conocían y Fonny llevó las herramientas a mi casa. Y todavía queda una pequeña cantidad de madera escondida debajo de mi cama.

Fonny había descubierto algo que podía hacer, que quería hacer: y eso le salvó de la muerte que acechaba a los chicos de nuestra edad. Aunque la muerte adquiría formas variadas, aunque la gente moría muy joven y de maneras muy diferentes, la muerte misma era muy simple. Y la causa también era muy simple, tan simple como una peste: les habían dicho a los chicos que no valían una mierda y todo lo que veían a su alrededor lo demostraba. Los chicos luchaban, luchaban, pero caían como moscas y se amontonaban como moscas sobre las montañas de basura que eran sus vidas. Y quizá me aferré a Fonny, quizá Fonny me salvó a mí, por que él era casi el



único muchacho entre los que yo conocía que no se drogaba, ni asaltaba a la gente, ni robaba tiendas, y nunca se planchó el pelo: no le importaba tenerlo rizado. Para pagarse las comidas se puso a trabajar en la cocina de una fonda de mala muerte y encontró un local donde podía esculpir sus maderas. Y pasaba en nuestra casa mucho más tiempo que en la suya.

En su casa siempre había peleas. La señora Hunt no podía aguantar a Fonny, o el modo de ser de Fonny, y las dos hermanas tomaban partido por la señora Hunt, sobre todo porque..., bueno, estaban en una situación terrible. Las habían educado para casarse, pero no encontraban a nadie a su alrededor que les pareciera digno de ellas. No eran más que dos chicas corrientes de Harlem, aunque se tomaban el trabajo de ir a estudiar al City College. Pero las cosas no eran nada halagüeñas para ellas en el City College: los hermanos que ya tenían títulos no querían saber nada con ellas; los que querían mujeres negras buscaban mujeres negras y los que querían blancas las buscaban blancas. Así eran las cosas, y las hermanas le echaban toda la culpa a Fonny. Entre los rezos de la madre, que más parecían maldiciones, y las lágrimas de las hermanas, que más parecían orgasmos, Fonny no tenía mucho donde elegir. Frank tampoco se sentía muy cómodo con aquellas brujas. Siempre estaba de mal humor; y no se imaginan ustedes los gritos que se oían en aquella casa, y Frank había empezado a beber. No le culpo. A veces también él aparecía por nuestra casa, fingiendo que iba en busca de Fonny. Para él las cosas eran mucho peores que para Fonny; había perdido la sastrería y trabajaba en una fábrica de ropa. Ahora era él quien dependía de Fonny, así como Fonny antes había dependido de él. En todo caso, como ustedes comprenderán, ninguno de los dos tenía otra casa adonde ir. Fonny fue a parar a la cárcel, pero a Fonny no le gustaba la cárcel.

La misma pasión que salvó a Fonny le hizo meterse en líos y le llevó a la cárcel. ¿Saben por qué? Porque había encontrado su centro, su propio centro, dentro de sí: y se le notaba. Él no era el negro de nadie. Y eso es un crimen en este país de mierda que, según dicen, es libre. Aquí, uno tiene que ser el negro de alguien. Y cuando no se es el negro de nadie, se es un mal negro; eso es lo que la policía decidió cuando Fonny se mudó de barrio.

Ernestine, mi huesuda hermana, acababa de entrar. La oí bromear con

papá.

Ernestine trabaja en un hogar para niños, en el otro extremo de la ciudad. Allí hay chicos de hasta catorce años, más o menos, de todos los colores, varones y mujeres. Es un trabajo muy duro, pero a ella le gusta. Su pongo que si no le gustara no podría aguantarlo. Es raro lo que a veces sucede con la gente. De niña, Ernestine era increíblemente presumida. Siempre se estaba arreglando el pelo y continuamente se miraba en el espejo de mierda, como si no hubiese podido creer lo guapa que era. Yo la odiaba. Como tenía unos cuatro años más que yo, me miraba por encima del hombro. Nos peleábamos como perro y gato o más bien como dos perras.

Mamá procuraba no dar demasiada importancia a todo aquello. Pensaba que Sis (yo la llamaba Sis<sup>[2]</sup>; una manera de evitar su nombre o quizá de reclamar su cariño) tal vez estuviera hecha para el teatro y terminaría en un escenario. Esa idea no le llenaba el corazón de alegría; pero a la vez tenía que recordar que ella, mi madre, Sharon, había querido ser cantante en otros tiempos.

De repente, casi podría decirse de la noche a la mañana, todo cambió. Sis se puso muy alta y muy flaca. Empezó a usar pantalones, llevaba el pelo recogido y leía libros sin parar. Cada vez que yo volvía de la escuela me la encontraba hecha un ovillo en algún sillón o tirada en el suelo, leyendo. Dejó de leer diarios. Dejó de ir al cine. «Ya me he hartado de todas esas imbecilidades de los blancos —decía—. Estoy hasta la coronilla». Al mismo tiempo, no se volvió antipática ni pedante ni nos dio la lata, al menos durante un buen tiempo, sobre las cosas que leía. Empezó a mostrarse mucho más agradable conmigo. Y empezó a cambiarle la cara: se le puso más huesuda, más personal, mucho más hermosa.

Y sus ojos pequeños y rasgados fueron ensombreciéndose por las cosas que empezaba a ver.

Abandonó sus planes de estudiar en la universidad y durante algún tiempo trabajó en un hospital. En aquel hospital conoció a una niña: estaba muriéndose y ya a los doce años era una drogadicta perdida. Y no era negra. Era puertorriqueña. Fue entonces cuando Ernestine empezó a trabajar con niños.

—¿Dónde está Jezabel?

Sis empezó a llamarme Jezabel cuando me dieron el empleo en la sección de perfumes de la tienda donde ahora trabajo. La tienda pensó que era un gesto muy audaz, muy progresista, dar el empleo a una chica de color. Me pasaba el día entero tras aquel mostrador de mierda, sonriendo hasta que me dolía la mandíbula, haciendo oler el dorso de mi mano a mujeres cansadas. Sis decía que cuando volvía a casa olía como una puta de Louisiana.

—Adentro. Se ha acostado un rato.

—¿Se encuentra bien?

—Está cansada. Ha visto a Fonny.

—¿Cómo está Fonny?

—Va tirando.

—Oh, Dios, necesito un trago. ¿Quieres que cocine yo?

—No. Dentro de un minuto pondré manos a la obra.

—¿Jezabel ha visto al señor Hayward?

Arnold Hayward es el abogado. Sis me lo recomendó. Le conoce por el hogar para niños, que al final no ha tenido más remedio que acudir a los abogados.

—No. Le verá el lunes, a la salida del trabajo.

—¿Irás con ella?

—Creo que será lo mejor.

—Sí, yo también lo creo. Papá, será mejor que no le des tanto a la cerveza, te pondrás gordo como un cerdo... Yo llamaré por teléfono al señor Hayward antes de que lleguéis a su oficina. ¿Quieres un chorro de ginebra en esa cerveza, padre?

—Será mejor que cierres la boca, querida hija, antes de que me levante...

—¡Levántate! ¡Aquí me tienes!

—...y te sacuda una buena. Harías bien en oír a Aretha cuando canta *Respeto*. ¿Sabes una cosa? Tish cree que ese abogado quiere más dinero.

—Papá, ya le hemos pagado el anticipo. Por eso vamos todos sin ropa. Y sé que tendremos que pagar muchos gastos. Pero el señor Hayward no tiene por qué recibir más dinero hasta que empiece el juicio.

—Dice que es un caso muy peliagudo.

—Al carajo. ¿Para qué sirven los abogados?

—Para ganar dinero —dijo mamá.

—Bueno. ¿Alguno de vosotros ha hablado con los Hunt estos últimos días?

—No quieren saber ni una palabra del asunto, ya lo sabes. La señora Hunt y sus dos flores se sienten deshonradas. Y el pobre Frank no tiene un céntimo.

—Bueno, no hablemos de esto delante de Tish. Ya nos las arreglaremos.

—Carajo. Tenemos que arreglárnoslas. Fonny es como uno de nosotros.

—Es uno de nosotros —dijo mamá.

Encendí la luz en el dormitorio de mamá para que supieran que me había levantado y me miré en el espejo. Me di unos toques en el pelo y fui a la cocina.

—Bueno —dijo Sis—, aunque no puedo decir que la siestecita te haya embellecido mucho, me admiran los esfuerzos que haces...

Mamá dijo que si queríamos cenar era mejor que moviéramos los traseros de la cocina, así que nos fuimos al salón.

Me senté en el taburete, apoyada en las rodillas de papá. Eran las siete y las calles estaban atestadas de ruidos. Me sentía muy serena después de aquel día tan largo y mi hijo empezaba a ser algo muy real; pero ahora, en cierto modo, estaba a solas con él. Sis había encendido pocas luces. Puso un disco de Ray Charles y se sentó en el sofá.

Yo oía la música y los ruidos de la calle, y la mano de papá se apoyaba levemente sobre mi pelo. Y todo parecía fundirse: los ruidos de la calle y la voz de Ray y su piano y la mano de papá y la silueta de mi hermana y los sonidos y las luces que llegaban de la cocina. Era como si fuéramos un cuadro inmovilizado en el tiempo; esto venía ocurriendo desde hacía cientos de años: un grupo de gente sentada en una habitación, esperando la cena y oyendo *blues*. Y era como si a partir de todos aquellos elementos, aquella paciencia, el contacto de mi padre, los ruidos que mi madre hacía en la cocina, el modo en que nos llegaba la luz, la manera en que la música se prolongaba por debajo de todas las cosas, el movimiento de la cabeza de Ernestine al encender un cigarrillo, el movimiento de su mano al dejar caer la cerilla en el cenicero, las voces confusas que subían de la calle, era como si a partir de toda aquella furia y de todo aquel dolor permanente y, de algún modo, triunfante, empezara a formarse lentamente mi hijo. Me preguntaba si

tendría los ojos de Fonny. Como alguien se había preguntado —y no hacía tanto tiempo, después de todo— por los ojos de Joseph, mi padre, cuya mano descansaba ahora sobre mi cabeza. Pero lo que de repente me impresionó más, mucho más que cualquier otra cosa, fue algo que ya sabía aunque no pensara en ello: aquel hijo era de Fonny y mío, lo habíamos hecho juntos, era nosotros dos. Yo no tenía una idea muy clara de mí misma ni de Fonny. ¿Cómo éramos? Pero eso me obligó a pensar en Fonny y me hizo sonreír. Mi padre me acarició la frente con la mano. Pensé en el roce de Fonny, pensé en Fonny en mis brazos, en su aliento, en su contacto, en su olor, en su peso, en aquella presencia hermosa y terrible penetrándome y en su jadeo hundiéndose cada vez más, como atraído por un hilo de oro, en su garganta, mientras él cabalgaba hundiéndose cada vez más, no tanto en mí cuanto en un reino que se extendía más allá de sus ojos. Así es como Fonny trabajaba la madera. Así es como trabajaba la piedra. Si nunca le hubiera visto trabajar, quizá nunca habría sabido que me amaba.

Es un milagro darnos cuenta de que alguien nos quiere.

—Tish.

Ernestine me hacía un ademán con el cigarrillo.

—¿Sí?

—¿A qué hora irás a ver al abogado, el lunes?

—Después de la visita de las seis. Estaré allí a eso de las siete. Dice que se quedará trabajando hasta tarde, de todos modos.

—Si te habla de dinero, dile que me llame. ¿Me oyes?

—No sé de qué servirá. Si quiere más dinero, es porque quiere más dinero...

—Haz lo que te dice tu hermana —dijo papá.

—Contigo no hablará del mismo modo que conmigo —dijo Ernestine—. ¿Entiendes?

—Sí —dije por fin—. Lo entiendo.

Pero, por motivos que no podía explicarme, algo en la voz de Ernestine me heló la sangre en las venas. Volvía a sentirme como me había sentido durante todo el día: a solas con mi aflicción. Nadie podía ayudarme, ni siquiera Sis. Ella estaba decidida a ayudarme, y yo lo sabía muy bien. Pero quizá me daba cuenta de que también ella estaba asustada, aunque procuraba

parecer serena y fuerte. Comprendí que sabía mucho del asunto a causa de los niños del hogar. Tenía ganas de preguntarle cómo marchaba la cosa. Tenía ganas de preguntarle si la cosa marchaba...

Cuando no tenemos visitas cenamos en la cocina, que quizá sea la habitación más importante de la casa, la habitación donde ocurre todo, donde las cosas empiezan, adquieren forma y terminan. Aquella noche, cuando terminamos de cenar, mamá fue hacia el aparador y volvió con una vieja botella, una botella que guardaba desde hacía años, de un coñac francés muy viejo. Era un resto de sus épocas de cantante, de sus días con el batería. Era la última botella que le quedaba y estaba sin abrir. La puso sobre la mesa, frente a Joseph, y dijo:

—Ábrela.

Puso cuatro vasos y esperó a que mi padre la abriera. Ernestine y Joseph parecían preguntarse qué diablos se le había ocurrido a mamá: pero yo sabía por qué lo hacía y el corazón me saltaba dentro del pecho.

Papá abrió la botella y mamá dijo:

—Tú eres el hombre de la casa, Joe. Sirve.

Es raro lo que pasa con la gente. Un segundo antes de que suceda algo, la gente casi ya lo sabe. Creo que lo sabe del todo. Aunque no haya tenido tiempo —y ya no tendrá tiempo— de decírselo a sí misma. La cara de papá cambió de un modo que no puedo describir. Se le puso rígida como la piedra: cada línea, cada ángulo parecía esculpido, y sus ojos adquirieron un negro más profundo. Esperaba, indefenso, lo imprevisto: algo que, lo sabía, se traduciría en palabras, entraría en la realidad, nacería.

Sis miraba a mamá con ojos muy serenos, con sus ojos pequeños y rasgados. Sonreía apenas.

Nadie me miraba. Para ellos, en aquellos momentos, mi presencia nada tenía que ver conmigo misma. Para ellos, estaba allí tan presente como Fonny, como mi hijo, empezando a nacer, saliendo de un sueño muy largo, a punto de despertar en alguna zona muy dentro de mi corazón.

Papá sirvió el coñac y mamá nos dio un vaso a cada uno. Miró a Joseph, después a Ernestine, después a mí. A mí me sonrió.

—Esto es una celebración —dijo—. No, no me he vuelto loca. Bebemos por una nueva vida. Tish tendrá un hijo de Fonny.

Tocó a Joseph y agregó:

—Bebe.

Papá se mojó los labios, clavándome los ojos. Era como si nadie pudiera hablar antes que él. Le devolví la mirada. No sabía qué me diría. Joseph puso el vaso sobre la mesa. Después lo cogió de nuevo. Trataba de hablar; quería hablar; pero no podía. Y me miraba como haciendo esfuerzos por encontrar algo, algo que mi cara pudiera decirle. Una sonrisa extraña flotaba en torno a su cara, no en su cara, y él parecía viajar en el tiempo, hacia atrás y hacia adelante a la vez.

—Es una noticia como para caerse de culo —dijo.

Entonces bebió un poco más de coñac y agregó:

—¿No piensas brindar por la criatura, Tish?

Tragué un poco de coñac y tosí y Ernestine me palmeó la espalda. Después me cogió en sus brazos. Tenía lágrimas en la cara. Me sonrió, pero sin decirme nada.

—Cuánto hace que... —preguntó papá.

—Unos tres meses —dijo mamá.

—Sí. Es lo que pensaba —dijo Ernestine, sorprendiéndome.

—¡Tres meses! —exclamó papá, como si cinco meses o dos meses hubieran sido algo muy diferente y hubieran tenido más sentido.

—Desde marzo —dije.

Habían arrestado a Fonny en marzo.

—Fue cuando os pasabais el día buscando un lugar para ir a vivir —dijo papá.

Tenía la cara llena de preguntas. Habría podido hacérselas a un hijo —por lo menos, creo que un hombre negro podría hacerlas—, pero no a una hija. Durante un instante sentí rabia. Se me pasó en seguida. Padres e hijos son una cosa. Padres e hijas son otra cosa.

De nada sirve tratar de escudriñar en este misterio, que es tan poco sencillo como poco seguro. No sabemos mucho acerca de nosotros mismos. Creo que es mejor saber que no sabemos, así podemos ir creciendo con el misterio a medida que el misterio crece en nosotros. Pero ahora, desde luego, todo el mundo lo sabe todo acerca de todo, y por eso hay tanta gente, en especial tanta gente blanca, que está tan perdida.

Pero me preguntaba cómo tomaría Frank la noticia de que su hijo, Fonny, pronto sería padre. De repente me di cuenta de que lo primero que pensaban todos era: «¡Pero Fonny está en la cárcel!». Frank lo pensaría, ése sería su primer pensamiento. «Si algo ocurre —pensaría Frank—, mi hijo nunca verá a su hijo». Y Joseph pensaba: «Si algo ocurre, el hijo de mi hija no tendrá padre». Sí, ése era el pensamiento, no formulado, que volvía tensa la atmósfera de la cocina. Sentí que debía decir algo. Pero estaba muy cansada. Me apoyé en el hombro de Ernestine. No tenía nada que decir.

—¿Estás segura de que quieres tener ese hijo, Tish? —preguntó mi padre.

—Oh, sí —dije—. ¡Y Fonny también lo quiere! Es nuestro hijo. ¿No os dais cuenta? Y Fonny no tiene la culpa de estar en la cárcel, no es como si se hubiera largado o algo por el estilo. Además —y ésa era la única manera en que podía contestar a las preguntas que mi padre no me había hecho—, siempre hemos sido amigos, desde que éramos niños. Tú lo sabes. Y ahora nos casaríamos, si..., si...

—Tu padre lo sabe —dijo mamá—. Sólo está preocupado por ti.

—No pienses que creo que eres una mala chica o alguna idiotez por el estilo —dijo papá—. Te lo preguntaba porque eres tan joven, nada más...

—Será duro, pero nos las arreglaremos —dijo Ernestine.

Ella conoce a papá mejor que yo. Quizá sea porque desde que éramos pequeñas Ernestine creía que nuestro padre me quería más que a ella. Eso no es cierto y Ernestine lo sabe ahora —la gente quiere a la gente de maneras muy distintas—, pero de niña pensaba de otro modo. Yo parezco incapaz de arreglármelas por mí misma; a ella parece que nada pueda detenerla. Frente a los que parecen indefensos, la gente reacciona de un modo; frente a los que parecen fuertes o se dan ánimo, la gente reacciona de otro modo. Y como no podemos ver lo que los demás ven, esto puede ser muy penoso. Creo que quizá fuera ése el motivo por el cual Sis estaba siempre frente a aquel maldito espejo cuando éramos niñas.

Se diría: «No me importa. Me tengo a mí misma». Desde luego, eso la hacía sentirse cada vez más fuerte: precisamente el efecto opuesto al que deseaba. Pero así somos todos y por eso a veces nos metemos en líos tan tremendos. De todos modos, Ernestine ya ha dejado atrás esos problemas. Ahora sabe quién es ella misma o, al menos, sabe quién no es; y como ya no



le asustan los estallidos de esas fuerzas con que vive y que ha aprendido a usar y dominar, es capaz de hacer frente a cualquier cosa. Por eso puede interrumpir a papá cuando él está hablando, cosa de la que yo no soy capaz. Ernestine se apartó un poco de mí y me puso el vaso en la mano.

—Levanta la cabeza, hermana —dijo alzando su vaso y rozándolo con el mío—. Todo sea por los niños —agregó muy serenamente. Y apuró el coñac.

—Por el que va a nacer —dijo mamá.

Y papá dijo:

—Espero que sea varón. Eso le haría caer la baba al pobre Frank, me imagino.

Después me miró y me preguntó:

—¿Me dejas que sea yo quien se lo diga, Tish?

—Sí, te dejo.

—Bueno, entonces iré a verle en seguida —dijo papá, riendo.

—Será mejor que le llames antes —dijo mamá—. Ya sabes que no pasa mucho tiempo en casa.

—Pues quiero ser yo quien se lo diga a las hermanas —dijo Ernestine.

Mamá rió y dijo:

—Joe, ¿por qué no llamas y les dices que vengan todos aquí? Diablos, es sábado y no es muy tarde y todavía hay mucho coñac en la botella. Y ahora que lo pienso, ésa es la mejor manera de anunciar la cosa.

—¿Te parece bien, Tish? —me preguntó papá.

—No hay más remedio que decírselo —contesté.

Entonces papá, después de mirarme un instante, se puso de pie y fue al salón para llamar por teléfono. Pudo usar el teléfono que está en la pared de la cocina, pero sonreía con ese aire inexorable que siempre adquiere cuando quiere ocuparse personalmente de un asunto y exige que nadie se entrometa.

Oímos que marcaba el número. Era el único ruido en la casa. Después oímos llamar el teléfono del otro lado de la línea. Papá se aclaró la garganta.

—¿Señora Hunt? Buenas noches, señora Hunt. Habla Joe Rivers. Por favor, ¿podría hablar con Frank, si es que está en casa? Gracias, señora Hunt.

Mamá gruñó e hizo un guiño a Sis.

—¡Piola! ¿Cómo estás? Sí, soy Joe. Muy bien, hombre, como siempre, tirando. Oye... Oh, sí, Tish le ha visto esta tarde, el chico está bien... Sí. A

decir verdad, tengo muchas cosas que hablar contigo. Por eso te llamo. No, no puedo decírtelo por teléfono. Oye. Es algo que nos concierne a todos. Sí. Oye. Deja de hablar de una vez. Meteos todos en el coche y venid aquí. Ahora mismo. Sí. De acuerdo. Ahora mismo. ¿Cómo? Oye, te digo que es algo que nos concierne a todos. Aquí tampoco hay nadie vestido... Por lo que a mi respecta, tu mujer puede venirse en bata si le apetece. Cállate, pedazo de... Trato de ser amable. Mierda. No digas esas cosas. Métela de una vez en el asiento trasero del coche y vente en seguida, hombre. La cosa es seria. Eh, compra unas latas de cerveza, te las pagaré cuando llegues. Sí. Oye: ¿quieres colgar de una vez por todas y mover el culo, hombre? Quiero decir el culo colectivo. Dentro de un minuto. ¡Hasta luego!

Volvió a la cocina sonriendo.

—La señora Hunt se está vistiendo —dijo, sentándose; después me echó una mirada y sonrió con una sonrisa maravillosa—. Ven, Tish —dijo—. Siéntate en las rodillas de tu padre.

Me sentí como una princesa. Juro que sí. Me cogió en sus brazos, me acomodó en sus rodillas, me besó en la frente y me pasó la mano por el pelo, al principio con tosquedad, después muy suavemente.

—Eres una buena chica, Clementine —me dijo—. Estoy orgulloso de ti. Nunca lo olvides.

—No lo olvidará —dijo Ernestine—. Le daré unos buenos azotes en el culo si lo olvida.

—¡Pero si está encinta! —exclamó mamá, y tomó un trago de coñac.

Entonces todos estallamos. Mi padre empezó a sacudirse de risa; yo sentía que su pecho subía y bajaba entre mis omóplatos, y aquella risa suya contenía una alegría furiosa, un alivio indecible: a pesar de todo lo que flotaba sobre nuestras cabezas. Yo era su hija: había encontrado alguien a quien querer y él se sentía realizado. Después de todo, el hijo que yo llevaba en mi vientre también era hijo suyo, porque sin Joseph no hubiera existido Tish. Nuestra risa en aquella cocina era nuestra mansa respuesta al milagro. Aquel hijo era hijo nuestro, estaba en camino, la mano de mi padre sobre mi vientre lo protegía, dándole calor; a pesar de todo lo que flotaba sobre nuestras cabezas, aquella criatura era la promesa de la seguridad. El amor lo había enviado, lo había hecho surgir de nosotros, hacia nosotros. Adonde

podría llevarnos, nadie lo sabía aún, pero ahora mi padre, Joe, estaba dispuesto a todo. De un modo más definitivo, más profundo que sus propias hijas, aquella criatura era la simiente de su hombría. Y ninguna hoz podría segarle de la vida hasta que naciera el niño. Y casi me parecía que también el niño sentía lo mismo, aquel niño que aún no se movía... Era como si saltara contra la mano de mi padre y me pateara las costillas. Algo cantó y susurró dentro de mí y entonces sentí la terrible náusea del embarazo y dejé caer la cabeza contra el hombro de mi padre. Él me sostuvo. Estaba muy callado. La náusea pasó.

Sharon nos miraba, sonriendo, meciendo un pie en el aire, pensando. Hizo otro guiño a Ernestine.

—¿Nos cambiaremos de ropa para recibir a la señora Hunt? —dijo, poniéndose de pie.

Todos estallamos de risa nuevamente.

—Oíd: tenemos que ser amables —dijo Joseph.

—Seremos amables —dijo Ernestine—. Sabe Dios que lo seremos. Nos educaste muy bien. Lo único que no hiciste fue comprarnos ropa. ¡Y la señora Hunt y esas dos hermanitas tienen guardarropas enteros! —dijo mirando a mamá—. No vale la pena tratar de competir con ellas —agregó con desánimo y se sentó.

—Yo nunca tuve una sastrería —dijo Joseph.

Me miró a los ojos, sonriendo.

La primera vez que Fonny y yo hicimos el amor fue una experiencia muy extraña. Y fue extraña porque los dos la veíamos venir desde hacía tiempo. Aunque, a decir verdad, esto no es exacto. No la vimos venir. De repente, el deseo surgió en nosotros y entonces nos dimos cuenta de que había estado siempre en nosotros, esperando. No habíamos previsto el momento del deseo. Pero el momento nos había divisado desde muy lejos, había permanecido en la distancia, acechándonos, espiándonos, infinitamente seguro de sí y del tiempo de que disponía para precipitarse sobre nosotros, que vagabundeábamos juntos al regreso de la escuela, sin saber que nos encaminábamos a la cita.

Todo ocurrió así: en una ocasión, que ahora parece a siglos de distancia,

arrojé agua sobre la cabeza de Fonny y le froté la espalda, en la bañera. Juro que no recuerdo haberle visto el sexo. Aunque tuve que vérselo, desde luego. Nunca habíamos jugado a médicos y enfermeras —por más que yo jugaba con otros niños a ese juego bastante horroroso, y Fonny, sin duda, lo había jugado con otros niños y niñas—. Tampoco recuerdo que nuestros cuerpos nos despertaran la menor curiosidad: el motivo era la astucia de aquel momento del deseo que nos acechaba mientras íbamos a su encuentro. Fonny me quería demasiado y cada uno de nosotros tenía demasiada necesidad del otro, cada uno era parte del otro, cada uno era la carne misma del otro. Lo cual significaba que la presencia física de cada uno era hasta tal punto natural para el otro que ninguno de los dos pensaba jamás en la carne. Fonny tenía piernas y yo tenía piernas. Eso no era lo único que sabíamos, pero era lo único que usábamos. Las piernas nos permitían subir y bajar escaleras, y nos llevaban al uno hacia el otro.

Todo esto quiere decir que nunca hubo entre Fonny y yo ocasión de vergüenza. Durante mucho tiempo tuve muy poco pecho. Sólo ahora, a causa del niño, empiezan a notárseme los pechos. Pero aún no tengo caderas. Fonny me gustaba tanto que para mí no había otro muchacho que fuera real. A los demás no los veía. Y no me daba cuenta de lo que significaba eso. Pero aquel momento que nos esperaba acechándonos desde hacía tanto tiempo lo sabía.

Fonny tenía veintiún años y yo dieciocho cuando, una noche, me besó al despedirse y sentí que su sexo se estremecía contra mi cuerpo. Fonny se apartó. Le di las buenas noches y corrí escaleras arriba mientras él corría escaleras abajo. Aquella noche no pude dormir: algo había ocurrido. Y Fonny no apareció por mi casa ni pude verle durante dos o tres semanas. Fue entonces cuando esculpió aquella figura de madera para mamá.

El día en que se la regaló era sábado. Después de dársela, los dos salimos de casa y estuvimos paseando. Me sentía tan feliz por verle después de tanto tiempo que tenía ganas de llorar. Y todo era tan diferente. Caminaba por calles que se habían vuelto desconocidas para mí. Como los rostros que pasaban junto a mí. Nos movíamos en un silencio que era como una música que surgía de todas partes. Quizá por primera vez en mi vida era feliz y sabía que era feliz. Y Fonny me llevaba de la mano. Era como aquella mañana de domingo, de tiempo atrás, en que la madre de Fonny nos había llevado a la

iglesia.

Esta vez Fonny no se había peinado con raya y llevaba el pelo revuelto. En vez del traje azul, llevaba una vieja chaqueta negra y roja, y unos viejos pantalones de pana rojos. Tenía los zapatos muy gastados y olía a trabajo, a cansancio.

Era el hombre más hermoso que había visto en mi vida.

Fonny caminaba muy despacio con sus largas piernas arqueadas. Bajamos las escaleras del metro. Fonny me llevaba siempre de la mano. Cuando llegó, el tren estaba lleno y Fonny me rodeó con un brazo para protegerme. De súbito le miré a la cara. Es imposible describir esto, y no debería intentarlo. La cara de Fonny era más grande que el mundo, sus ojos más profundos que el sol, más vastos que el desierto. Todo lo que había ocurrido desde el principio del tiempo estaba en su cara. Sonreía, una sonrisa casi imperceptible. Le miré los dientes, vi el sitio exacto donde había estado el diente que ahora le faltaba, aquel día en que me escupió en la boca. El tren se movía. Fonny me apretaba contra sí y en su cuerpo parecía crecer una suerte de suspiro que yo nunca había oído.

Es asombroso advertir por primera vez que un extraño tiene cuerpo, ese hecho de advertir que tiene cuerpo es lo que nos lo vuelve extraño. Y eso significa que también nosotros tenemos cuerpo. Es una experiencia que subsiste en nosotros para siempre y es capaz de explicar el misterioso lenguaje de nuestras vidas.

También fue para mí increíblemente asombroso advertir que yo era virgen. Lo era, de verdad. De pronto me pregunté cómo, y por qué. Era porque, sin ni siquiera pensar en ello, siempre había sabido que pasaría la vida junto a Fonny. La idea de que pudiera hacer otra cosa jamás se me había pasado por la cabeza. Lo cual significaba que no sólo era virgen: era una niña.

Bajamos en Sheridan Square, en el Village. Caminamos hacia el este, por Fourth Street. Como era sábado, las calles estaban repletas, llenísimas de gente. Muchos eran jóvenes, debían de ser jóvenes, pero a mí no me lo parecían. Me asustaban sin que pudiera decir por qué. Pensé que quizá fuera porque sabían bastante más que yo. Es cierto, sabían. Pero en otro sentido que sólo ahora empiezo a entender, no sabían tanto. Todo parecía unirles: el

caminar juntos, los ruidos, las risas, las ropas desaliñadas; ropas que eran imitaciones de una pobreza inimaginable para ellos, así como para mí era indeciblemente remota aquella otra vida que presenciaba. Había muchos negros y blancos juntos: era difícil decir quiénes imitaban a quiénes. Eran tan libres que no creían en nada y no comprendían que esa ilusión era su única verdad y que hacían exactamente lo que les habían ordenado.

Fonny me miró. Serían entre las seis y las siete.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y tú?

—¿Quieres que cenemos aquí o prefieres esperar hasta que volvamos al barrio o tienes ganas de ir al cine o te gustaría tomar un poco de vino o una cerveza o una taza de café? ¿O seguimos caminando un rato hasta que te decidas?

Sonreía, sereno y dulce, y me tiraba un poco de la mano para mecerla en el aire.

Me sentía muy feliz, pero también incómoda, Nunca me había sentido incómoda con Fonny hasta aquel momento.

—Vayamos antes al parque.

Sin saber por qué, prefería no meterme en ningún sitio.

—Está bien.

Fonny conservaba su extraña sonrisa, como si de pronto le hubiera ocurrido algo maravilloso que nadie en el mundo sabía, salvo él. Pero pronto habría de decírselo a alguien, a mí.

Cruzamos la Sexta avenida, repleta de toda clase de gente que salía a la caza de los sábados por la noche. Pero nadie nos miraba, porque los dos estábamos juntos y los dos éramos negros. Después, cuando tuve que caminar sola por aquellas calles, todo fue muy diferente, la gente era diferente y yo, por cierto, había dejado de ser una niña.

—Vayamos por aquí —dijo Fonny, cogiendo la Sexta avenida, hacia Bleecker.

Seguimos por Bleecker y Fonny se paró un momento a mirar la gran vidriera del San Remo. No había ningún conocido suyo y el lugar parecía fatigado, exánime, como alguien a punto de afeitarse y vestirse para una noche atroz. Bajo la luz cansada, los que estaban allí eran veteranos de una

guerra indescriptible. Seguimos caminando. Ahora las calles estaban llenas de muchachos negros y blancos, y de policías. Fonny levantó un poco la cabeza y me apretó ligeramente la mano. Había montones de muchachos en la acera, frente a la cafetería. Desde un *juke box* nos llegaba la voz de Aretha en *Esto es la vida*. Era muy raro. Todos estaban en la calle, caminando y hablando como lo hace la gente en todas partes, pero nada parecía amistoso. Había en el ambiente algo tenso que me atemorizaba: algo semejante al pánico que es capaz de provocarnos una cosa que parece real pero no lo es. El sitio no era muy distinto de nuestro barrio, con los hombres y las mujeres sentados en las entradas de las casas, los niños corriendo por la calle, los coches desplazándose lentamente en medio de esa agitación, el coche-patrulla de la policía parado en la esquina, con dos policías dentro, y otros policías caminando despacio por la acera. Era como nuestro barrio, en cierto modo, pero con algo de menos, o quizá con algo de más. Yo no sabía qué era, pero aquel ambiente me asustaba. Había que abrirse paso con cuidado, porque toda aquella gente estaba ciega. Nos empujaban y Fonny me echó un brazo sobre los hombros. Pasamos frente a Minetta Tavern, atravesamos Minetta Lane, dejamos atrás el quiosco de diarios de la esquina y cruzamos en diagonal hacia el parque, que parecía acurrucado a la sombra de los enormes edificios nuevos de New York University y las altas casas de apartamentos del este y el norte. Pasamos junto a hombres que habían jugado al ajedrez a la luz de las farolas durante generaciones, y junto a los que paseaban a sus perros, y junto a jóvenes de pelo brillante y pantalones muy ceñidos que echaban una rápida mirada a Fonny y después otra, resignada, a mí. Nos sentamos en el borde de piedra de la fuente seca, mirando hacia el arco. Había montones de personas a nuestro alrededor, pero en mí persistía la sensación de una tremenda falta de cordialidad.

—Algunas veces he dormido en este parque —dijo Fonny—. No es una buena idea. —Encendió un cigarrillo—. ¿Quieres uno?

—Ahora no.

Hasta ese momento había preferido seguir al aire libre, pero ahora tenía ganas de meterme en algún sitio, de alejarme de la gente y del parque.

—¿Por qué dormiste en el parque? —pregunté.

—Era tarde. No quería despertar a mis padres. Y no tenía dinero.

—¿Por qué no fuiste a nuestra casa?

—Bueno... Tampoco quería despertar a tu familia. —Guardó en el bolsillo el paquete de cigarrillos—. Pero ahora tengo un cuarto cerca de aquí. Después te lo enseñaré si quieres verlo.

Me miró, y agregó:

—Me parece que tienes frío y estás cansada. Vayamos a comer algo, ¿quieres?

—Bueno. ¿Tienes dinero?

—Sí, me he ganado unos dólares, nena. Vamos.

Aquella noche caminamos mucho, porque Fonny me llevó hacia el oeste, por Greenwich, más allá de la cárcel de mujeres, hasta aquel restaurante español cuyos camareros eran amigos de Fonny. Y aquella gente era muy distinta de la que había en las calles, sus sonrisas eran distintas y yo me sentía como en mi casa. Era sábado, pero aún era temprano y nos instalaron en una mesita del fondo, no para que la gente no nos viera, sino porque les alegraba que hubiéramos ido y querían hacernos quedar allí el mayor tiempo posible.

Yo no tenía mucha experiencia en materia de restaurantes, pero Fonny sí la tenía. Además, hablaba un poco de español y me di cuenta de que los camareros le hacían bromas sobre mí. Entonces, en el momento en que me presentaban a nuestro camarero, Pedrito —eso significaba que era el más joven—, recordé que en el barrio nos llamaban Romeo y Julieta y siempre nos hacían bromas. Pero no de este modo.

Algunos días que me tomaba libres y visitaba a Fonny al mediodía y después, de nuevo, a las seis, caminaba desde Centre Street hasta Greenwich y me sentaba al fondo del restaurante y me daban de comer, en silencio, asegurándose bien de que, al menos, comía algo; con mucha frecuencia Luisito, que acababa de llegar de España y apenas hablaba inglés, se llevaba la tortilla fría que me había preparado y que yo ni siquiera había tocado, y me traía otra caliente, diciéndome: «Señorita, por favor. Tiene que mantenerse fuerte, por él y por el niño. Fonny no nos perdonará si la dejamos morir de hambre. Somos sus amigos. Él confía en nosotros. Usted también tiene que confiar en nosotros». Me servía un poco de vino tinto. «El vino es bueno. Vamos, des-pa-ci-to...». Yo bebía un sorbo. Luisito sonreía, pero no se apartaba hasta que yo empezaba a comer. Entonces decía, sonriendo: «Será



un varón», y se iba. Aquellas personas me ayudaron durante muchos días terribles. Para mí era la gente más buena que había en Nueva York, se preocupaban por los demás. Cuando las cosas empeoraron, cuando empecé a sentirme pesada y Joseph, Frank y Sharon estaban trabajando y Ernestine no paraba un momento, aquella gente se las arreglaba para tener que hacer cosas en las inmediaciones de las Tumbas y como si hubiera sido la cosa más natural del mundo —lo era, para ellos— me llevaban en coche a su restaurante y después de vuelta a las Tumbas, para la visita de las seis. Nunca les olvidaré, nunca. Ellos lo sabían.

Pero, aquel sábado por la noche, nosotros pasábamos de todo; Fonny pasaba de todo y todos éramos felices. Pedí un combinado, aunque todos sabíamos que eso estaba contra la ley de mierda, y Fonny tomó un whisky, porque a los veintiuno la ley concede el derecho a beber. Fonny tiene las manos grandes. Me cogió las mías y las puso en las suyas.

—Más tarde quiero enseñarte algo —dijo.

Era difícil decir qué manos temblaban, qué manos sostenían a las otras.

—Bueno —dije.

Fonny pidió paella. Cuando nos la trajeron, separamos las manos y Fonny me sirvió con mucho esmero.

—La próxima vez te tocará a ti.

Reímos y empezamos a comer. Y tomamos vino. Y había velas en la mesa. Y llegaron otras personas, que nos miraban con aire raro, pero Fonny decía: «Somos amigos de los dueños de esta pocilga». Y nos echábamos a reír una vez más y nos sentíamos muy seguros.

Nunca había visto a Fonny fuera del mundo en que se movía. Le había visto con su padre y con su madre y con sus hermanas, y le había visto en mi casa, con nosotros. Pero ahora que lo pienso, no estoy segura de haberle visto nunca conmigo, no hasta aquel momento en que salíamos del restaurante y todos los camareros reían y hablaban con Fonny en español y en inglés, y a Fonny se le iluminaba la cara de un modo desconocido para mí y sus risas parecían subirles desde las pelotas. La verdad, nunca le había visto en el mundo en que él se movía. Quizá fue entonces cuando le vi conmigo, porque se había apartado de mí, riendo, aunque seguía cogido de mi mano. Era un extraño, pero estaba conmigo. Nunca le había visto con otros hombres.

Nunca había presenciado el afecto y el respeto que los hombres pueden sentir unos por otros.

Desde entonces, he tenido tiempo para pensar en estas cosas. Creo que la primera vez que una mujer advierte todo esto —aunque en aquella época yo no era aún una mujer—, lo advierte precisamente porque quiere al hombre, de lo contrario, sería incapaz de percibirlo. Puede ser para ella una inmensa revelación. Y en este lugar y en estos tiempos de mierda, muchas mujeres quizá vean una amenaza en ese afecto, en esa energía que une a los hombres. Creen que se sienten excluidas. La verdad es que se sienten en presencia, por así decirlo, de un lenguaje que no logran descifrar y, por lo tanto, no pueden dominar. Y aunque se obsesionan con esa idea, en el fondo saben que no es la sensación de estar excluidas lo que les aterra, sino la certeza de que están metidas para siempre en esa peculiar relación. Sólo un hombre es capaz de ver en el rostro de una mujer la niña que ha sido antes. Es un secreto que sólo puede revelarse a un hombre determinado y, además, sólo ante la insistencia de él. Pero los hombres no tienen secretos, salvo para las mujeres, y nunca maduran como las mujeres. Para ellos, madurar es mucho más difícil, es algo que les cuesta mucho más tiempo, algo que nunca pueden alcanzar sin la ayuda de las mujeres. Y, para las mujeres, ésta es siempre la más honda raíz de su desazón. Las mujeres tienen que vigilar y guiar, pero son los hombres quienes tienen que llevar las riendas y siempre han de aparentar que conceden más atención a sus camaradas que a sus mujeres. Pero esa cordialidad ruidosa y exterior que los hombres exhiben en su trato mutuo es lo que les permite penetrar en el silencio y la intimidad de las mujeres: ese silencio y esa intimidad que contiene la verdad de los hombres y la saca a la luz. Supongo que la clave del resentimiento —un resentimiento que oculta un terror infinito— proviene del hecho de que toda mujer está inexorablemente dominada por la imagen que el hombre crea de ella hora tras hora, día tras día, hasta que llega a coincidir con esa imagen y se convierte en mujer. Pero los hombres existen en su propia imaginación y nunca pueden estar a merced de una mujer. Lo cierto es que, en este lugar y en estos tiempos de mierda, todo este asunto resulta ridículo cuando uno piensa que se atribuye a las mujeres más imaginación que a los hombres. Es una idea que los hombres han inventado y prueba exactamente lo contrario. La verdad es que afrontar la realidad de los

hombres es algo que exige muy poca imaginación por parte de las mujeres. Y, en este país, es muy fácil que una mujer se confunda y se tome en serio la creencia de que un hombre que no teme confiar en su imaginación (lo único en lo que los hombres confían realmente) es un afeminado. Esto es algo que dice mucho de este país porque, claro está, si lo que importa es ganar dinero la imaginación es lo que menos falta hace.

—¡Muy buenas noches, señorita! —exclamó el jefe del restaurante, y pronto Fonny y yo estuvimos de nuevo caminando en la calle.

—Vayamos a ver mi cuarto —dijo Fonny—. No queda lejos.

Serían entre las diez y las once.

—De acuerdo —dije.

En aquella época yo no conocía el Village —ahora lo conozco muy bien —; en aquella época todo era sorprendente para mí. El lugar por donde andábamos era mucho más oscuro y tranquilo que la Sexta avenida. Estábamos cerca del río y éramos las únicas personas en la calle. Me habría dado miedo caminar sola por aquella calle.

Pensé que debía telefonar a mi casa y abrí la boca para decírselo a Fonny, pero no lo hice.

Su cuarto estaba en un sótano de Bank Street. Nos detuvimos frente a una verja de metal pintada de negro, con puntas de lanza. Fonny abrió el portal sin hacer ruido. Bajamos cuatro escalones, giramos a la izquierda y nos encontramos frente a una puerta. A la derecha había dos ventanas. Fonny metió la llave en la cerradura y abrió. Una débil luz amarilla brillaba sobre nuestras cabezas. Fonny me hizo pasar, cerró la puerta y me guió por un pasillo oscuro y estrecho. Abrió otra puerta y encendió la luz.

Era un cuarto pequeño, de techo bajo, con dos ventanas (las que habíamos visto a la derecha). Vi una chimenea, una cocinita minúscula, un cuarto de baño con ducha pero sin bañera. En el cuarto había un banco de madera, dos taburetes, una mesa de madera muy grande y otra más pequeña. En la mesa pequeña había un par de latas de cerveza vacías; en la grande, herramientas. El cuarto olía a madera y estaba lleno de madera en bruto. En un rincón había un colchón sobre el suelo, cubierto con un poncho mexicano. En la pared había esbozos de lápiz hechos por Fonny y una fotografía suya.

Habíamos de pasar mucho tiempo en aquel cuarto. Nuestras vidas.

Cuando sonó el timbre, fue Ernestine quien atendió y la señora Hunt la que entró primero. Llevaba un vestido que parecía elegante a primera vista. Era marrón, brillante, hacía pensar en la seda, y tenía orlas de encaje blanco en el cuello, creo, y en las mangas y, me parece, en la cintura. Llevaba un bonete, una suerte de canasto al revés, que endurecía aún más su duro entrecejo.

Llevaba tacones altos, estaba engordando y hacía lo posible por evitarlo, sin conseguirlo. Parecía asustada, a pesar del poder del Espíritu Santo. Entró sonriendo, sin saber muy bien a qué o a quiénes, doblemente sometida, por así decirlo, al escrutinio del Espíritu Santo y el recuerdo de la poco tranquilizadora imagen que le había devuelto su espejo. Y algo en la manera en que entró y tendió la mano, algo en su sonrisa, que suplicaba piedad y a la vez era incapaz de concederla, le convirtió en una mujer maravillosa para mí. Era una mujer que nunca había visto hasta aquel momento. Fonny había estado en su vientre. Ella lo había llevado en su interior.

Tras ella estaban las hermanas, que eran harina de otro costal. Ernestine, llena de entusiasmo y cordialidad al abrir la puerta («¡El único modo de verles es citarles para un asunto de vida o muerte! ¿Les parece que eso está bien? ¡Vamos, adelante!»), empujó a la señora Hunt hacia la órbita de Sharon, y Sharon, llena de gracia, la remitió a Joseph, que me ceñía el talle. En aquella actitud y en la sonrisa de mi padre había algo que asustó a la señora Hunt. Pero empecé a comprender que ella siempre había estado asustada.

Aunque las hermanas eran hermanas de Fonny, nunca me las había imaginado como hermanas de él. Bueno... eso no es cierto. Si no hubieran sido hermanas de Fonny, jamás habría reparado en ellas. Y como eran sus hermanas —y yo sabía muy bien que en el fondo no le querían— las odiaba. Ellas no me odiaban. Ellas no odiaban a nadie, y eso era lo malo. Entraron en nuestro salón como sonriendo a una multitud de amantes desesperados y Adrienne, la mayor, que tenía veintisiete años, y Sheila, que tenía veinticuatro, hicieron la concesión de mostrarse muy cariñosas con aquella pobre basura que era yo, tal como les habían enseñado los misioneros. Lo único que veían, en realidad, era la manaza negra de mi padre que les ceñía el talle —desde luego, era mi talle el que ceñía papá, pero de algún modo

sentían que era el de ellas—. Ninguna de las dos sabía si lo que desaprobaban era el color de Joseph, su actitud o su aspecto: pero, evidentemente, desaprobaban la fuerza de su contacto. Adrienne ya era demasiado vieja para la ropa que llevaba, y Sheila demasiado joven. Tras ellas entró Frank, y mi padre aflojó un poco la mano en mi cintura. Entramos en el salón hablando todos a la vez.

El señor Hunt parecía muy cansado, pero sonreía como siempre. Se sentó en el sofá, cerca de Adrienne, y dijo:

—¿Así que hoy has visto a ese cabeza dura de mi hijo?

—Sí. Está bien. Le manda saludos.

—¿No le tratan muy mal? Te lo pregunto, sabes, porque quizá te diga cosas que a mí me oculta.

—Los secretos de los enamorados —dijo Adrienne, cruzando las piernas y sonriendo.

No vi ningún motivo para contestar a Adrienne, por el momento, al menos; tampoco reparó en ella el señor Hunt, que siguió mirándome.

—Bueno, Fonny odia ese sitio, como podrán imaginarse —dije—. Pero es muy fuerte. Y estudia y lee mucho. Aguantará —agregué, dirigiéndome a Adrienne—. Pero tenemos que sacarle de allí.

Frank pareció a punto de decir algo cuando Sheila dijo, de golpe:

—Si hubiera leído y estudiado cuando debía, ahora no estaría ahí.

Abrí la boca para contestarle, pero Joseph se apresuró a decir:

—¿Has traído las cervezas, hombre? Aquí hay un poco de ginebra, un poco de whisky y un poco de coñac, pero nada de cerveza. —Se volvió hacia la señora Hunt—. Espero que nos permitirá...

La señora Hunt sonrió.

—¿Qué debo permitirles? A Frank no le importa un rábano que le permita algo o no. Siempre hace lo que le da la gana. Nunca ha pensado más que en sí mismo.

—¿Qué podemos ofrecerle, señora Hunt? —dijo Sharon—. Hay café, o té... Y helados... y Coca-Cola.

—... y Seven-Up —dijo Ernestine—. Puedo prepararles una especie de batido de helado. Ven, Sheila, ¿quieres ayudarme? Siéntate, mamá. Lo haremos nosotras.

Arrastró a Sheila hacia la cocina. Mamá se sentó junto a la señora Hunt.

—Dios, cómo vuela el tiempo —dijo mamá—. Casi no nos hemos visto desde que empezaron todos estos problemas.

—¡Ni me lo mencione! He quedado agotada de tanto ir y venir por el Bronx, tratando de consultar a los mejores abogados que podía encontrar entre algunos personajes para quienes trabajé en otras épocas. Uno de ellos es concejal y conoce a todo el mundo y puede mover muchos resortes... Para algunas personas, lo que él dice es palabra santa. Pero esto me ocupa mucho tiempo y mi médico dice que tengo que ir con cuidado. Dice que exijo demasiado de mi corazón. Señora Hunt, me dice, téngalo presente: no dudo de que el chico querrá recuperar la libertad, pero también querrá conservar a su madre. Pero a mí eso no me importa. No me preocupo por mí misma. El Señor me sostiene. Rezo, rezo, rezo para que el Señor devuelva la libertad a mi hijo. Eso es lo único que le pido en mis rezos, día tras día, noche tras noche. Y a veces pienso que quizá ésta sea la manera que el Señor ha elegido para que mi hijo piense en sus pecados y confíe su alma a Jesús...

—Quizá tenga usted razón —dijo Sharon—. Los caminos del Señor son muy misteriosos.

—¡Oh, sí! —dijo la señora Hunt—. Claro que Él puede poner a prueba a sus criaturas, pero nunca las abandona.

—¿Qué piensa usted del señor Hayward, el abogado que ha encontrado Ernestine? —preguntó Sharon.

—Todavía no le he visto. No he tenido tiempo de ir hasta su oficina. Pero sé que Frank le ha visto...

—¿Qué le ha parecido, Frank? —preguntó Sharon.

Frank se encogió de hombros.

—Es un muchacho blanco que ha estudiado en la universidad y ya tiene su título. No necesito explicarles qué significa eso: no es cualquier mierda...

—Frank, estás hablando con una mujer —dijo la señora Hunt.

—Hablo así para sentirme joven: es un cambio que me hace bien. Como iba diciéndoles, un título no es cualquier mierda. No estoy muy seguro de que sigamos con este abogado. Por otro lado, si pensamos cómo son los muchachos blancos, éste no es tan malo. Todavía no está muy enmerdado porque está muerto de hambre. La cosa cambiará cuando tenga la barriga

llena. Hombre —dijo a Joseph—, tú sabes que no quiero dejar la vida de mi hijo en manos de esos blancos hijos de puta. Juro por Dios que antes preferiría que me quemaran vivo. Fonny es mi único hijo, mi único hijo. Pero todos estamos en manos de los blancos, y conozco a algunos negros que tampoco son trigo limpio.

—¡Siempre tengo que decírtelo! —exclamó la señora Hunt—. ¡Es tan peligrosa esa actitud tuya, tan negativa! ¡Estás lleno de odio! Si das odio, la gente te devolverá odio. Cada vez que te oigo hablar así se me destroza el corazón y tiemblo por mi hijo, encerrado en una celda y sin más posibilidad de salvación que la que Dios pueda ofrecerle. Frank, si quieres a tu hijo, renuncia a ese odio, renuncia a él de una buena vez. De lo contrario, caerá sobre la cabeza de tu hijo, le matará.

—Frank no habla así por odio, señora Hunt —dijo Sharon—. No hace más que decir la verdad sobre la vida que llevamos en este país. Es muy natural que esté desanimado.

—Yo confío en Dios —dijo la señora Hunt—. Sé que Él vela por mí.

—No sé cómo esperará Dios que se comporte un hombre cuando su hijo está metido en un lío tremendo —dijo Frank—. Tu Dios crucificó a Su hijo y quizá se alegró de librarse él. Yo no soy así. No tengo intenciones de salir a la calle y besar al primer policía blanco que vea. Pero seré un hijo de puta muy feliz el día que vea salir a mi hijo de ese infierno. Seré un hijo de puta muy feliz cuando pueda coger la cabeza de mi hijo entre mis manos y mirarle a los ojos. ¡Oh! ¡Ese día estaré lleno! —Se levantó del sofá y se acercó a su mujer—. Pero si las cosas no se arreglan de una vez, puedes estar segura de que empezaré a romper cabezas. Y si vuelves a decirme una sola palabra sobre ese Jesús con que me has dado la tabarra durante todos estos años, la primera cabeza que romperé será la tuya. Te has pasado la vida pensando en ese judío bastardo y blanco, cuando debías haber estado con tu hijo.

La señora Hunt se cubrió la cara con las manos y Frank cruzó lentamente el cuarto para volver a sentarse.

Adrienne le miró y pareció a punto de hablar, pero se contuvo. Yo estaba sentada en el taburete, junto a mi padre. Adrienne dijo:

—Señora Rivers, ¿cuál es el motivo por el que nos han hecho venir con tanta urgencia? Supongo que no nos habrán llamado para presenciar cómo mi

padre insulta a mi madre.

—¿Por qué no? —dije—. Es sábado por la noche. Son increíbles las cosas que hace la gente cuando está aburrida. Quizá os hayamos invitado para que nos animéis un poco.

—No me cuesta creer que seas tan malévola. Pero me cuesta creer que seas tan estúpida.

—No te he visto siquiera dos veces desde que metieron a tu hermano en la cárcel —dije—, y no te he visto nunca en las Tumbas. Fonny me dijo que te vio una sola vez, y estabas muy apurada. Y me imagino que no habrás dicho una sola palabra del asunto en el trabajo, ¿verdad? Y no habrás dicho una sola palabra a esos alcahuetes con quienes te pasas la vida, esos chupatintas, esos putos maricas tan preocupados por la ayuda social, ¿verdad? Y ahora estás ahí, sentada en ese sofá, creyéndote más fina que Elizabeth Taylor, muy preocupada porque algún patán estará esperándote en alguna parte y tendrás que inventar algo para justificar lo de tu hermano.

La señora Hunt me clavaba unos ojos terribles. En los labios de Frank se insinuaba una sonrisa fría y amarga: tenía los ojos bajos. Adrienne me miró desde una distancia enorme, añadiendo otra marca negra junto al nombre de su hermano y por fin, tal como yo preveía, encendió un cigarillo. Arrojó el humo cuidadosamente, exquisitamente, y pareció decidir, en silencio, que jamás, bajo ningún pretexto, volvería a dejarse atrapar por gente tan inferior a ella.

Sheila y Ernestine volvieron al salón, Sheila parecía bastante asustada, Ernestine estaba llena de una torva satisfacción. Sirvió un helado a la señora Hunt, puso una Coca Cola junto a Adrienne, le dio a Joseph una cerveza, le dio a Frank un Seven Up con ginebra, me dio un coñac y se sirvió un whisky con soda.

—¡Salud! —dijo alegremente.

Todo el mundo permaneció sentado.

Y entonces se produjo aquel extraño silencio. Todos tenían los ojos fijos en mí. Sentía los ojos de la señora Hunt más perversos, más asustados que nunca. Se inclinaba hacia adelante, la mano tensa sobre la cucharilla enterrada en el helado. Sheila parecía aterrada. Los labios de Adrienne se curvaban en una sonrisa desdeñosa: se inclinó hacia adelante para hablar,



pero la mano de su padre, amenazadora y hostil, se levantó para contenerla. Adrienne volvió a reclinarsse en el sofá y entonces fue su padre quien se inclinó hacia adelante.

Después de todo, la noticia que yo tenía que anunciar era para él. Mirándole, dije:

—He sido yo quien les ha hecho venir. Le he pedido a papá que les llamara para decirles lo que le he dicho a Fonny esta tarde. Fonny va a ser padre. Vamos a tener un hijo.

Los ojos de Frank abandonaron los míos para buscar los de mi padre. Los dos hombres se apartaron de nosotros sin necesidad de moverse de la silla o del sofá, se alejaron juntos e hicieron un extraño viaje. El rostro de Frank, durante ese viaje, era tremendo, en el sentido bíblico. Era como si recogiera piedras y las depositara en el suelo, aguzando la vista más allá de horizontes con cuya existencia jamás había soñado. Cuando regresó, su rostro aparecía sereno.

—Tú y yo tenemos que agarrar una buena borrachera —le dijo a Joseph.

Después se rió, casi con la misma risa de Fonny, y me dijo:

—Me alegro mucho, Tish. No sabes cuánto me alegro.

—¿Y quién se hará cargo de esa criatura? —preguntó la señora Hunt.

—El padre y la madre —dije.

La señora Hunt me clavó los ojos.

—Te imaginarás que no ha de ser el Espíritu Santo —dijo Frank.

La señora Hunt le miró, después se puso de pie y caminó hacia mí. Se me acercó muy despacio, como conteniendo la respiración. También yo me puse de pie y avancé hacia el centro de la habitación, conteniendo la mía.

—Supongo que llamarás amor a ese acto libidinoso —dijo la señora Hunt—. Para mí no es amor. Desde el principio supe que serías la ruina de mi hijo. Tienes un demonio dentro de ti, lo he sabido siempre. Mi Dios me lo dijo hace mucho tiempo. El Espíritu Santo hará que esa criatura se marchite en tu vientre. Pero mi hijo será perdonado. Mis rezos le salvarán.

Era ridícula y majestuosa, estaba dando testimonio, como en la iglesia. Pero Frank se rió y se acercó a ella, y con el revés de la mano le dio un bofetón y le hizo caer al suelo. Sí, allí estaba la señora Hunt, en el suelo, con el sombrero en la nuca y el vestido por encima de las rodillas y Frank

contemplándola desde arriba. Ninguno de los dos dijo una sola palabra.

—¡Su corazón! —murmuró Sharon.

Frank volvió a reír.

—Creo que sigue latiendo. Pero yo no diría que es un corazón... Joe, que las mujeres se ocupen de ella —agregó, volviéndose hacia mi padre—. Tú ven conmigo. Por favor, por favor, Joe. Vamos —insistió.

—Vete con él —dijo Sharon—. Vete.

Sheila se arrodilló junto a su madre. Adrienne aplastó el cigarrillo en el cenicero y se levantó. Ernestine salió del cuarto de baño con un frasco de alcohol y se arrodilló junto a Sheila. Empapó de alcohol un algodón y frotó las sienes y la frente de la señora Hunt, cuidadosamente. Le quitó el sombrero a la señora Hunt y se lo entregó a Sheila.

—Puedes irte, Joe —dijo Sharon—. No te necesitamos.

Los dos hombres salieron, la puerta se cerró tras ellos y las seis mujeres quedamos enfrentadas con nosotras mismas, obligadas a tener que vérnoslas unas con otras, siquiera por un momento. La señora Hunt se incorporó lentamente, se acercó a la silla y se sentó; antes de que pudiera pronunciar palabra, dije:

—Lo que me ha dicho es algo terrible. Es lo más terrible que he oído en mi vida.

—Mi padre no ha debido abofetearla. Es verdad que el corazón no le funciona bien —dijo Adrienne.

—Lo que no le funciona bien es la cabeza —dijo Sharon—. El Espíritu Santo ha debido de trastornarle los sesos, mujer —agregó, dirigiéndose a la señora Hunt—. ¿No ha pensado que maldecía al nieto de Frank? También es mi nieto, desde luego. Mucha gente le habría arrancado con gusto ese corazón suyo que le funciona tan mal... ¿Quiere té o alguna otra cosa? Lo que debería tomar es un poco de coñac, pero supongo que es demasiado santa para eso.

—No tiene derecho a burlarse de la fe de mi madre —dijo Sheila.

—Oh, no me vengas con ésas —dijo Ernestine—. Sé muy bien que te avergüenzas tanto de que tu madre sea una Holy Roller que no sabes qué hacer. Tú no te burlas. Lo único que haces es explicar que tu madre tiene «alma», para que la gente no crea que es algo contagioso... y para que se dé

cuenta de lo inteligente que eres. Me das asco.

—Y tú me das asco a mí —dijo Adrienne—. Quizá mi madre no haya estado bien al decir eso... ¡Después de todo, está muy perturbada! ¡Y es verdad que tiene alma! ¿Vosotros, pobres negros, qué creéis que tenéis? Al fin y al cabo, mi madre no ha hecho más que preguntar algo.

Extendió una mano para impedir que Ernestine la interrumpiera y siguió:

—Solamente ha dicho: «¿Quién se hará cargo de esa criatura?». ¿Y quién se hará cargo, en efecto? Tish no tiene la menor instrucción y sabe Dios que no tiene ninguna otra cosa, y Fonny nunca ha servido para nada. Tú misma lo sabes muy bien. Dime entonces, ¿quién se hará cargo del niño?

—Yo —dije—. Y si no cierras la boca, coño teñido de rubio, verás como también me haré cargo de ti.

La muy tonta se puso las manos en la cintura. Ernestine nos separó y dijo en tono muy suave:

—Adrienne, preciosa... ¿Me permites que te diga algo, corazón?

Extendió una mano y rozó apenas la mejilla de Adrienne. Adrienne se estremeció, pero no se movió. Ernestine dejó caer la mano y la meció en el aire.

—Oh, muñequita... Desde el primer día en que te vi quedé obsesionada con tu nuez de Adán. No sabes cuánto he pensado en ella. ¿Entiendes lo que quiero decir? ¿Sabes qué es estar obsesionada? ¿Nunca has visto cómo se te mueve la nuez de Adán? Yo sí lo he visto. Ahora mismo estoy viéndolo. Oh, es algo delicioso. No puedes imaginarte, cariño, las ganas que tengo de arrancarte la nuez de Adán con los dedos o con los dientes. ¡Ay, qué ganas tengo de ir sacándotela despacito, como se saca el hueso de un melocotón! Es algo maravilloso. ¿Entiendes qué quiero insinuarte, muñequita? Pero si tocas a mi hermana, creo que me decidiré en seguida. De manera que... —Se apartó un instante de Adrienne—. Vamos: tócala. Rompe las cadenas que atan mi corazón y libérame.

—Sabía que no debíamos venir —dijo Sheila—. Lo sabía. Sabía que acabaríamos mal.

Ernestine se quedó mirándola hasta que Sheila levantó los ojos. Entonces Ernestine rió y dijo:

—¡Caramba! Debo de ser muy mal pensada, Sheila... Nunca se me

habría ocurrido que fueras capaz siquiera de pronunciar esa palabra.

Entonces un verdadero odio enrareció la atmósfera de aquella habitación. Y surgió algo insondable que parecía no tener nada que ver con lo que sucedía allí. De repente, sentí lástima por las hermanas. Pero Ernestine no compartió mi lástima. Permaneció donde estaba, con una mano en la cintura y la otra colgando junto a la cadera. Llevaba pantalones grises y una blusa vieja, tenía el pelo revuelto y en la cara no había asomo de maquillaje. Sonreía. Sheila, casi sin fuerzas para respirar y mantenerse en pie, parecía con ganas de ir a arrojarse en brazos de su madre, que no se había movido de su silla. Adrienne, que tiene las caderas muy anchas, iba vestida con una blusa blanca, falda negra plisada, de tela muy brillante, chaqueta negra y muy ceñida, y zapatos de tacón bajo. Se peinaba con raya al medio y el pelo sujeto en la nuca con un lazo blanco. La piel, de un tinte demasiado oscuro para ser amarillo subido, se le había ensombrecido y cubierto de manchas. La frente parecía embadurnada de aceite. También los ojos se le habían ensombrecido, como la piel, que rechazaba el maquillaje negándole toda humedad. Se veía que, en realidad, no era demasiado bonita y que con los años la cara y el cuerpo se le pondrían cada vez más feos, cada vez más toscos.

—Vayámonos de aquí, apartémonos de esta gente malhablada —dijo Sheila.

Debo admitir que lo dijo con cierta dignidad. Las dos hermanas se acercaron a su madre, que, como advertí súbitamente, era el testigo y custodio de la castidad de sus hijas.

Entonces la señora Hunt se incorporó con una extraña serenidad.

—Espero que se sienta usted satisfecha del modo en que ha educado a sus hijas, señora Rivers —dijo.

También Sharon estaba serena, pero había en ella una suerte de asombro. Miró a la señora Hunt y no dijo nada. Y la señora Hunt agregó:

—Puedo asegurarle una cosa: mis hijas nunca llevarán un bastardo a mi casa.

—Pero el niño que va a nacer es su nieto —dijo Sharon al cabo de un momento—. No la entiendo. Es su nieto. ¿Qué importancia tiene el modo en que llegue? El niño no tiene nada que ver con eso... ¡Ninguno de nosotros tiene nada que ver con eso!

—Ese niño... —dijo la señora Hunt. Me miró durante un instante; después se dirigió hacia la puerta, mientras Sheila mantenía los ojos fijos en ella—. Ese niño...

Dejé que llegara hasta la puerta. Mi madre se acercó, como en sueños, para abrirla. Pero me adelanté a ella y apoyé la espalda contra la puerta.

—Ese niño está en mi vientre —dije—. Puede darme un rodillazo para matármelo, o patearlo con esos zapatos de tacones tan altos... ¿No quiere a mi niño? Vamos, mátelo. La desafío. —La miré a los ojos—. No será el primer niño que trate de matar... —Le toqué el sombrero, aquella canasta vuelta al revés que llevaba en la cabeza. Miré a Adrienne y a Sheila—. Con sus dos primeros hijos, lo consiguió... —Abrí la puerta, pero no me moví—. Trate de hacerlo una vez más, ahora. Con Fonny. La desafío.

—¿Podemos retirarnos? —dijo Adrienne, procurando que hubiera hielo en su voz.

—Tish... —dijo Sharon; pero no se movió.

Ernestine se acercó a mí, me apartó de la puerta y me dejó en los brazos de Sharon.

—Señoras... —dijo.

Fue hacia el ascensor y apretó el botón. Parecía haber pasado el límite del furor. Cuando el ascensor llegó y las puertas se abrieron, se limitó a decir mientras las hacía entrar y mantenía la puerta abierta con un hombro:

—No se preocupen. El niño nunca sabrá de ustedes. ¡Es imposible explicar a un niño lo indecentes que pueden llegar a ser algunas personas!

Y en otro tono de voz, en un tono que nunca le había oído, agregó dirigiéndose a la señora Hunt:

—Bendito sea el próximo fruto de su vientre. Espero que sea un cáncer de útero. Es mi mayor deseo.

Y a las hermanas:

—Si volvéis a acercaros a esta casa, os mataré. El niño no tiene nada que ver con vosotras. Acabáis de decirlo. Si llegara a saber que habéis ido a algún sitio para ver al niño, no viviréis para contarle. Yo no soy mi hermana. Recordadlo bien. Mi hermana es buena. Yo no lo soy. Mi padre y mi madre son buenos. Yo no lo soy. Soy capaz de deciros por qué nadie se la ha metido nunca a Adrienne... ¿Queréis saber por qué? Y puedo explicaros muchas

cosas acerca de Sheila y todos esos muchachos a quienes hace correrse en el pañuelo, en los automóviles o en los cines... ¿Tenéis ganas de oírlo?

Sheila se echó a llorar y la señora Hunt se acercó a la puerta del ascensor. Ernestine rió y mantuvo abierta la puerta con el hombro. El tono de su voz volvió a cambiar.

—Usted ha maldecido al niño que está en el vientre de mi hermana. ¡No quiero volver a verla nunca más! ¡Largo de aquí, novia de Cristo medio blanca!

Escupió en la cara de la señora Hunt y después dejó que la puerta del ascensor se cerrara. Y gritó en el hueco del ascensor:

—¡Ha maldecido a su propia sangre, coño teñido y podrido! ¡Lleve este mensaje al Espíritu Santo, y si a Él no le gusta, dígame que yo digo que es un marica y que será mejor que no se me acerque!

Volvió al apartamento. Le corrían lágrimas por las mejillas. Fue hacia la mesa y se sirvió un trago. Encendió un cigarrillo; temblaba.

Sharon no había dicho una sola palabra. Ernestine me había cogido entre sus brazos, pero Sharon no me había tocado. Había hecho algo tremendo: me había cogido, me había consolado sin necesidad de tocarme.

—Bueno —dijo Sharon—. Los hombres tardarán un rato en volver. Y Tish tiene que descansar. De manera que a dormir todos.

Pero yo sabía muy bien que me mandaban a la cama para poder quedarse un rato a solas, sin mí, sin los hombres, sin nadie, para mirar de frente el hecho de que a la familia de Fonny le importaba una mierda todo lo relacionado con él y no moverían un dedo para ayudarlo. Nosotros éramos su familia, ahora, la única familia que tenía. Ahora todo estaba en nuestras manos.

Fui muy despacio hacia mi dormitorio y me senté en la cama. Estaba demasiado cansada para llorar. Estaba demasiado cansada para sentir nada. En cierto modo, Sis Ernestine había asumido la responsabilidad de todo, porque deseaba que el niño hiciera el viaje en buenas condiciones y llegara aquí sano y salvo: y eso significaba que yo tenía que dormir.

Así que me desnudé y me acosté. Me volví hacia donde me volvía siempre, hacia el lado de Fonny, cuando nos acostábamos juntos. Me acurruqué en sus brazos y él me abrazó. Estaba tan presente en aquel instante

que no podía llorar. Mis lágrimas le habrían hecho mucho daño. Fonny me abrazaba y yo murmuraba su nombre, mientras miraba el juego de las luces de la calle reflejadas en el techo. Oía vagamente las voces de mamá y de Sis en la cocina; me hacían creer que jugaban a las cartas.

Aquella noche, en el cuarto de Bank Street, Fonny cogió el poncho mexicano que cubría el colchón y me envolvió con él la cabeza y los hombros... Sonrió y dio un paso atrás.

—¡Me cago en!... ¡Hay una rosa en Harlem! —exclamó.

Sonrió de nuevo y agregó:

—La semana próxima te daré una rosa para que te la pongas en el pelo.

Entonces dejó de sonreír. Un silencio punzante llenó el cuarto y mis oídos. Era como si en el mundo sólo hubiéramos existido nosotros dos. Yo no tenía miedo. Lo que sentía era algo más profundo que el miedo. No podía apartar los ojos de los de Fonny. No podía moverme. Era algo más profundo que el miedo, pero no era alegría. Era asombro.

Fonny dijo, sin moverse:

—Ya somos adultos, ¿sabes?

Asentí.

—Y siempre has sido... mía, ¿verdad?

Volví a asentir.

—Y sabes que siempre he sido tuyo, ¿no es así? —agregó, siempre sin moverse, siempre sosteniéndome con su mirada.

—Nunca se me ocurrió pensar en eso...

—Piénsalo ahora, Tish.

—Lo único que sé es que te quiero —dije, y me eché a llorar.

El poncho parecía muy pesado y abrigaba bastante y tenía ganas de quitármelo de encima, pero no podía.

Entonces Fonny se movió, su expresión cambió, se acercó a mí, me quitó el poncho y lo arrojó a un rincón. Me cogió entre sus brazos y me besó las orejas y me besó en la boca y entonces descubrimos algo que hasta entonces ignorábamos.

—También yo te quiero —dijo—, pero trato de no llorar por eso.

Rió y me hizo reír y entonces volvió a besarme, con más fuerza, y dejó de reír.

—Quiero que seas mi mujer —dijo.

Sin duda advirtió mi asombro, porque me dijo:

—Sí, ya lo sé. Soy tuyo y tú eres mía y los dos lo sabemos, nena. Pero quisiera explicarte algo.

Me cogió de la mano y me llevó hacia la mesa de trabajo.

—Aquí está mi vida. Mi verdadera vida.

Cogió un pedazo de madera del tamaño de dos puños. En él se esbozaba un ojo, una nariz; el resto no era más que un trozo de madera que parecía en una espera anhelante.

—Quizá salga algo de esto algún día —dijo, y lo dejó con mucho cuidado—. Pero creo que ya lo he echado a perder.

Cogió otro pedazo, del tamaño del muslo de un hombre. En él había aprisionado un torso de mujer.

—Aún no sé nada sobre ella —dijo, dejando la madera con el mismo cuidado.

Aunque tenía una mano apoyada sobre mi hombro, estaba muy lejos de mí. Entonces me miró con su tenue sonrisa:

—Ahora escúchame —dijo—. No soy de esos tipos que van detrás de otras mujeres o haciendo putadas por el estilo. Fumo un poco de marihuana pero nunca me he pinchado ni he hecho cosas peores. La verdad es que soy un tipo muy normal. Pero...

Se detuvo y me miró, muy duro y muy sereno. Nunca había sentido la dureza que ahora percibía en él. Dentro de aquella dureza se movía su amor, se movía como un torrente o una hoguera, más allá de toda razón, más allá de todas las palabras, en una zona inatacable por cualquier cosa que pudiera depararle la vida. Yo era suya, él era mío; de repente, comprendí que sería una mujer muy desdichada, quizá una mujer muerta, si me atrevía a desafiar esa ley.

—Pero... —continuó Fonny, y se apartó de mí; sus manos pesadas se movían como dando forma al aire—. Yo vivo con la madera y con la piedra. Tengo piedra en el sótano y trabajo aquí sin cesar y estoy buscando una buhardilla donde pueda trabajar de verdad. Lo que trato de decirte, Tish, es que no puedo ofrecerte mucho. No tengo dinero y trabajo en lo que se presente... sólo para comer, porque no pienso romperme el espinazo a las



órdenes de algún hijo de puta. Esto significa que tú también tendrás que trabajar, y cuando vuelvas a casa, es posible que gruña y siga con mi cincel y con toda esta porquería, y quizá alguna vez pienses que ni siquiera me doy cuenta de si has vuelto o no a casa. Nunca pienses eso, nunca. Estarás conmigo siempre, siempre. No sé qué haría sin ti, nena. Cada vez que cojo el cincel pienso en ti. Siempre estoy pensando en ti. Te necesito. Te quiero. —Sonrió—. ¿Te parece bien, Tish?

—Claro que me parece bien —dije.

Habría querido decir más, pero tenía un nudo en la garganta. Fonny me cogió de la mano y me llevó hacia el colchón que había en el suelo. Se sentó junto a mí y me atrajo haciéndome apoyar la cabeza sobre su regazo, con mis ojos bajo los suyos. Percibí cierto miedo en él. Fonny sabía que me daba cuenta de que su miembro empezaba a endurecerse contra la tela del pantalón, contra mi mejilla; quería que yo lo sintiera y al mismo tiempo tenía miedo. Me besó la cara una y otra vez, me besó el cuello, desnudó mis pechos, me recorrió el cuerpo entero con los dientes, con la lengua, con las manos. Yo sabía lo que estaba haciendo, pero a la vez no lo sabía. Estaba en sus manos, oía que murmuraba mi nombre como entre el fragor de un trueno. Estaba en sus manos, me transformaba en otro ser. Lo único que podía hacer era abrazarme a él. No comprendía, hasta que súbitamente lo comprendí, que todo estallaba y se confundía y se transformaba en mí, que todo en mí se proyectaba hacia él. Si sus brazos no me hubieran sostenido, habría caído hacia abajo, hacia atrás, hacia mi muerte. Mi vida me sostenía. Mi vida me reclamaba. Oía, sentía su respiración como por primera vez. Pero era como si su respiración surgiera de mí misma. Fonny me abrió las piernas, o yo las abrí, y él me besó el interior de los muslos, me desnudó por completo, me cubrió el cuerpo entero de besos y después me tapó con el poncho y entonces se fue.

El contacto del poncho era irritante. Sentía frío y calor. Le oí en el cuarto de baño. Le oí tirar de la cadena. Cuando volvió, estaba desnudo. Se metió bajo el poncho, junto a mí, y extendió su largo cuerpo sobre el mío, y sentí su sexo largo, pesado, negro, latiendo contra mi ombligo.

Me cogió la cara entre las manos, la sostuvo un rato, me besó.

—No tengas miedo —murmuró—. No tengas miedo. Recuerda que soy

tuyo. Recuerda que no te haría daño por nada del mundo. Sólo tienes que acostumbrarte a mí. Y tenemos todo el tiempo del mundo por delante.

Serían entre las dos y las tres de la madrugada. Fonny pareció leer mis pensamientos.

—Tu madre y tu padre saben que estás conmigo —dijo—. Y saben que conmigo no puede pasarte nada malo.

Entonces se movió y su sexo rozó mi abertura.

—No tengas miedo —repitió—. Abrázame fuerte.

Me abracé a él en una suerte de agonía: no había en el mundo otra cosa a la cual pudiera aferrarme. Le cogí de los rizos del pelo. No sé si era él o era yo quien gemía. Duele, duele, ya no duele. Era un peso extraño, una presencia que entraba en mí; en una parte de mí misma que hasta entonces había ignorado. Estuve a punto de gritar. Me eché a llorar. Duele. Ya no duele. Algo empezó, desconocido para mí. Su lengua, sus dientes en mis pechos. Dolor. Quería apartarlo de mí, me aferraba a él con más fuerza. Y él se movía, se movía, se movía. No sabía que era a tal punto infinito. Grité, lloré contra su hombro. Él se detuvo. Puso ambas manos bajo mis caderas. Retrocedió, pero sin salir del todo: por un instante permanecí suspendida sin saber dónde. Entonces me atrajo hacia él y empujó con toda sus fuerzas y algo estalló en mí y brotó un grito de mi interior pero él me cubrió los labios con los suyos, sofocó mi grito con su lengua. Sentía su respiración en mi nariz, respiraba con su aliento, me movía con su cuerpo. Ahora estaba abierta, indefensa, sintiéndolo en cada fibra de mi ser. Un canto se elevó en mí y su cuerpo se volvió sagrado; sus nalgas, que se estremecían y subían y bajaban, sus muslos entre los míos, y el peso de su pecho contra el mío, y su rigidez, que aumentaba y latía y me transportaba a otro lugar. Tenía ganas de reír y de llorar. Entonces empezó algo totalmente nuevo, reí, lloré, le llamé, le atraje cada vez con más fuerza y me esforcé por recibirlo todo, todo, hasta el final. Fonny se detuvo y me besó una y otra vez. Su cabeza se movía sobre mi cuello y mis pechos. Apenas podíamos respirar: si no respirábamos pronto, sabía que moriríamos. Fonny empezó de nuevo a moverse, al principio muy lentamente, después cada vez más rápido. Sentí que me iba, sentí que desbordaba un límite, que todo en mí fluía hacia él, y grité su nombre una y otra vez mientras él rugía el mío en su garganta, ahora

empujando en mí sin piedad, reteniendo el aliento, soltándolo con un sollozo, retirándose de mí, abrazándome fuerte, derramando un líquido hirviendo sobre mi vientre, sobre mi pecho, sobre mi mentón.

Los dos permanecemos inmóviles, unidos para siempre, durante un largo rato.

—Perdóname por haberte ensuciado de esa manera —dijo al fin, tímidamente, en el largo silencio—. Pero supongo que no querrás tener un hijo en seguida...

—Creo que también yo te he ensuciado —dije—. Ha sido la primera vez. Supongo que habrá sangre.

Hablábamos en voz muy baja. Fonny rió.

—He tenido una hemorragia ¿quieres que miremos?

—Me gusta estar así, contigo.

—A mí también. ¿Me quieres, Tish? —Parecía un niño pequeño—. Quiero decir..., cuando hacemos el amor... ¿te gusta?

—Oh, vamos... Sólo quieres oírmelo decir.

—Es cierto. Así que...

—¿Qué?

—¿Por qué no tomas la iniciativa y me lo dices?

Me besó.

—Ha sido como si me hubiera atropellado un camión...

Fonny volvió a reírse.

—... pero también ha sido lo más hermoso que me ha ocurrido en la vida.

—También para mí —dijo; y lo dijo en un tono como de asombro, casi como si hablara de otra persona—. Nadie me ha querido de este modo antes.

—¿Te has acostado con muchas chicas?

—No con tantas. Y en todo caso, con nadie por quien debas preocuparte.

—¿Conozco a alguna de ellas?

Fonny rió.

—¿Quieres que caminemos juntos por la calle y que vaya señalándolas? Eso no estaría bien. Y ahora que te conozco mejor, creo que no sería prudente.

Se apretó aún más contra mí y me puso una mano sobre el pecho.

—Tienes un tigre en tu interior, nena. Aunque tuviera ganas de andar

corriendo detrás de otras chicas, no me quedarían energías. Será mejor que empiece a tomar vitaminas.

—Oh, cállate. No seas repugnante...

—¡Cómo que soy repugnante! Sólo hablo de mi salud. ¿No te importa nada mi salud? Y están cubiertas de chocolate. Las vitaminas, quiero decir.

—Estás chiflado.

—Bueno —concedió, alegremente—. Estoy chiflado por ti. ¿Quieres que inspeccionemos los daños antes de que esto se ponga duro como el cemento?

Encendió la luz y miramos nuestros cuerpos y nuestra cama.

Ciertamente, éramos todo un espectáculo. Había sangre: mucha, o así me lo pareció. Pero no me asusté. Me sentía orgullosa y feliz. Había sangre sobre él y sobre mí y sobre la cama; su esperma y mi sangre corrían lentamente por mi cuerpo, y mi esperma estaba sobre él y sobre mí. Bajo aquella luz débil, nuestros cuerpos oscuros parecían ungidos por una extraña sustancia. Era como si hubiéramos cumplido un rito tribal. Y el cuerpo de Fonny era un misterio absoluto para mí: como lo es siempre el cuerpo del ser que amamos, por más que lleguemos a conocerlo. Es la cambiante envoltura que contiene el misterio más hondo de nuestra vida. Miré su ancho pecho, su vientre liso, su ombligo, el vello rizado, el sexo pesado, exánime: no estaba circunciso. Toqué aquel cuerpo esbelto y le besé en el pecho. Sabía a sal y a una especia picante, amarga, desconocida: un gusto al que habría de habituarme en seguida. Una mano en mi mano, una mano en mi hombro, Fonny me apretó contra sí. Finalmente dijo:

—Tenemos que irnos. Será mejor que te lleve a tu casa antes de que amanezca.

Eran más de las cuatro.

—Sí, creo que será mejor —dije.

Nos levantamos y fuimos hacia la ducha. Lavé su cuerpo y él lavó el mío y nos reímos mucho, como niños, y Fonny me advirtió que si no le quitaba las manos de encima nunca iríamos a mi casa y entonces mi padre se enfadaría mucho y, después de todo, él tenía mucho que hablar con mi padre y quería hablarlo ahora mismo.

Fonny me llevó a casa a las siete de la mañana. Me abrazó mientras viajábamos en el metro casi vacío. Era domingo. Caminamos juntos por

nuestras calles, cogidos de la mano; ni siquiera se había levantado la gente para ir a la iglesia y la otra gente que aún no se había acostado, los pocos que seguían en pie, no tenían ojos para nosotros, para nada ni nadie.

Llegamos a mi casa y pensé que Fonny me dejaría en la escalera de la entrada y me volví para despedirme de él con un beso, pero me cogió de la mano y me dijo:

—Vamos.

Y subimos la escalera y Fonny llamó a la puerta.

Sis abrió, con el pelo recogido y envuelta en una vieja bata verde. Tenía un aspecto que daba miedo. Paseó su mirada de uno a otro. Sin quererlo, sonrió.

—Llegáis justo a tiempo para el café —dijo, apartándose para dejarnos pasar.

—Nosotros... —empecé a decir, pero Fonny me interrumpió.

—Buenos días, señorita Rivers —dijo, y algo en su tono hizo que Sis le mirara con atención y despertara del todo—. Lamento mucho que lleguemos tan tarde. ¿Podría hablar con el señor Rivers, por favor? Es muy importante.

Seguía cogiéndome de la mano.

—Le será más fácil verle si entra en casa —dijo Sis.

—Nosotros... —empecé de nuevo, luchando por encontrar sabe Dios qué excusa.

—... queremos casarnos —dijo Fonny.

—Entonces creo que os conviene de verdad tomar un poco de café —dijo Sis, y cerró la puerta a nuestras espaldas.

En eso Sharon entró en la cocina. En cierto modo, tenía un aire más presentable que Sis: llevaba pantalones y un suéter, y se había recogido el pelo en una trenza sujeta sobre la cabeza.

—¡Vaya! ¿Se puede saber dónde habéis estado hasta semejante hora de la mañana? —empezó—. ¿No se os ocurre nada mejor que portaros de esta manera? Ya estaba a punto de llamar a la policía.

Pero me daba cuenta de que sentía alivio al ver a Fonny sentado en la cocina, junto a mí. Eso significaba algo importante, y ella lo sabía. La escena habría sido muy diferente, y Sharon habría sentido una preocupación muy diferente, si hubiera vuelto a casa sola.

—Lo siento mucho, señora Rivers —dijo Fonny—. La culpa es mía. Hacía unas semanas que no veía a Tish y teníamos mucho que hablar..., yo tenía mucho que hablar... —hizo un ademán—. La he retenido más de la cuenta.

—¿Hablando? —dijo Sharon.

Fonny no se acobardó; no bajó los ojos.

—Queremos casarnos —dijo—. Por eso la he retenido hasta tan tarde.

Los dos se miraron.

—Quiero a Tish —dijo—. Por eso estuve unas semanas sin verla. Hasta salí con otras chicas —dijo, echándome una rápida mirada— y... no sé cuántas tonterías hice para sacármela de la cabeza. —Volvió a mirarme. Después bajó los ojos—. Pero me di cuenta de que era inútil tratar de engañarme. No quiero a nadie más que a Tish. Entonces tuve miedo de que me dejara o de que algún otro apareciera para llevársela, así que volví. —Hizo un esfuerzo por reírse—. Volví corriendo. Y no quiero tener que irme nunca más. Tish ha sido siempre mi chica, usted lo sabe, señora Rivers. Y yo no soy un mal muchacho. Usted lo sabe. Y... ustedes son la única familia que he tenido.

—Será por eso —gruñó Sharon— por lo que de repente has empezado a llamarme señora Rivers. —Me miró—. En cuanto a usted, señorita, espero que habrá pensado que tiene apenas dieciocho años.

—Con ese argumento y una moneda para el metro, podrás llegar hasta la esquina —dijo Sis—. ¡Si es que llegas! En realidad —agregó, sirviendo el café—, se supone que la hermana mayor debe casarse primero. Pero nunca hemos respetado demasiado las formalidades.

—¿Qué piensas de esto? —le preguntó Sharon.

—¿Yo? Estoy encantada de librarme de la mocosa. Nunca he podido soportarla. Nunca he podido descubrir qué es lo que le veis, lo juro. —Se sentó frente a la mesa y se echó a reír—. Sírvete azúcar, Fonny. Lo necesitarás, créeme, si vas a juntarte con mi querida hermanita.

Sharon fue hacia la puerta de la cocina y gritó:

—¡Joe! ¡Ven aquí! ¡Ha caído un rayo sobre la casa de los pobres! ¡Ven, date prisa de una vez!

Fonny me cogió de la mano.

Joseph entró en la cocina, en zapatillas, con unos viejos pantalones de pana y en camiseta. Empecé a darme cuenta de que en aquella casa no había dormido nadie. Joseph me miró. En realidad, no vio a ninguna otra persona. Y como estaba furioso y aliviado a la vez, habló en tono calmado.

—Me gustaría saber qué se ha propuesto, señorita, volviendo a su casa a estas horas de la mañana. Si quiere irse de su casa, puede irse, ¿me oye? Pero mientras viva en mi casa, debe respetarla. ¿Me ha oído?

Entonces vio a Fonny, y Fonny soltó mi mano y se puso de pie.

—Señor Rivers —dijo—, por favor, no rependa a Tish. La culpa es toda mía, señor. Yo la he entretenido. Tenía que hablar con ella. Por favor, señor Rivers. Por favor. Le he pedido que se case conmigo. Por eso hemos tardado tanto en volver. Queremos casarnos. Por eso estoy aquí. Usted es el padre de Tish. Usted la quiere. Sé que usted sabe, tiene que saber, que yo la quiero. La he querido durante toda mi vida. Usted lo sabe. Si no la quisiera ahora no estaría aquí, ¿no? Podía haberla dejado en la entrada y haberme ido. Sé que tiene ganas de darme una buena patada. Pero la quiero. Es todo lo que puedo decirle.

Joseph le miró.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiuno, señor.

—¿Crees que es edad suficiente como para casarte?

—No lo sé, señor. Pero sé que es edad suficiente como para saber a quién quiero.

—¿Estás seguro?

—Lo sé.

Fonny se irguió.

—¿Cómo piensas mantenerla?

—¿Cómo la ha mantenido usted?

Nosotras, las mujeres, estábamos excluidas de la discusión y lo sabíamos. Ernestine sirvió a Joseph una taza de café y la empujó en su dirección.

—¿Tienes trabajo?

—Durante el día cargo camiones de mudanza. Durante la noche esculpo. Soy escultor. Tish y yo sabemos que no será fácil. Pero soy un artista de verdad. Y seré un buen artista, quizá un gran artista.

Los dos hombres volvieron a mirarse a los ojos.

Joseph probó su café sin mirar la taza y lo sorbió sin sentirle el gusto.

—Bueno, pongamos las cosas en claro. Tú le has pedido a mi chiquilla que se case contigo, y ella te ha contestado...

—Que sí —dijo Fonny.

—¿Y ahora has venido a informarme de ello o a pedir mi consentimiento?

—He venido para las dos cosas, señor.

—Y no tienes ningún...

—... futuro —dijo Fonny.

Los dos hombres volvieron a estudiarse. Joseph puso el café sobre la mesa. Fonny no había probado el suyo.

—¿Qué harías tú, en mi lugar? —preguntó Joseph.

Yo sentía que Fonny temblaba. No pudo contenerse: su mano tocó levemente mi hombro, y en seguida se apartó.

—Se lo preguntaría a su hija. Si le dice que no me quiere, me iré de aquí y nunca volveré a molestarle.

Joseph clavó los ojos en Fonny: una larga mirada en la que el escepticismo cedía ante una suerte de resignada ternura. Era como si mi padre estuviera a punto de dar un puñetazo a Fonny; era como si quisiera zarandearlo.

Entonces Joseph me miró.

—¿Le quieres? ¿Quieres casarte con él?

—Sí.

No sabía que mi propia voz pudiera sonar tan rara.

—Sí. Sí. Soy hija tuya, y soy hija de mi madre. Así que deberías saber que cuando digo no quiero decir no, y cuando digo sí quiero decir sí. Y Fonny ha venido aquí para pedir tu consentimiento, y le quiero todavía más por eso. Deseo mucho tu consentimiento porque te quiero. Pero no voy a casarme contigo. Voy a casarme con Fonny.

Joseph se sentó.

—¿Cuándo?

—Cuando reunamos un poco de dinero —dijo Fonny.

Joseph dijo:

—Será mejor que tú y yo vayamos al otro cuarto, hijo.



Y se fueron. Nosotras no dijimos nada. No teníamos nada que decir. Sólo mamá, un instante después, preguntó:

—¿Estás segura de que le quieres, Tish? ¿Estás absolutamente segura?

—¿Por qué me lo preguntas, mamá?

—Porque tenía la secreta esperanza de que te casarías con el gobernador Rockefeller —dijo Ernestine.

Durante un momento mamá la miró. Después se echó a reír. Sin saberlo, o sin proponérselo, Ernestine se había acercado mucho a la verdad. Porque el sueño de la seguridad tarda mucho en desaparecer.

—Sabes muy bien que ese fantoche es demasiado viejo para mí —dije.

Sharon volvió a reír.

—Te aseguro que él no se ve así... Pero me imagino que tú no podrías soportar el modo en que él te vería a ti. Así que lo mejor será que olvidemos el asunto. Vas a casarte con Fonny. Muy bien. Cuando me pongo a pensar en ello...

Se detuvo y en cierto modo dejó de ser Sharon, mi madre, para convertirse en otra persona; pero esa otra persona era precisamente mi madre, Sharon.

—... creo que me siento muy contenta. —Se inclinó hacia atrás, con los brazos cruzados, pensativa—. Sí, Fonny es todo un hombre.

—No es un hombre todavía —dijo Ernestine—. Pero lo será. Por eso estás sentada aquí, luchando para contener las lágrimas. Porque eso significa que tu hija menor está a punto de convertirse en mujer.

—Oh, cállate —dijo Sharon—. Ojalá encontraras tú alguien con quien casarte. En ese caso sería yo la que te gastaría bromas, y no al revés...

—Pero me echarías mucho de menos —dijo Ernestine, muy rápidamente—. Aunque no creo que me case nunca. Hay gente que se casa, ¿sabes, mamá? Pero hay otra gente que decide no casarse.

Se puso de pie, dio una vuelta por el cuarto y volvió a sentarse. Oímos las voces de Fonny y de Joseph en el otro cuarto, pero no lo que decían: en realidad, hacíamos todo lo posible por no oír. Los hombres son hombres, y a veces hay que dejarles a solas. Sobre todo si tiene uno la sensatez de darse cuenta de que si se encierran juntos en un cuarto, aunque no tengan demasiadas ganas de hacerlo, es porque han asumido la responsabilidad de

las mujeres que se quedan afuera.

—Bueno, soy capaz de entender eso —dijo Sharon con firmeza, sin moverse.

—Lo malo —dijo Ernestine— es que a veces nos gustaría pertenecer a alguien...

Entonces, casi sin darme cuenta, exclamé:

—Pero da mucho miedo pertenecer a alguien...

Y quizá hasta el momento en que me oí decir eso no comprendí que era cierto.

—Mitad y mitad —dijo Ernestine, sonriendo—. Da miedo, pero hace falta.

Joseph y Fonny volvieron del otro cuarto.

—Estáis locos —dijo Joseph—, pero yo no puedo remediarlo.

Miró a Fonny. Sonreía, con una sonrisa llena de ternura y a la vez de recelo. Después me miró.

—Pero... Fonny tiene razón. Es natural que algún día viniera alguien para llevarte. Sólo que no había pensado que ocurriría tan pronto. Pero como dice Fonny, y tiene razón, siempre habéis estado juntos, desde que erais niños. Y ya habéis dejado de serlo. —Cogió a Fonny de la mano y lo llevó hacia mí; después me cogió de la mano y me hizo ponerme de pie. Puso la mano de Fonny en la mía.

—Cada uno debe cuidar del otro —dijo—. Ya descubriréis que eso es mucho más que una simple frase.

Los ojos de Fonny se llenaron de lágrimas. Besó a mi padre. Me soltó la mano y fue hacia la puerta.

—Tengo que irme a casa —dijo—. Tengo que decírselo a mi padre. —Cambió de expresión, me miró y me besó a través del espacio que nos separaba—. Se alegrará mucho.

Abrió la puerta y dijo a Joseph.

—Volveremos por aquí a eso de las seis de la tarde. ¿Le parece bien?

—De acuerdo —dijo Joseph, ahora con la cara iluminada por una sonrisa enorme.

Fonny salió. Dos o tres días después, el martes o el miércoles, fuimos al barrio donde Fonny tenía su taller y empezamos a buscar en serio nuestra

buhardilla.

Aquél resultaría un viaje totalmente imprevisible.

Tal como nos lo había anunciado, el lunes el señor Hayward nos esperaba en su oficina. Llegué a eso de las siete y media. Mamá me acompañaba.

El señor Hayward tendrá unos treinta y siete años. Tiene los ojos castaños muy dulces y el pelo también castaño, ya medio ralo. Es muy, muy alto y corpulento. Y es bastante simpático o parece bastante simpático. Aunque no me siento cómoda con él. No creo que sea culpa suya. En estos días no me siento cómoda con nadie, y menos aún con un abogado.

Cuando entramos, se puso de pie. Hizo sentar a mamá en el sofá y a mí en el sillón. Él se sentó tras su escritorio.

—¿Cómo están ustedes? ¿Cómo le va, señora Rivers? ¿Cómo se encuentra, Tish? ¿Ha visto a Fonny?

—Sí. A las seis.

—¿Cómo está?

Esa pregunta siempre me ha parecido muy tonta. ¿Cómo puede estar un hombre que lucha por salir de la cárcel? Pero al mismo tiempo debí hacer lo posible por comprender que, desde otro punto de vista, era una pregunta muy importante. Por un lado, era la pregunta que yo misma me hacía a cada instante de mi vida; por el otro, saber «cómo» estaba Fonny podía ser un dato muy importante para el señor Hayward y ayudarlo a llevar adelante el caso. Pero me costaba mucho tener que hablar de Fonny con el señor Hayward. Había tantas cosas que hubiese debido saber antes de que yo se las dijera... Pero quizá también en esto sea injusta.

—Bueno, digámoslo de este modo, señor Hayward: odia estar metido ahí, pero hace todo lo posible para no desesperarse.

—¿Cuándo lo sacará de allí? —preguntó mamá.

El señor Hayward paseó la mirada de una a otra y sonrió: una sonrisa dolorosa, como si le hubieran dado una patada en las pelotas.

—Bueno, como saben, éste es un caso muy difícil.

—Por eso mi hermana recurrió a usted —dije.

—¿Y ahora empieza a pensar que hizo mal en confiar en mí?

Seguía sonriendo. Encendió un cigarro.

—No —dije—. Yo no diría eso.

No me habría atrevido a decirlo, por el momento, al menos, por miedo a tener que buscar otro abogado, que quizá resultara peor.

—Es que nos gustaba ver a Fonny en casa —dijo mamá— y le echamos mucho de menos.

—Lo entiendo muy bien —dijo el señor Hayward— y estoy haciendo lo humanamente posible por que esté con ustedes cuanto antes. Pero, como saben, la dificultad mayor es la negativa de la señora Rogers a cambiar su declaración. Y ahora ha desaparecido.

—¿Ha desaparecido? —grité—. ¿Cómo puede desaparecer de la noche a la mañana?

—Tish, ésta es una ciudad muy grande —dijo el señor Hayward—, un país muy grande, un mundo muy grande, diría yo. La gente suele desaparecer. No creo que la señora Rogers haya ido muy lejos: no tiene recursos para un viaje largo. Pero su familia puede haberla mandado de vuelta a Puerto Rico. En todo caso, para encontrarla necesito la ayuda de investigadores especiales y...

—Eso significa dinero —dijo mamá.

—Por desgracia, así es —dijo el señor Hayward.

Me miró tras su cigarro con ojos extraños, llenos de expectativa, extrañamente afligidos.

Yo me había puesto de pie. Volví a sentarme.

—Esa puta roñosa —dije—. Esa puta roñosa...

—¿Cuánto dinero? —preguntó mamá.

—Trato de ocasionar muy pocos gastos —dijo el señor Hayward con una sonrisa tímida, casi infantil—, pero me temo que los investigadores especiales son... especiales, y ellos lo saben. Si tenemos suerte, podemos localizar a la señora Rogers en unos pocos días, o a lo sumo en semanas. Si no... —se encogió de hombros—. Bueno, por el momento supongamos que tendremos suerte.

Volvió a sonreír.

—Puerto Rico —dijo mamá con desánimo.

—No sabemos si ha vuelto allí —dijo el señor Hayward—, pero es muy posible. Lo cierto es que la mujer y su marido desaparecieron hace unos

cuantos días del apartamento de Orchard Street sin dejar su nueva dirección. No hemos conseguido ponernos en contacto con sus parientes, las tías y los tíos, que, por lo demás, no han cooperado mucho, como ustedes saben.

—Pero ¿no la perjudica el hecho de desaparecer así, de repente? —pregunté—. Esa mujer es el testigo principal en este caso.

—Sí. Pero es una puertorriqueña ignorante, desequilibrada, que está bajo los efectos del shock emocional de la violación. Su conducta no es incomprensible. ¿Me entiende?

Me miró con fijeza y el tono de su voz cambió.

—Además, es sólo uno de los testigos principales en este caso. Usted ha olvidado el testimonio del oficial Bell: en realidad, es él quien ha suministrado la única identificación plausible del violador. Es él quien jura que vio a Fonny huir del lugar del crimen. Y siempre he opinado, recordará usted que ya lo hemos discutido, que la señora Rogers repite sin cesar el testimonio del oficial Bell.

—Si vio a Fonny en el lugar del crimen, ¿por qué tuvo que esperar para ir a buscarle y sacarle de nuestra casa?

—Tish —dijo mamá—. Tish. —Después, dirigiéndose al abogado—: Usted quiere decir... Quiero dejarlo claro ahora mismo... ¿Quiere decir que es el oficial Bell quien indica a la señora Rogers lo que debe decir? ¿Eso es lo que usted trata de explicarme?

—Sí —dijo el señor Hayward.

Miré a Hayward. Paseé una mirada por la habitación. Estábamos lejos de nuestro barrio, cerca de Broadway, no lejos de Trinity Church. La oficina era de madera oscura, muy pulida y brillante. El escritorio era grande, con dos teléfonos. En uno de ellos se encendía y se apagaba un botón. Hayward lo ignoraba: seguía mirándome. Había trofeos y diplomas en las paredes y una gran fotografía de Hayward, padre. En el escritorio, enmarcadas, otras dos fotografías, una de su mujer, sonriente, y otra de sus dos hijos. No existía la menor relación entre aquella habitación y yo.

Salvo que yo estaba en aquella habitación.

—¿Usted quiere decirnos que no hay manera de llegar a la verdad en este caso? —pregunté.

—No, no digo eso. —Volvió a encender un cigarro—. No es la verdad lo

que importa en un juicio, Lo que importa es... quién gana.

El humo del cigarrillo llenaba la habitación.

—Eso no significa que yo dude de la verdad. Si no creyera en la inocencia de Fonny, no me habría hecho cargo de este caso. Sé algo acerca del oficial Bell: es un racista y un mentiroso (se lo he dicho en su propia cara, así que pueden ustedes repetir lo que he dicho a quienes quieran y cuando quieran), y sé algo acerca del fiscal: es un tipo peor aún. Ahora bien: usted y Fonny insisten en que estaban juntos, en el cuarto de Bank Street, con un viejo amigo, Daniel Carty. Su testimonio Tish, no vale nada, como podrá imaginarse. Y el fiscal acaba de arrestar a Daniel Carty y lo mantiene incomunicado. No me han permitido verle.

Se puso de pie y fue hacia la ventana.

—Lo que han hecho es ilegal, pero... Daniel tiene antecedentes, como ustedes saben. Es evidente que quieren obligarle a que modifique su declaración. Y éste es el motivo (no lo sé, pero apostaría cualquier cosa a que es así) por el que ha desaparecido la señora Rogers.

Volvió a su escritorio y se sentó.

—Así son las cosas —dijo, mirándome—. Trataré de facilitarlas en la medida de lo posible. Pero la situación no dejará de ser muy difícil.

—¿Cuándo necesita usted el dinero? —preguntó mamá.

—Ya me he puesto en acción para buscar a la señora Rogers —dijo—. Necesitaré el dinero en cuanto pueda usted conseguirlo. También procuraré obligar al fiscal a que me permita ver a Daniel Carty, pero tratarán de impedírmelo con toda clase de obstáculos.

—De manera que lo que tratamos de ganar es tiempo —dijo mamá.

—Sí —dijo Hayward.

Tiempo: la palabra resonó como las campanas de una iglesia. Fonny estaba en la cárcel, matando el tiempo. Con el tiempo, dentro de seis meses, nacería nuestro hijo. En algún momento del tiempo nos habíamos amado. En otro momento que ya no estaba en el tiempo, sino a merced de él, seguíamos amándonos.

En algún momento del tiempo, Fonny iba y venía por una celda, mientras le crecía el pelo, cada vez más rizado. En algún momento del tiempo se pasaba la mano por la mejilla, que clamaba por un afeitado; en algún

momento del tiempo se rascaba los sobacos, que clamaban un baño. En algún momento del tiempo miraba a su alrededor, sabiendo que era víctima de un falso testimonio, en el tiempo, con la complicidad del tiempo. En otro tiempo había temido a la vida: ahora temía a la muerte, en algún momento del tiempo. Cada mañana despertaba con Tish atormentándole el vientre. Ahora vivía en el tiempo, entre el rugir y el hedor y la belleza y el espanto de innumerables hombres: y había sido precipitado en ese infierno en un abrir y cerrar de ojos.

Era imposible comprar tiempo. La única moneda que el tiempo acepta es la vida. Sentada en el brazo del sillón de piel de Hayward, miraba a través de la enorme ventana hacia abajo, hacia Broadway. Me eché a llorar.

—Tish —dijo Hayward, anonadado.

Mamá se acercó y me cogió en sus brazos.

—No nos hagas esto —dijo—. Por favor, Tish.

Pero no podía contenerme. Me parecía que nunca encontraríamos a la señora Rogers, que Bell nunca cambiaría su declaración, que golpearían a Daniel hasta que cambiara la suya. Y que Fonny se pudriría en la cárcel y moriría en ella... Yo no podía vivir sin Fonny.

—Tish —dijo mamá—, ya eres una mujer. Tienes que ser una mujer. Estamos en un lío tremendo, pero si lo piensas bien, las cosas no han cambiado tanto. Hija, no tienes que entregarte. No puedes entregarte. Hay que sacar a Fonny de este lío. No me importa lo que tengamos que hacer. ¿Me entiendes, hija? Hace demasiado tiempo que dura esta mierda... Pero si no piensas así, te pondrás enferma. No puedes ponerte enferma ahora..., lo sabes muy bien. Prefiero mil veces que sea el Estado el que le mate, y no tú. Vamos, hija, tenemos que sacarle de este lío.

Se apartó de mí. Me sequé los ojos. Mamá se volvió hacia Hayward.

—¿Usted no tiene ninguna dirección donde buscar a esa chica en Puerto Rico?

—Sí. —La escribió en un pedazo de papel y se lo dio a mamá—. Esta semana mandaremos a alguien allí.

Mamá dobló el pedazo de papel y lo guardó en su cartera.

—¿Cuándo cree que podrá ver a Daniel?

—Tengo la intención de verle mañana, pero habrá que armar un lío

tremendo para conseguirlo.

—Ármelo, con tal que le dejen verle.

Sharon volvió junto a mí.

—En casa nos pondremos a pensar todos juntos en el asunto, señor Hayward, para ver qué se nos ocurre. Le diré a Ernestine que le llame mañana por la mañana temprano. ¿Le parece bien?

—Perfecto. Por favor, salude a Ernestine de mi parte.

Hayward dejó su cigarro, se me acercó y puso una mano torpe sobre mi hombro.

—Mi querida Tish —dijo—. Por favor, manténgase fuerte. Le juro que ganaremos, que Fonny saldrá libre. No, no será fácil. Pero tampoco es algo tan insuperable como le parece ahora.

—Dígaselo —le pidió mamá.

—Cuando voy a ver a Fonny, lo primero que hace es preguntarme por usted. Y siempre le digo: Tish está muy bien. Pero me mira a la cara para asegurarse de que no le miento. Y soy muy mal mentiroso. Mañana le veré. ¿Qué debo decirle?

—Dígale que estoy muy bien.

—¿Cree que puede sonreír? Quisiera llevarle su sonrisa con el mensaje. Le gustará mucho.

Sonreí, y Hayward sonrió, y algo realmente humano ocurrió entre nosotros por primera vez. Hayward me soltó el hombro y se acercó a mamá.

—¿Puede decirle a Ernestine que me llame a eso de las diez? O antes, si es posible. De lo contrario, no me encontrará hasta las seis.

—Se lo diré. Y muchas gracias, señor Hayward.

—¿Sabe una cosa? Me gustaría que dejara de llamarme «señor».

—De acuerdo, Hayward. Y usted llámeme Sharon.

—Encantado. Y espero que seamos amigos cuando todo esto termine.

—Claro que lo seremos —dijo mamá—. Gracias de nuevo. Adiós.

—Hasta pronto. No olvide lo que le he dicho, Tish.

—No lo olvidaré. Lo prometo. Dígale a Fonny que estoy muy bien.

—Así me gusta que se porte mi chica. O más bien —y pareció más infantil que nunca— la chica de Fonny.

Sonrió y nos abrió la puerta.



—Hasta pronto —dijo.

—Hasta pronto —dijimos.

Un sábado por la tarde Fonny caminaba por la Séptima avenida cuando se encontró con Daniel. No se habían visto desde los tiempos de la escuela.

El tiempo no había mejorado a Daniel. Seguía corpulento, negro, ordinario, a los veintitrés años —es un poco mayor que Fonny— ya se estaba quedando sin amigos. Así que Fonny y Daniel se abrazaron en la avenida después de un instante de verdadero asombro y de deleite, y gritaron de entusiasmo, y se dieron palmadas en la cabeza y en los hombros, súbitamente vueltos a la niñez, y aunque a Fonny no le gustan los bares, fueron a sentarse al más cercano y pidieron dos cervezas.

—¡Bueno! ¿Y qué hay de nuevo?

No sé cual de los dos hizo la pregunta, o cuál de los dos la hizo primero: pero todavía puedo ver sus caras.

—¿Por qué me lo preguntas a mí, hombre?

—Porque, como dice el tipo sobre el Monte Everest, estás allí.

—¿Dónde?

—Bromas aparte, hombre..., ¿cómo te van las cosas?

—Trabajo como esclavo de los judíos en la industria del vestido: me paso el día cargando ropa, subiendo y bajando ascensores...

—¿Cómo está tu familia?

—Oh, papá murió hace tiempo. Vivo en el mismo sitio, con mamá. Las varices la llevan por el camino de la amargura. Así que...

Daniel bajó los ojos hacia su cerveza.

—¿Qué haces ahora?

—¿Ahora? ¿En este momento?

—Quiero decir... ¿Tienes algún plan? ¿Estás ocupado? ¿No puedes venirte conmigo a casa ahora mismo?

—No tengo nada que hacer.

Fonny apuró su cerveza y pagó al camarero.

—Vamos. Tengo un poco de cerveza en el apartamento. Vamos. ¿Te acuerdas de Tish?

—¿Tish?...

—Sí, Tish. Tish, la flacucha. Mi chica.

—¿Tish, la flacucha?

—Sí. Todavía es mi chica. Vamos a casarnos, hombre. Date prisa, quiero mostrarte el apartamento. Y Tish nos preparará algo de comer. Vamos... Ya te he dicho que hay cerveza en casa.

Y aunque no debería gastar el dinero de ese modo, mete a Daniel en un taxi y van a Bank Street, donde yo no les espero. Pero Fonny está contento y lleno de entusiasmo; y la verdad es que reconozco a Daniel a la luz de los ojos de Fonny. Porque no es tanto que el tiempo haya empeorado a Daniel, lo que veo es hasta qué punto le ha maltratado. Y esto no porque sea muy intuitiva, sino porque estoy enamorada de Fonny. No es cierto que el amor o el terror nos cieguen: es la indiferencia lo que nos ciega. Y yo no podía ser indiferente para con Daniel porque la cara de Fonny me ha hecho comprender qué maravilloso era para él haber rescatado a un amigo de las aguas estancadas de su pasado.

Pero todo esto significa que tengo que salir a comprar comida y me voy, dejándolos a solas. Tenemos un tocadiscos. Mientras salgo, Fonny pone *Comparado con qué*. Daniel está sentado en el suelo, tomando cerveza.

—¿Así que de verdad pensáis casaros? —pregunta Daniel con un aire entre pensativo y burlón.

—Bueno, sí, estamos buscando un lugar donde vivir... Buscamos una buhardilla porque es lo que cuesta menos, ¿sabes?, y además porque podré trabajar sin fastidiar demasiado a Tish. En este cuarto apenas cabe una persona, de modo que ni soñar con que vivamos los dos... Y además éste es mi taller y mi buhardilla, además del sótano... —Mientras habla lía un cigarrillo para él y para Daniel, que está sentado de cuclillas a su lado—. Hay montones de buhardillas y almacenes en el lado Este, hombre, y a nadie se le ocurre alquilarlos, salvo a los chiflados como yo. Son covachas donde uno se quema vivo en caso de incendio, y por lo general no tienen baño. Así que no es muy difícil encontrar una desocupada...

Enciende un cigarrillo y se lo pasa a Daniel.

—Pero hombre... En este país odian a los negros. Te juro que prefieren alquilar a un leproso antes que a un negro.

Daniel aspira el humo del cigarrillo y lo devuelve a Fonny («¡viejas

*damas cansadas que besan a sus perros!»* grita el tocadiscos), que aspira a su vez, toma un trago de cerveza y le devuelve el cigarrillo a Daniel.

—A veces Tish y yo vamos juntos, a veces va ella sola, a veces voy yo solo. Pero siempre es la misma historia, hombre. —Se pone de pie—. Y ahora ya no puedo permitir que Tish vaya sola, porque la semana pasada creímos que habíamos conseguido una buhardilla... El tipo se lo había prometido a Tish. Pero no me había visto a mí. Y el tipo pensaba que una chica negra sola buscaba una buhardilla en la zona Este... Bueno, pensó que el asunto era pan comido. El tipo creía que Tish se le estaba insinuando. Eso es lo que pensó el desgraciado. Y la pobre Tish vino a contarme, muy orgullosa y feliz, que había encontrado una buhardilla...

Fonny se sienta de nuevo.

—Vamos a verlo. Y cuando el tipo me ve... dice que ha habido un gran error, que no puede alquilar la buhardilla porque unos parientes suyos están por llegar de Rumania de un momento a otro y tiene que alojarlos allí. Mierda. Le dije que se fuera a la mierda y el tipo amenazó con llamar a la policía. —Coge el cigarrillo que le tiende Daniel—. Tengo que encontrar la manera de juntar un poco de dinero para largarme de este país de mierda.

—¿Y cómo te las vas a arreglar?

—Todavía no lo sé —dice Fonny—. Tish no sabe nadar.

Devuelve el cigarrillo a Daniel y los dos lloran y se revuelcan de risa.

—Quizá tú podrías irte antes —dice Daniel, ahora en serio.

—No, no me creo capaz de hacerlo. —Daniel le mira—. Tendría demasiado miedo.

—¿Miedo a qué? —pregunta Daniel, aunque ya sabe la respuesta.

—Miedo, simplemente... —dice Fonny después de un largo silencio.

—¿Miedo de lo que podría ocurrirle a Tish? —pregunta Daniel.

Otro largo silencio. Fonny mira por la ventana. Daniel mira la espalda de Fonny.

—Sí —dice Fonny—. Miedo de lo que podría ocurrirnos a los dos si estuviéramos separados. Tish no tiene mucho sentido común, hombre..., confía en todo el mundo. Camina por la calle moviendo ese culito que tiene y se queda muy sorprendida cuando algún tipo quiere echársele encima. No es capaz de ver lo que yo veo.

Vuelve a producirse un silencio y Fonny dice:

—Quizá yo no sea más que un pobre chiflado, hombre. Pero tengo dos cosas en la vida: mi madera y mi piedra, y Tish. Si las pierdo, estoy perdido. Lo sé. Y tú sabes... —Se vuelve para mirar a Daniel—. No he sido yo quien ha puesto en mí todo lo que tengo dentro. Y tampoco podré quitármelo de dentro.

Daniel va hacia el colchón, se apoya contra la pared.

—No sé si estás tan chiflado. Lo que sé es que eres un tipo con suerte. Yo no tengo nada de eso. ¿Puedo tomar otra cerveza, hombre?

—Claro —dice Fonny, y abre otras dos latas. Tiende una a Daniel y Daniel toma un largo trago y dice:

—Acabo de salir de la cárcel, chico. Dos años.

Fonny no dice nada: se limita a volverse y mirarle.

Daniel tampoco habla; toma un poco más de cerveza.

—Dijeron..., todavía dicen que robé un coche. Hombre, ni siquiera sé conducir. Traté de que mi abogado lo probara, pero no lo hizo. En realidad, era el abogado de ellos: trabaja para el Gobierno. Además, yo no estaba en ningún coche cuando me agarraron. Pero tenía un poco de marihuana encima. Estaba sentado en los escalones de la entrada de mi casa. Los tíos vinieron y se me llevaron... así sin más, te das cuenta, y era casi medianoche. Me encerraron y a la mañana siguiente me pusieron en la fila y alguien dijo que era yo quien había robado el coche..., el coche que nunca vi. Y como me habían pescado con la hierba encima..., ya sabes, me tenían agarrado. Y me dijeron que si me declaraba culpable me caería una condena muy corta. Si no me declaraba culpable, estaba listo. Bueno... —Volvió a beber un trago de cerveza—. Estaba solo, chico, no tenía a nadie, así que les hice caso y me declaré culpable. ¡Dos años!

Se inclina hacia adelante, mirando a Fonny:

—Es que pensé que el delito de robo era menos grave que el de llevar hierba. —Se inclina hacia adelante, se echa a reír y bebe más cerveza—. Pero no era así. Permití que me jodieran porque tenía miedo y estaba como idiota. Ahora me arrepiento. —Calla un momento—. ¡Dos años! —exclama después.

—Te dieron por el culo —dice Fonny.

—Sí —dice Daniel, después del silencio más largo y estrepitoso que ambos hayan conocido nunca.

Cuando vuelvo, los dos están sentados, algo mareados, y no digo nada y me muevo en el minúsculo espacio de la cocina haciendo apenas ruido. Fonny se me acerca y me abraza por detrás y me besa en la nuca. Después se vuelve hacia Daniel.

—¿Cuánto hace que te soltaron?

—Unos tres meses.

Se levanta del colchón, va hacia la ventana.

—Fue terrible, hombre. Terrible. Y ahora también es terrible. Quizá me sentiría de otro modo si hubiera hecho algo realmente. Pero no hice nada. Estaban jugando conmigo, porque pueden hacerlo. Y tuve suerte de que me cayeran sólo dos años... Porque pueden hacer con uno lo que les dé la gana. Lo que les dé la gana. Son unos perros, chico. En la cárcel me di cuenta de lo que querían decir Malcolm y los demás... El hombre blanco tiene que ser el diablo. No puede ser un hombre. Te aseguro que nunca en mi vida me olvidaré de algunas cosas que vi, chico.

Fonny apoya una mano sobre el hombro de Daniel. Daniel se estremece. Le corren lágrimas por las mejillas.

—Lo sé —dice Fonny, suavemente—. Pero trata de que eso no acabe contigo. La cosa pasó, ahora estás libre, eres joven.

—Sí, entiendo lo que quieres decir, chico. Y te lo agradezco. Pero tú no sabes... Lo peor, chico, lo peor de todo, es que te hacen cagar de miedo. Cagar de miedo, hombre. De miedo.

Fonny no dice nada, se queda parado, con el brazo echado al cuello de Daniel. Yo grito desde la cocina:

—¿Tenéis hambre, muchachos?

—Sí —grita Fonny—. Estamos muertos de hambre. ¡Termina de una vez!  
—Daniel se seca los ojos y se acerca a la puerta de la cocina y me sonríe.

—Me alegro mucho de verte, Tish. No has engordado ni un gramo, ¿eh?

—Cierra el pico. Soy flaca porque soy pobre.

—Bueno, no sé por qué no te buscas un marido rico. Así nunca vas a aumentar de peso.

—Bueno... Cuando una es flaca, Daniel, puede moverse más rápido y en

caso de apuro hay más posibilidades de salir por pies. ¿Te das cuenta?

—Me parece que lo tienes todo bien estudiado. ¿Fonny te enseñó esas cosas?

—Fonny me enseñó algunas cosas. Pero también tengo una inteligencia natural muy rápida: ¿no te ha impresionado mi viveza?

—Tish, me han impresionado tantas cosas que no he tenido tiempo de hacerte justicia.

—No eres el único. Y no puedo culparte. Soy tan llamativa que a veces tengo que pellizcarme.

Daniel se ríe:

—Me gustaría verlo. ¿Dónde te pellizcas?

Fonny murmura:

—Es tan llamativa que a veces tengo que ajustarle las cuentas.

—¿También él te pega?

—¡Ah! ¿Qué puedo hacer? *«Mi vida no es más que una desesperación pero no me importa...»*.

De pronto los tres cantamos:

*«Cuando me coge en sus brazos el mundo resplandece.*

*Qué importa si digo que me iré*

*cuándo se que he de volver*

*de rodillas algún día,*

*porque sea lo que fuere mi hombre,*

*soy suya*

*para siempre»*.

Después nos echamos a reír. Daniel se serena, súbitamente alejado de nosotros.

—Pobre Billie —dice—. También a ella la hicieron mierda...

—Hombre —dice Fonny—, lo que hay que hacer es arreglárselas para ir tirando. Cuando uno piensa demasiado, entonces está realmente listo. Y es imposible hacer nada.

—¡A comer! —digo—. Vamos.

He preparado algo que le gusta mucho a Fonny: costillas con arroz, salsa

y guisantes. Fonny pone otro disco y baja el volumen: *Qué está sucediendo*, de Marvin Gaye.

—Quizá Tish no engorde nunca —dice Daniel—, pero tú te convertirás en un sapo. Eh, muchachos, ¿no os importa si me dejo caer por aquí de cuando en cuando, a la hora de comer?...

—Ésta es tu casa —dice Fonny alegremente, y me hace un guiño—. Tish no será muy guapa, pero sabe hacer las cosas de la cocina.

—Me alegra enterarme de que sirvo para algo —le contesto.

Y Fonny me hace otro guiño y empieza a devorar una costilla.

Fonny mastica y me mira: en completo silencio, sin mover un músculo, de pronto los dos nos reímos. Nos reímos por muchos motivos. Estamos juntos en una zona donde nadie puede alcanzarnos, tocarnos. Somos felices porque la comida que tenemos alcanza para Daniel, que come tranquilamente, sin saber que nos reíamos, pero sintiendo que nos ha ocurrido algo maravilloso, lo cual significa que las cosas maravillosas pueden ocurrir en este mundo y quizá alguna vez le ocurran a él. De todos modos, es maravilloso despertar en una persona ese sentimiento.

Daniel se queda con nosotros hasta medianoche. Le asusta un poco irse y salir a esas calles. Fonny se da cuenta y le acompaña hasta el metro. Daniel, que no puede dejar sola a su madre, se muere de ganas de estar libre para poder vivir su propia vida, pero al mismo tiempo tiene miedo a lo que pueda depararle la vida, le tiene miedo a la libertad y está como metido en una trampa. Y Fonny, que es menor, lucha por ser mayor que él, trata de ayudar a su amigo y de impulsarle a liberarse. ¿Acaso mi Señor no liberó a Daniel? ¿Y por qué no a todos los hombres?

La canción es vieja. La pregunta no ha encontrado respuesta.

Aquella noche, mientras caminaban, y muchas otras noches, Daniel trató de contar a Fonny algo de lo que le había sucedido en la cárcel. Algunas veces hablaban en el taller de Fonny, de manera que yo les oía; otras veces, él y Fonny estaban a solas. Algunas veces, al hablar, Daniel lloraba; algunas veces Fonny le abrazaba. Otras veces era yo quien le abrazaba. Daniel lo sacaba todo de su interior, obligaba a salir todo aquello que tenía dentro: se lo arrancaba como si hubiera sido un metal retorcido, desgarrado, frío, que

arrastraba su carne y su sangre. Se lo arrancaba de sí como alguien que trata de curarse.

—Al principio, uno no entiende lo que le sucede. No hay manera de entenderlo. Los tíos llegaron y me agarraron en la entrada de mi casa y me registraron. Después, cuando volví a pensar en aquel momento, me di cuenta de que ni siquiera sabía por qué. Siempre me sentaba en la escalera, a la entrada de mi casa, con los demás muchachos. Y los tíos pasaban muchas veces frente a nosotros. Yo nunca me había complicado con la mierda de la droga, pero ellos sabían que algunos de los muchachos tenían algo que ver..., yo sabía que ellos lo sabían. Y veían a los muchachos rascándose, cabeceando... Cada vez que lo pienso, me doy cuenta de que a esos hijos de puta de la policía no se les escapa nada. Van a la comisaría e informan: «Todo tranquilo, señor. Hemos seguido al traficante mientras hacía su recorrido y distribuía la mierda y hemos comprobado que los negros están mezclados en el asunto». Pero aquella noche yo estaba solo, a punto de meterme en casa, cuando pararon el coche y me gritaron y me empujaron hacia el vestíbulo y me registraron. Tú sabes cómo lo hacen...

Yo no lo sé. Pero Fonny asiente, sin mover un músculo de la cara, con los ojos muy oscuros.

—Yo acababa de recoger la hierba, la tenía en el pantalón, en el bolsillo de atrás. A esos tíos les encanta cachearle el culo a un tío, así que me encontraron la hierba, me la sacaron, uno de ellos se la dio a otro y otro me puso las esposas y me metió a empujones en el coche. A mí no se me había pasado por la cabeza la idea de que la cosa terminaría así: quizá estaba algo flipado, quizá no había tenido tiempo de pensar, pero chico, te aseguro que cuando aquel tío me puso las esposas y me hizo bajar la escalera a empujones y me metió en el coche y el coche arrancó, sentí ganas de llamar a mi madre. Y entonces empecé a sentir miedo, porque mi madre no puede hacer nada por sí sola, y empezaría a preocuparse al no saber dónde estaba yo. Los tíos me llevaron a la comisaría y me arrestaron por llevar drogas y me quitaron todo lo que llevaba encima y yo les pregunté: «¿Puedo llamar por teléfono?». Y entonces me di cuenta de que no tenía nadie a quien llamar, salvo a mi madre. ¿Y a quién iba a llamar ella a semejante hora de la noche? Pensé: «Ojalá se haya dormido, pensando que yo volvería tarde. Cuando despierte por la



mañana y se dé cuenta de que no he vuelto a casa, tal vez se me habrá ocurrido algo...». Me metieron en un calabozo con otros cuatro o cinco tíos que se pasaban el rato cabeceando y tirándose pedos. Me senté y traté de estudiar el asunto con calma. «¿Qué mierda puedo hacer? —pensé—. No tengo a quién llamar, no tengo absolutamente a nadie... Quizá pueda recurrir al judío para quien trabajo, un tío bastante simpático, pero no creo que entienda un carajo de lo que le diga». Y me rompo la cabeza pensando si puedo recurrir a alguna otra persona para que avise a mi madre, alguien que sea tranquilo y capaz de tranquilizarla a ella, alguien que sea capaz de hacer algo. Pero no encuentro a nadie.

»Por la mañana fueron a buscarnos al calabozo y nos metieron en el camión celular. Había un viejo blanco hijo de puta, lo habían agarrado en el Bowery, creo. Se había vomitado encima y miraba al suelo y cantaba. El tío no sabía cantar, pero cómoapestaba. Y me alegré, muchacho, de no ser un drogadicto, porque uno de los tíos empezó a quejarse, y se agarraba los hombros con las manos, y el sudor le corría como agua por una tabla de lavar. Yo no tenía muchos más años que él... Hubiese querido ayudarle, pero sabía que no podía hacer nada. Y pensé: “Los policías que lo han metido en este camión celular saben que este tipo está enfermo. Sé que lo saben. No debería estar aquí. Y es casi un niño”. Pero los hijos de puta gozaban tanto cuando lo metían en el camión que por poco se corren en los pantalones. Yo no creo que en este país haya un solo blanco que no necesite oír quejarse a un negro para que se le empine el pito, muchacho...

»Bueno, ahí estábamos todos, metidos en aquel camión. Y todavía no se me había ocurrido a quién llamar. Tenía ganas de cagar y de morirme. Pero sabía que no podía hacer ninguna de las dos cosas. Quizá me dejaran cagar cuando llegara el momento; mientras tanto, tenía que aguantarme como podía. Y era una idiotez eso de tener ganas de morirme, porque los tíos podían liquidarme cuando les diera la gana y tal vez moriría aquel mismo día. Antes de cagar. Entonces volvía a pensar en mi madre. Sabía lo preocupada que estaría en aquellos momentos.

Algunas veces Fonny le abrazaba. Otras veces era yo quien le abrazaba. Algunas veces Daniel permanecía ante la ventana, dándonos la espalda.

—No puedo contaros mucho más..., debe de haber un montón de mierda

que nunca podré contarle a nadie. Los tíos me pescaron con la hierba encima y aprovecharon para acusarme por el robo del coche... aquel coche que nunca vi. Me imagino que aquel día les haría falta un ladrón de coches. Ojalá hubiera sabido de qué coche se trataba. Espero que no fuera el coche de un negro...

A veces Daniel sonreía, a veces se secaba los ojos. Comíamos y bebíamos juntos. Daniel luchaba con todas sus fuerzas para librarse de algo, algo innombrable: luchaba con todas las fuerzas de que es capaz un hombre. Y algunas veces yo le abrazaba; otras veces era Fonny quien le abrazaba: nosotros dos éramos lo único que tenía Daniel.

El martes siguiente a aquel lunes en que fui a la oficina de Hayward vi a Fonny durante la visita de las seis. Nunca le había encontrado tan nervioso.

—¿Qué coño haremos con la señora Rogers? ¿Dónde mierda se ha metido?

—No lo sé. Pero la encontraremos.

—¿Cómo piensan encontrarla?

—Mandaremos a alguien a Puerto Rico. Creemos que está allí.

—¿Y si se ha ido a Argentina? ¿O a Chile? ¿O a la China?

—Fonny, por favor... ¿Cómo podría irse tan lejos?

—¡Quizá le hayan dado dinero para que se largara a cualquier parte!

—¿Quiénes?

—¡El fiscal o cualquiera de ellos!

—Fonny...

—¿No me crees? ¿No piensas que son capaces de hacerlo?

—No creo que lo hayan hecho.

—¿De dónde sacaréis dinero para buscar a la señora Rogers?

—Todos trabajamos...

—Sí. Mi padre trabaja acarreando ropa, tú trabajas en una tienda, tu padre trabaja en el puerto...

—Fonny, escúchame...

—¡Qué quieres que escuche! ¿Qué vamos a hacer con ese hijo de puta del abogado? A ése yo no le importo una mierda, ni le importa una mierda nadie. ¿Quieres que me muera metido aquí? ¿No sabes lo que pasa aquí? ¿No sabes

lo que me pasa a mí, en este sitio?

—Fonny... Fonny... Fonny...

—Perdóname, nena. Tú no tienes la culpa, Perdóname. Te quiero, Tish, perdóname.

—Te quiero, Fonny. Te quiero.

—¿Cómo va el niño?

—Creciendo. El mes que viene se me notará.

Nos quedamos mirándonos.

—Sácame de aquí, nena. Sácame de aquí. Por favor.

—Te lo prometo. Te lo prometo. Te lo prometo.

—No llores. Perdóname por haber gritado. No te gritaba a ti.

—Lo sé.

—Por favor, no llores. Por favor. Es malo para el niño.

—Está bien.

—Sonríe, Tish.

—Ya estoy sonriendo...

—¿No puedes sonreír un poco más?

—¿Así está mejor?

—Sí. Ahora, un beso.

Besé el vidrio. Él besó el vidrio.

—¿Todavía me quieres?

—Siempre te querré, Fonny.

—Yo te quiero. Necesito todo lo que se relaciona contigo, necesito todo lo que teníamos juntos, todo lo que hacíamos juntos, cuando caminábamos y hablábamos y hacíamos el amor... Oh, nena, sácame de aquí.

—Te sacaré. Trata de aguantar.

—Te lo prometo. Hasta pronto.

—Hasta pronto.

Siguió al guardia hacia el inimaginable infierno y yo me puse de pie, con las rodillas y los codos temblando, para volver a cruzar el Sahara.

Aquella noche soñé, soñé durante toda la noche, tuve sueños terribles. En uno de ellos, Fonny conducía un camión, un camión enorme, muy rápido, demasiado rápido, por la carretera, buscándome. Pero no me veía. Yo iba tras

el camión, llamándole a gritos, pero el rugido del motor sofocaba mi voz. Había dos salidas en la carretera, y las dos parecían exactamente iguales. La carretera corría por un acantilado, junto al mar. Una de las salidas llevaba hacia nuestra casa; la otra, hacia el borde del acantilado, que caía a plomo sobre el mar. ¡Fonny conducía muy rápido, demasiado rápido! Grité su nombre con todas mis fuerzas y cuando Fonny hizo girar el camión volví a gritar y desperté.

La luz estaba encendida y Sharon se inclinaba sobre mí. No puedo describir su cara. Me pasaba una toalla mojada con agua fría por la nuca y la frente. Se inclinó aún más y me besó. Después se enderezó y me miró a los ojos.

—Sé que no puedo ayudarte mucho en estos momentos —dijo—. Dios sabe cuánto daría por hacerlo. Pero si te alivia, te diré que sé algo acerca del sufrimiento: sé que termina siempre. No te mentiré, no te diré que siempre termina de la mejor manera. A veces termina de la peor manera. A veces uno sufre tanto que puede acabar en un sitio donde ya no es posible sufrir nunca más: y eso es lo peor.

Me cogió las dos manos y me las apretó con fuerza entre las suyas.

—Trata de recordar eso. Y esto: la única manera de hacer algo es decidirse a hacerlo. Sé que muchos de los hombres a quienes hemos querido han muerto en la cárcel: pero no todos ellos. Recuérдалo. Y recuerda que no estás sola en esa cama, Tish. Tienes a ese niño en tu vientre y todos nosotros contamos contigo, Fonny cuenta contigo para que el niño nazca sano y salvo. Eres la única que puede lograrlo. Eres fuerte. Confía en tu fuerza.

—Sí, sí, mamá —dije.

Sabía que no tenía fuerzas. Pero las encontraría en alguna parte.

—¿Estás bien ahora? ¿Podrás dormirte?

—Sí.

—No quiero hablar como una tonta, pero recuerda que fue el amor el que te hizo llegar hasta donde has llegado. Si has confiado en el amor hasta ese punto, ahora no permitas que el miedo te haga enloquecer.

Volvió a besarme, apagó la luz y me dejó.

Permanecí despierta, muy asustada. Sácame de aquí.

Recordé a algunas mujeres que había conocido pero a las que apenas había mirado. Me asustaban porque sabían cómo valerse de sus cuerpos para conseguir lo que querían. Ahora empezaba a comprender que mi opinión de esas mujeres tenía muy poco que ver con la moral. (También empezaba a preguntarme qué significaba esa palabra.) Las había juzgado pensando que esas mujeres parecían querer muy poco. No podía concebir que alguien pudiera ofrecerse por un precio tan bajo.

Pero ¿por un precio más alto? ¿Por Fonny?

Me quedé un rato dormida y desperté de nuevo. Nunca me había sentido tan cansada. Me dolía todo el cuerpo. Miré el reloj y me di cuenta de que pronto sería la hora de levantarse y de ir al trabajo, a menos que dijera que estaba enferma. Pero no podía hacerlo.

Me vestí y fui a la cocina para tomar té con mamá. Joseph y Ernestine ya se habían ido. Mamá y yo bebimos el té en un silencio total. Algo daba vueltas y vueltas en mi mente: no podía hablar.

Bajé a la calle. Eran algo más de las ocho. Caminé por aquellas calles matutinas, aquellas calles que nunca estaban desiertas. Pasé frente al viejo ciego de la esquina, a quien había visto a lo largo de toda mi vida. En la esquina había cuatro chicos, todos drogadictos, charlando. Algunas mujeres corrían a sus trabajos. Procuré leer en sus caras. Algunas de ellas volvían, por fin, a sus cuartos amueblados, en busca de un poco de descanso. Todas las calles transversales estaban llenas de basura, y la basura se apilaba ante cada escalera a lo largo de la avenida. Pensé: «Si me decido a vender el culo, será mejor que no lo intente aquí. Me costará tanto tiempo como fregar suelos y será mucho más penoso». Lo que en realidad pensaba era esto: «Sé que no puedo hacerlo antes de que nazca el niño, pero si Fonny no ha salido para entonces, quizá tenga que intentarlo». Pero sabía otra cosa que me daba vueltas en la cabeza, algo que, lo sabía bien, aún no tenía el valor suficiente como para afrontarlo.

Debía estar lista, pero ¿cómo? Bajé la escalera del metro, pasé el torniquete y esperé en el andén, junto a los demás. Cuando llegó el tren, empujé para entrar como los demás, y me apoyé en uno de los postes, envuelta por el aliento y el olor de los demás. Un sudor frío empezó a cubrirme la frente y a chorrear por las axilas y la espalda. No había

pensado en ello hasta entonces, porque sabía que debía seguir trabajando hasta el último momento. Pero ahora empezaba a preguntarme cómo podía trabajar a medida que fuera poniéndome cada vez más pesada, a medida que fuera encontrándome cada vez peor. Si me desmayaba, toda aquella gente que entraba y salía del tren me pisotearía, nos mataría a los dos: al niño y a mí. Contamos contigo, Fonny cuenta contigo para que el niño nazca sano y salvo. Me agarré con más fuerza al poste blanco. Mi cuerpo helado se estremecía.

Miré a mi alrededor en el vagón. Se parecía un poco a los dibujos que había visto de los barcos de esclavos. Desde luego, en los barcos de esclavos no había periódicos: todavía no los necesitaban; pero en lo que se refería al espacio (y quizá también a la intención), el principio era exactamente el mismo. Un hombre corpulento que apestaba a salsa picante y a pasta dentífrica me respiraba en la cara. No era culpa suya que tuviera que respirar o que mi cara estuviera allí. Su cuerpo se apretaba contra el mío, pero no porque tuviera ganas de violarme o siquiera porque reparara en mí. Sin duda se preguntaba —y eso de manera muy vaga— cómo podía afrontar otro día de trabajo. Era obvio que no me veía.

Y cuando un metro está atestado —a menos que esté lleno de gente que se conoce entre sí, por ejemplo, lleno de gente que va de excursión— casi siempre está en silencio, como si cada uno retuviera el aliento, esperando el momento de poder salir. Cada vez que el tren llega a una estación y algunas personas empujan a otras para poder bajar —como ocurrió con el hombre que olía a salsa picante y a pasta dentífrica— es como si se oyera un gran suspiro, inmediatamente sofocado por la gente que entra. Ahora una muchacha rubia que llevaba una caja de sombreros me echaba en la cara el aliento de su borrachera de la noche anterior. Llegué a mi parada, salí del tren, subí la escalera y crucé la calle. Fui a la puerta de servicio, fiché hora de entrada, me quité la ropa de calle y me dirigí hacia mi mostrador. Era un poco tarde para empezar el trabajo en mi sección pero había fichado a tiempo.

El jefe de la sección, un chico blanco, joven, bastante simpático, frunció burlonamente el ceño al verme correr hacia mi puesto.

Sólo ancianas acuden a ese mostrador para olerme el dorso de la mano. Es muy raro que un negro se acerque a ese mostrador, y cuando lo hace, por lo general sus intenciones son más generosas y siempre más precisas. Quizá

los negros me encuentren demasiado parecida a una indefensa hermana menor. Y les preocupa que pueda convertirme en una puta. Y tal vez algunos negros se me acerquen sólo para mirarme a los ojos, para oír mi voz, para saber qué pasa conmigo. Y nunca me huelen el dorso de la mano: los negros extienden su mano y soy yo quien les pongo perfume y ellos quienes se llevan a la nariz su propia mano. Y no se toman el trabajo de fingir que se han acercado para comprar perfume. A veces compran algún perfume: pero eso es muy raro. A veces la mano que un negro se ha acercado a la nariz se cripa en un secreto puño y con ese rezo, con ese saludo, se aleja. Pero los blancos se llevan mi mano a la nariz y la retienen. Durante todo aquel día observé a todo el mundo, mientras algo daba vueltas, vueltas y vueltas en mi mente. Al final de la tarde, Ernestine fue a buscarme. Dijo que había localizado a la señora Rogers en Santurce, Puerto Rico; y que alguno de nosotros debía ir en su busca.

—¿Con Hayward?

—No. Hayward se las entenderá con Bell y el fiscal, aquí. Por otro lado, tienes que comprender que Hayward no puede ir por muchos, muchos motivos. Le acusarían de intimidar a un testigo.

—¡Pero eso es lo que hacen ellos!

—Tish... —Caminábamos por la Octava avenida, hacia Columbus Circle —. Nos costaría tanto tiempo probarlo que cuando lo consiguiéramos tu hijo ya votaría.

—¿Cogemos el metro o el autobús?

—Vamos a sentarnos en alguna parte hasta que pase la hora de la aglomeración. Tú y yo tenemos que hablar antes de hablar con mamá y papá. Todavía no lo saben. Todavía no he hablado con ellos.

Y comprendo cuánto me quiere Ernestine, al mismo tiempo que recuerdo que, después de todo, sólo tiene cuatro años más que yo.

*La señora Victoria María San Felipe Sánchez de Rogers declara que la noche del 5 de marzo, entre las once y las doce, en el vestíbulo de su casa, fue atacada con fines deshonestos por un hombre que después reconoció en la persona de Alonso Hunt y que fue ultrajada de la manera más abominable, obligada a soportar las perversiones sexuales más inauditas.*

Nunca la he visto. Sólo sé que un irlandés nacido en Norteamérica, Gary Rogers, ingeniero, fue a Puerto Rico hace unos seis años y allí conoció a Victoria, que entonces tendría alrededor de dieciocho años. Se casó con ella y se la llevó a Estados Unidos. Su carrera, lejos de avanzar, se estancó. Parece que el tipo se amargó. En todo caso, después de hacerle tres hijos a Victoria, la abandonó. No sé nada del hombre con quien vivía en Orchard Street, del hombre con quien sin duda se largó a Puerto Rico. Los hijos estarán en alguna parte del país con sus parientes. El «hogar» de Victoria está en Orchard Street. Vive en el cuarto piso. Si la violación ocurrió en el «vestíbulo», entonces Victoria fue violada en la planta baja, bajo la escalera. Pudo suceder en el cuarto piso, pero eso parece improbable: hay cuatro apartamentos en ese piso. Orchard Street, si ustedes conocen Nueva York, queda muy lejos de Bank Street. Orchard Street está muy cerca de East River y Bank Street queda junto al Hudson. No es posible correr desde Orchard hasta Bank, sobre todo con la policía pisándole a uno los talones. Pero Bell jura que vio a Fonny «correr desde el lugar del crimen». Eso habría sido posible sólo si Bell hubiera estado fuera de servicio, porque su zona está en el Oeste no en el Este. A pesar de todo, Bell pudo haber arrestado a Fonny en Bank Street. Por consiguiente, el acusado era el único que podía demostrar la irregularidad y la imposibilidad de toda esa serie de acontecimientos.

Ernestine y yo nos sentamos en el último reservado en un bar cerca de Columbus.

Ernestine tiene una manera especial de comportarse conmigo y con sus chicos: deja caer algo muy pesado sobre la persona que tiene delante y después se echa hacia atrás, calculando cómo lo tomará esa persona. Tiene que saberlo para calcular su propia posición: la red tiene que estar en su sitio.

Ahora bien: quizá porque me había pasado buena parte del día y de la noche anterior entregada a mis terrores —y a mis cálculos— relacionados con la posible venta de mi cuerpo, empecé a concebir la realidad de la violación.

—¿Crees que es cierto que violaron a la señora Rogers? —pregunté.

—Tish, no sé qué está pasando por esa preocupada cabecita tuya, pero esa pregunta no tiene el menor sentido. Por lo que respecta a nosotros, la violaron



y no hay vueltas que darle.

Se detuvo y tomó un trago de su bebida. Parecía muy calmada, pero tenía la frente tensa de terror.

—En realidad, creo que la violaron —continuó— y que no tiene la menor idea de quién lo hizo. Quizá no reconocería al individuo si se cruzara con él en la calle. Parecerá absurdo, pero así es como funciona la mente. Lo reconocería si el tipo la violara otra vez, pero entonces ya no sería una violación. ¿Me entiendes?

—Sí, te entiendo. Pero ¿por qué acusa a Fonny?

—Porque le dijeron que Fonny era el violador y era mucho más fácil decir «Sí» que tratar de revivir toda esa asquerosa experiencia. De ese modo la cosa queda olvidada para ella. Salvo por el juicio. Pero aparte de eso, todo ha terminado. Para ella.

—¿Y para nosotros?

—No. —Me miró fijamente. Parecerá raro que lo diga, pero de pronto admiré su valor—. En cierto modo, esto nunca terminará para nosotros. Pero no hablemos de eso ahora. Óyeme bien. Tenemos que pensar en nuestra situación muy en serio, pero de otro modo. Por eso quería tomar un trago contigo antes de volver a casa.

—¿Qué tratas de decirme?

De repente, me sentí muy asustada.

—Óyeme. No creo que podamos hacerle cambiar la declaración. Tienes que entender esto: la señora Rogers no miente.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué mierda quieres decir con eso de que no miente?

—¿Me haces el favor de escucharme? Claro que miente. Nosotros sabemos que miente. Pero ella... no miente... Para ella, Fonny es el que la violó y no hay más vueltas que darle. La cosa ha terminado. Para ella. Si cambia su declaración, se volverá loca. O se convertirá en otra mujer. Y tú sabes que es muy frecuente que la gente se vuelva loca, pero es muy raro que la gente cambie.

—Entonces... ¿qué podemos hacer?

—Tenemos que probar que el fiscal se equivoca. No tiene sentido decir que el Estado debe probar la inocencia de Fonny porque para el Estado la

acusación es la prueba y es así como lo entenderán los chiflados que formarán el jurado. Ellos también son unos mentirosos. Y nosotros sabemos que son unos mentirosos. Pero ellos no lo saben.

Por algún motivo recordé algo que mucho tiempo antes me había dicho alguien. Quizá fuera Fonny. Un imbécil nunca dice que es un imbécil.

—¿Cómo podemos probar la inocencia de Fonny? Daniel está en la cárcel.

—Sí. Pero Hayward lo verá mañana.

—Eso no significa nada. Te apuesto a que de todos modos Daniel cambiará su declaración...

—Quizá la cambie, quizá no. Pero tengo otra idea.

Estábamos sentadas en aquel sucio bar, tratando de mantenernos serenas.

—Supongamos que ocurra lo peor. Supongamos que la señora Rogers no cambie su declaración. Supongamos que Daniel cambie la suya. La única posibilidad que nos queda es atacar al oficial Bell, ¿no?

—Sí. ¿Y con eso qué?

—Bueno... He reunido una serie de datos sobre él. Puedo probar que asesinó a un niño negro de doce años en Brooklyn, hace dos años. Por eso lo trasladaron a Manhattan. Conozco a la madre del chico asesinado. Y conozco a la mujer de Bell, que le odia.

—Ella no puede declarar en contra suya.

—No necesita declarar en contra suya. Sólo tiene que sentarse en la sala del tribunal y mirarle...

—No entiendo en qué puede ayudarnos eso.

—Sé que no lo entiendes. Y quizá tengas razón. Pero si ocurre lo peor, y siempre es mejor suponer que ocurrirá lo peor, la táctica que podemos seguir es demostrar que el único testigo del Estado es poco digno de confianza.

—Ernestine, estás delirando —dije.

—No creo que lo esté. Estoy jugando una carta. Si consigo que esas dos mujeres, una negra y otra blanca, se sienten en la sala del tribunal, y si Hayward sabe hacer su trabajo, conseguiremos complicar bastante el caso. Recuerda, Tish, que después de todo éste no es un caso muy claro. Si Fonny fuera blanco, ni siquiera sería un caso.

Bueno. Entiendo lo que Ernestine se propone. Sé adonde quiere llegar. Es

una jugada muy arriesgada. Pero en nuestra posición, después de todo, sólo cuentan las jugadas arriesgadas. No tenemos otra posibilidad: eso es todo. Además, sé muy bien que si lo creyéramos posible, ahora estaríamos sentadas aquí, serenas, muy serenas, discutiendo los medios para volarle a Bell la tapa de los sesos. Y cuando lo hubiéramos hecho, nos encogeríamos de hombros y pediríamos otro trago. La gente pasa de todo.

—Sí. Tienes razón. ¿Y qué hay de Puerto Rico?

—Ése es uno de los motivos por los cuales quería hablar contigo. Antes de hablar con mamá y papá. Oye. Tú no puedes ir. Tienes que quedarte aquí. Sin ti, Fonny se volvería loco. No sé cómo podría arreglármelas para ir yo. Tengo que azuzar a Hayward para que se mueva. Es evidente que un hombre no puede ir. Papá no puede, y Frank menos aún. La única que queda es... mamá.

—¿Mamá?

—Sí.

—Ella no tiene ganas de ir a Puerto Rico.

—Es cierto. Y odia los aviones. Pero quiere sacar al padre de tu hijo de la cárcel. Claro que no tiene ganas de ir a Puerto Rico... Pero irá.

—¿Y qué crees que puede hacer ella?

—Puede hacer algo que nunca haría un investigador especial. Puede conmover a la señora Rogers... Quizá no lo consiga. Pero si logra conmoverla, las cosas podrán encaminarse bien. Y si no..., bueno, al menos no habremos perdido nada y nos quedará el consuelo de haberlo intentado.

Le miré la frente. Asentí.

—¿Y qué piensas de Daniel?

—Ya te lo he dicho. Hayward le verá mañana. Quizá consiga verle. Nos lo confirmará esta noche.

Me incliné hacia atrás.

—Menuda mierda es todo esto.

—Sí. Pero estamos metidos en ella...

Después nos callamos. De pronto me doy cuenta de lo ruidoso que es el bar. Y miro a mi alrededor. Realmente es un lugar espantoso y pienso que la gente que hay en este sitio sólo puede suponer que Ernestine y yo somos dos putas cansadas, o una pareja de lesbianas, o ambas cosas a la vez. Bueno.

Estamos metidas en esta mierda y las cosas pueden empeorar. Sí, pueden empeorar..., y súbitamente algo casi tan difícil de percibir como un susurro en un lugar repleto, algo tan leve y preciso como una telaraña me golpea bajo las costillas, dejando pasmado de asombro mi corazón. Sí, las cosas pueden empeorar. Pero mi hijo, que por primera vez se mueve en su increíble velo de agua, anuncia su presencia y me reclama; me dice en ese instante que si las cosas pueden empeorar, también pueden mejorar, y que lo que ha mejorado puede empeorar. Mientras tanto, él depende enteramente de mí. No puede venir a este mundo sin mí. Quizá yo lo haya sabido hace un momento, pero ahora es mi hijo el que lo sabe, el que me dice que si las cosas pueden empeorar también pueden mejorar. Todavía permanecerá algún tiempo en el agua: pero está preparándose para una transformación. Y yo debo hacer lo mismo.

—Está bien —dije—. No tengo miedo.

Ernestine sonrió y dijo:

—Manos a la obra, entonces.

Después nos enteramos de que Joseph y Frank también se han sentado en un bar. Esto es lo que ocurrió entre ellos:

Joseph le lleva cierta ventaja a Frank —aunque sólo ahora empieza a advertirlo o, más bien, a sospecharlo— porque no tiene ningún hijo varón. Siempre quiso tenerlo. Eso lo pagó más Ernestine que yo, ya que, por la época en que nací, él ya se había resignado. Si hubiera tenido un hijo varón ahora podría estar muerto o en la cárcel. Y los dos saben, mientras se miran el uno al otro sentados en un bar de Lenox, que es un milagro que las hijas de Joseph no sean dos putas. Ambos saben mucho más de lo que desearían saber —y, desde luego, mucho más de lo que se atreven a decir— acerca de los desastres que han abrumado a las mujeres en casa de Frank.

Y Frank baja los ojos, apretando con fuerza el vaso entre sus manos: él tiene un hijo varón. Y Joseph bebe su cerveza y le mira. Ese hijo también es hijo suyo ahora. Por eso Frank se ha convertido en su hermano.

Los dos son hombres maduros, ya rondan los cincuenta, y los dos están terriblemente afligidos.

Pero ninguno de los dos lo demuestra. Joseph es mucho más oscuro que

Frank, tiene los ojos negros, hundidos, de párpados pesados, la frente amplia, serena, imponente, con una vena que late en el lado izquierdo: es una frente tan alta que hace pensar en una catedral. Siempre tiene los labios torcidos: sólo quienes le conocen —sólo quienes le quieren— saben que esa mueca expresa risa, amor o furia. La clave está en la vena que late en la frente. Los labios cambian muy poco, los ojos cambian sin cesar, y cuando Joseph está contento, cuando ríe, algo absolutamente milagroso ocurre. En esos momentos, y aunque ya se le está poniendo gris el pelo, les juro que parece un niño de trece años. Una vez pensé que me alegraba de no haberle conocido cuando era un joven. Y en seguida me dije: «Pero si eres su hija», y entonces caí en un silencio paralizado y pensé: «Caramba...».

Frank es más liviano, más delgado. No creo que a ustedes les pareciera buen mozo mi padre; pero sin duda encontrarían atractivo a Frank. No quiero menospreciar a Frank si digo que su cara ha pagado, y sigue pagando, un gran precio. La gente nos hace pagar por la apariencia que ofrecemos, que es también la apariencia que creemos tener, y lo que el tiempo escribe en un rostro humano es el registro de ese choque. Frank ha logrado sobrevivir a él muy a duras penas. Tiene la frente surcada de arrugas como la palma de una mano, ilegible, el pelo gris es muy espeso y se encrespa violentamente hacia arriba, a partir de la coronilla. No tiene los labios tan gruesos como los de Joseph y no se le tuercen como los de él: los mantiene siempre apretados, como si quisiera borrarlos de su cara. Los pómulos son pronunciados y los anchos ojos oscuros son ligeramente oblicuos, como los de Fonny. Fonny tiene los ojos de su padre.

Desde luego, Joseph no puede advertir nada de esto, nada de lo que su hija percibe tan bien. Pero mira a Frank en silencio y le obliga a levantar la mirada.

—¿Qué vamos a hacer? —dice Frank.

—Bueno, lo primero es dejar de culparnos unos a otros —contesta Joseph con firmeza—. Y dejar de culparnos a nosotros mismos. Si no lo conseguimos, nunca sacaremos al chico de la cárcel, porque nosotros mismos estaremos cada vez más jodidos. Y ahora no podemos permitirnos el lujo de jodernos, hombre. Ya te darás cuenta de lo que quiero decirte...

—Hombre —pregunta Frank con su sonrisita—, ¿y cómo resolveremos lo

del dinero?

—¿Alguna vez has tenido dinero? —pregunta Joseph.

Frank le mira y no dice nada: se limita a interrogarle con los ojos.

—¿Alguna vez has tenido dinero? —pregunta de nuevo Joseph.

—No —dice al fin el padre de Fonny.

—Entonces, ¿por qué te preocupas ahora?

Frank vuelve a mirarle.

—Te las arreglaste para criar a tus hijos, ¿no? Te las arreglaste para darles de comer. Si ahora empezamos a preocuparnos por el dinero, estamos jodidos y perderemos a nuestros hijos. Los blancos, muchacho, y ojalá se les sequen las pelotas y se les pudra el culo, los blancos quieren que nos preocupemos por el dinero. En eso consiste todo su juego. Pero si hemos llegado hasta aquí sin dinero, podemos seguir adelante. A mí no me preocupa el dinero. Y, por otro lado, ellos no tienen derecho al dinero: nos lo han robado a nosotros. Cada vez que se meten con uno de nosotros, nos mienten y nos roban. Bueno, yo también soy capaz de robar. Y de trampear. ¿Cómo crees que pude criar a mis hijas? ¡Mierda!

Pero Frank no es Joseph. Vuelve a bajar los ojos y a mirar su bebida.

—¿Qué pasará? —dice.

—Lo que nosotros queramos que pase —contesta Joseph, siempre con la misma firmeza.

—Eso es fácil de decir, Joseph.

—No, si te lo propones en serio.

Hay un largo silencio. Ninguno de los dos habla. Hasta el *juke box* está callado. Por fin Frank dice:

—Creo que quiero a Fonny más que a nadie en el mundo. Y todo esto me desespera, te lo juro, hombre, porque Fonny era un chico estupendo, era todo un hombre, no le tenía miedo a nada... salvo, quizá a su madre. No entendía a su madre. —Se detiene, y sigue—. No sé qué debía haber hecho. No soy una mujer. Y hay cosas que sólo puede hacer una mujer con un chico. Creo que ella le quería... como debió de quererme a mí, en una época. —Trata de sonreír y toma un trago—. No sé si he sido un padre para él, si he sido un padre de verdad... Y ahora Fonny está en la cárcel sin haber hecho nada malo y ni siquiera sé qué hacer para sacarle de allí. Como hombre, soy un desastre.

—Bueno, creo que Fonny te considera un padre de verdad, como dices —contesta Joseph—. Te quiere y te respeta: ten presente que yo puedo darme cuenta de eso mucho mejor que tú. Dime una cosa: tu hijo es el padre del hijo de mi hija, ¿piensas quedarte sentado ahí y comportarte como si no fuera posible hacer nada? Fonny y mi hija esperan un hijo, hombre. ¿Quieres que te haga reaccionar a patadas? —Lo dice enojado, pero un instante después sonríe—. Lo sé. Lo sé —repite, insistentemente—. Pero conozco algunas triquiñuelas, y tú también las conoces, y son nuestros hijos, y tenemos que sacarles del lío en que están. —Apura su cerveza—. Así que terminemos la cerveza, y larguémonos de aquí. Tenemos un montón de cosas que hacer y hay que hacerlas en seguida.

Frank termina su bebida y endereza los hombros.

—Tienes razón, hombre. Adelante.

La fecha del juicio de Fonny cambia sin parar. Paradójicamente, eso me obliga a darme cuenta de que Hayward se preocupa de verdad por el caso. No creo que al principio se preocupara mucho. Hasta aquel momento nunca se había encargado de un caso como el de Fonny y fue Ernestine, guiada en parte por la experiencia pero sobre todo por el instinto, quien le metió a la fuerza en él. Pero una vez metido, empezó a aumentar el olor a mierda y Hayward no tuvo más remedio que removerla. En seguida se dio cuenta, por ejemplo, de que el grado de su interés por su cliente —o simplemente el hecho de que se interesara de verdad por su cliente— le ponía en una situación de beligerancia con respecto a quienes tenían en sus manos las llaves del caso. No había previsto ese problema: al principio se quedó perplejo, después se asustó, después se enfureció. En seguida comprendió que estaba entre la espada y la pared: no sabía cómo evitar la espada, pero tenía la certeza de que si se quedaba contra la pared estaba perdido. Eso produjo el efecto de aislarle, de marcarle, y a medida que aumentaba la rabia de Fonny aumentaba en Hayward la responsabilidad. Nadie colaboraba mucho con él: yo desconfiaba, mamá se mostraba lacónica y para Joseph, Hayward no era más que uno de los tantos blancos con título universitario.

Aunque al principio desconfié de él, no soy lo que se llama una persona desconfiada; lo cierto es que, a medida que pasaba el tiempo y cada uno de

nosotros procuraba ocultar su terror a los demás, empezamos a depender cada vez más de los demás: no teníamos alternativa. Y a medida que pasaba el tiempo fui dándome cuenta de que, para Hayward, aquélla era una pelea cada vez más personal, que no le depararía gratitud ni renombre. Era un caso sórdido, trivial: un muchacho negro había violado a una puertorriqueña ignorante. ¿Qué tenía eso de extraordinario? Sus colegas se burlaban de él, le evitaban. Eso acarreaba otros peligros, y el de refugiarse en la autocompasión o el quijotismo no era el más insignificante. Pero Fonny era una presencia demasiado real, y Hayward era un hombre demasiado orgulloso para caer en eso.

Pero la lista de juicios era infinita —llevaría unos mil años enjuiciar a toda la gente que está en las cárceles norteamericanas, pero los norteamericanos son optimistas y confían en el tiempo—, y los jueces comprensivos o siquiera inteligentes son tan raros como las tormentas de nieve en el trópico. Existía el poder soez, la atroz enemistad del fiscal y sus colaboradores. De manera que Hayward empezó a desarrollar su táctica y maniobró con toda la habilidad de que era capaz para llevar a Fonny ante un juez que estudiara con honradez el caso. Para eso Hayward necesitaba encanto personal, paciencia, dinero y unas espaldas de acero.

Consiguió ver a Daniel, que estaba aniquilado. No pudo conseguir que le soltaran porque Daniel estaba acusado de traficar con drogas. Y como Hayward no era el abogado de Daniel, no podía visitarle. Se lo sugirió a Daniel, que se mostró evasivo y temeroso. Hayward sospechaba que habían drogado a Daniel y por eso no sabía si llevar o no a Daniel al juicio como testigo.

Así están las cosas. Mamá empieza a agrandarme la ropa, y voy a trabajar vestida con blusones y pantalones. Pero es evidente que no podré seguir trabajando mucho tiempo más: tengo que arreglármelas para visitar a Fonny con la mayor frecuencia posible. Joseph hace horas extras en su trabajo, lo mismo que Frank; Ernestine debe dedicar menos tiempo a sus niños porque ahora trabaja, además, como secretaria privada de una actriz muy excéntrica y rica cuyas relaciones se propone utilizar. Joseph roba fríamente, sistemáticamente en los muelles, y Frank roba toda la ropa que puede y luego venden los artículos robados en Harlem o en Brooklyn. No nos lo dicen, pero



lo sabemos. No nos lo dicen porque si la cosa sale a la luz podrían acusarnos de complicidad. No podemos penetrar en su silencio, no debemos intentarlo. Cada uno de esos hombres (y esos hombres se multiplican a cada instante) es capaz de ir a parar a la cárcel o de volar una ciudad con tal de salvar a su progenie de las fauces de este infierno democrático.

Sharon tiene que prepararse para su viaje a Puerto Rico, y Hayward le da instrucciones:

—La señora Rogers no está exactamente en Santurce, sino un poco más allá, en lo que en otras épocas llamábamos un suburbio, pero que ahora es algo mucho peor, peor aún que un barrio pobre. Algo así como lo que en Brasil llaman favela. Estuve en Puerto Rico una sola vez, así que no intentaré describir esas barriadas. Y estoy seguro de que cuando usted vuelva, tampoco intentará describirlas.

Hayward la mira, con una mirada a la vez distante e intensa, y le da una hoja de papel escrita a máquina.

—Ésta es la dirección. Creo que en cuanto llegue allí, se dará cuenta de que la palabra «dirección» casi no significa nada. Sería más exacto decir: este es el vecindario.

Sharon, que lleva su boina deformada, mira el papel.

—No hay teléfono. Y, a decir verdad, el teléfono no le serviría de nada. Sería lo mismo que mandar señales luminosas. Pero no es difícil encontrar el sitio. Guíese por su propio olfato.

Ambos se miran.

—Para facilitarle las cosas —dice Hayward con su sonrisa tan llena de aflicción— debo decirle que no estamos demasiado seguros del nombre que ha adoptado allí esa mujer. Su apellido de soltera es Sánchez, pero eso es casi lo mismo que buscar aquí a alguien que se llame Jones o Smith. Su apellido de casada es Rogers; pero estoy seguro de que sólo aparece en su pasaporte. El hombre que ahora vive con ella —se detiene, consulta otra hoja de papel y después nos mira a Sharon y a mí— es Pedro Tomás Álvarez.

Tiende a Sharon la hoja de papel. Sharon vuelve a examinarla.

—Y llévese esto —dice Hayward—. Espero que le sirva de algo. Está muy parecida. Se la sacaron la semana pasada.

Entrega a Sharon una fotografía, apenas mayor que la de un pasaporte.

Nunca la he visto. Me pongo de pie para mirarla por encima del hombro de Sharon. La mujer es rubia (¿pero los puertorriqueños son rubios?). Sonríe a la cámara con una sonrisa forzada, pero hay vida en sus ojos. Los ojos y las cejas son oscuros, y los hombros oscuros están desnudos.

—¿Es de un *night club*? —pregunta Sharon.

—Sí —contesta Hayward.

Los dos se miran y:

—¿Trabaja allí? —pregunta Sharon.

—No. Es Pedro quien trabaja —contesta Hayward.

Sigo examinando, por encima del hombro de mi madre, la cara de mi peor enemiga.

Mamá vuelve la fotografía y la deposita en su regazo.

—¿Cuántos años tiene Pedro?

—Unos... veintidós —dice Hayward.

Y como dice la canción, *¡Dios se presentó! ¡En un vendaval! ¡Y perturbó la mente de todos!*, cae un hondo silencio en la oficina. Mamá se inclina adelante, pensativa.

—Veintidós —dice, lentamente.

—Sí —dice Hayward—. Me temo que este detalle nos obligará a cambiar una vez más de táctica.

—¿Qué quiere usted que haga, exactamente? —pregunta Sharon.

—Quiero que me ayude —dice Hayward.

—Bueno —dice Sharon un instante después: abre su bolso, después abre la billetera, guarda en ella cuidadosamente los papeles, cierra la billetera, la hunde en las profundidades del bolso, cierra el bolso—; saldré mañana. No sé todavía a qué hora. Le llamaré, o le pediré a alguien que le llame, antes de irme. Para que usted sepa dónde estoy.

Y se pone de pie. Y Hayward se pone de pie, y los tres vamos hacia la puerta.

—¿No tiene usted una foto de Fonny? —pregunta Hayward.

—Yo tengo una —digo.

Abro mi bolso y busco mi billetera. En realidad, tengo dos fotografías, una de Fonny apoyado junto a mí contra la verja de la casa de Bank Street.

Tiene la camisa abierta hasta el ombligo, un brazo echado sobre mis hombros, y los dos nos reímos. La otra es sólo de Fonny, sentado en el apartamento, junto al tocadiscos, adusto y sereno: es la que prefiero.

Mamá coge las fotografías, se las entrega a Hayward, que las examina. Después las devuelve a Sharon.

—¿Son las únicas que tiene? —me pregunta.

—Sí —digo.

Sharon me da la fotografía de Fonny a solas. Guarda la otra en que estamos Fonny y yo en su billetera, que vuelve a hundirse en el fondo de su bolso.

—Ésta servirá —dice—. Después de todo, es mi hija y nadie la ha violado.

Hayward y ella se dan la mano.

—Cruce los dedos y confíe en que esta mujer no vuelva a casa con las manos vacías —dice mamá.

Se vuelve hacia la puerta. Pero Hayward la detiene.

—El hecho de que usted vaya a Puerto Rico me hace sentirme mucho más seguro. Hace semanas que no me siento así. Pero también debo decirle que el fiscal está en continuo contacto con la familia Hunt, es decir, con la madre y las dos hermanas. Según parece, han dicho que Fonny siempre ha sido un muchacho incorregible, un inútil.

Hayward se detiene y nos mira con firmeza a mamá y a mí.

—Si el Estado consigue que tres respetables mujeres negras declaren o testimonien que su hijo y su hermano ha sido siempre un elemento peligroso y antisocial, el golpe será muy serio para nosotros.

Vuelve a detenerse y se vuelve hacia la ventana:

—A decir verdad, Galileo Santini no es un imbécil: sería mucho más eficaz para él no citarlas como testigos... Porque no podría interrogarlas a fondo. Lo único que necesita es informar al jurado que esas mujeres tan respetables y devotas están abrumadas de vergüenza y dolor. El padre puede descartarse por ser un bebedor, un indeseable, un ejemplo terrible para su hijo..., sobre todo teniendo en cuenta que ha amenazado públicamente con volarle la tapa de los sesos a Santini.

Se vuelve desde la ventana para observarnos atentamente.

—Creo que les citaré a usted, Sharon, y al señor Rivers para que declaren acerca del comportamiento de Fonny. Pero ya les he explicado lo que arriesgamos.

—Siempre es mejor saber que no saber —dice Sharon.

Hayward palmea suavemente el hombro de Sharon.

—Así que trate de no volver a casa con las manos vacías...

«Yo me encargaré de la madre y de esas hermanas», pienso. Pero sólo digo:

—Gracias, Hayward. Hasta pronto.

Y Sharon dice:

—De acuerdo. Lo he entendido bien. Hasta pronto.

Y atravesamos el vestíbulo hacia el ascensor.

Recuerdo la noche en que concebimos a nuestro hijo porque fue la noche en que por fin encontramos una buhardilla. El tipo estaba realmente dispuesto a alquilárnoslo. Se llamaba Levy y no era un tío de mierda. Era un muchacho del Bronx, de piel aceitunada, pelo rizado y expresión alegre. Tendría unos treinta y tres años, tenía unos grandes ojos negros, de brillo casi eléctrico, y nos entendió en seguida. Entendía a la gente que se quiere. La buhardilla estaba en Canal Street, era muy grande y estaba en condiciones bastante buenas. Tenía dos grandes ventanas que daban a la calle, con una baranda. Había lugar para que Fonny trabajara y con las ventanas abiertas allí nadie se moriría de calor en verano. Estábamos muy entusiasmados con el terrado, porque podríamos cenar en él, o servir tragos, o simplemente sentarnos por las noches, si nos daba la gana, cada uno con el brazo echado sobre el hombro del otro. «Podéis sacar las mantas y dormir sobre ellas», dijo Levy. Sonrió a Fonny. «Podéis hacer hijos sobre ellas. Así es como vine yo a este mundo». Lo que más recuerdo de él es que nos hizo sentirnos muy cómodos. Los tres nos reíamos juntos. «Vosotros podéis tener unos hijos muy guapos —dijo—. Y oídme bien, chicos: en este mundo de mierda, hacen falta».

Nos pidió sólo un mes de depósito y una semana después le llevé el dinero. Más adelante, cuando empezaron los problemas para Fonny, Levy hizo algo muy extraño y muy hermoso, según creo. Me llamó y me dijo que podía devolverme el dinero cuando yo quisiera. Pero nos reservaría la

buhardilla y no la alquilaría a nadie más que a nosotros. «No puedo hacerlo —dijo—. Esos hijos de puta... La buhardilla quedará desocupada hasta que tu chico salga de la cárcel. Y no estoy hablando por hablar, chiquilla». Me dio su número de teléfono y me suplicó que le dijera si podía hacer algo por nosotros. «Quiero que tengáis a vuestros hijos, muchachos».

Levy nos explicó y nos mostró la estructura algo complicada de los cerrojos y las llaves. Nuestra buhardilla estaba en el último piso de la casa, después del tercero o el cuarto. La escalera era muy empinada. Había un juego de llaves para nuestra buhardilla, que tenía cerraduras dobles. Además había una puerta, al final de la escalera, que nos aislaba del resto del edificio.

—¿Y qué hacemos en caso de incendio? —preguntó Fonny.

—Oh, se me olvidaba —dijo Levy.

Abrió de nuevo las puertas y volvimos a la buhardilla. Nos llevó al borde del terrado, donde estaba la baranda. Hacia la derecha la baranda se abría, extendiéndose en un estrecho pasadizo. Por ahí se iba a una escalera de hierro que bajaba al patio. Ya en ese patio, que parecía cerrado por muros, uno podía preguntarse qué diablos hacer: era como una trampa. Sin embargo, evitaba el tener que saltar del edificio incendiado. Una vez en el suelo, quedaba la esperanza de no morir aplastado por un derrumbamiento de las paredes en llamas.

—Bueno, ya me doy cuenta... —dijo Fonny, sujetándome cuidadosamente por un codo y apartándome del borde del terrado.

Repetimos el ritual de cerrar las puertas con llave y bajamos a la calle.

—No os preocupéis por los vecinos —dijo Levy—, porque después de las cinco o seis de la tarde ya no queda nadie en el edificio. Lo único que habrá entre vosotros y la calle serán unas pocas oficinas sórdidas.

Bajamos a la planta baja y nos enseñó a abrir y cerrar la puerta de calle.

—¿Ya has aprendido? —preguntó a Fonny.

—Sí —dijo Fonny.

—Vamos. Os invito a un helado.

Y tomamos tres helados en la esquina y Levy nos dio un apretón de manos y nos dejó, diciéndonos que debía irse a su casa porque le esperaban su mujer y sus hijos —dos niños, uno de dos, otro de tres años y medio—. Pero antes de irse, nos advirtió:

—Ya os he dicho que no os preocuparais por los vecinos. Pero ojo con los policías. Son terribles...

Una de las cosas más espantosas, más misteriosas de la vida es que sólo tenemos en cuenta las advertencias retrospectivamente: demasiado tarde.

Levy nos dejó y Fonny y yo anduvimos, cogidos de la mano, por las anchas calles iluminadas y repletas de gente, hacia el Village, hacia nuestro apartamento. Charlamos y charlamos y reímos y reímos. Cruzamos Houston y subimos por la Sexta avenida —¡la Avenida de las Américas!— con todas esas absurdas banderas que hay en ella y que nosotros no vimos. Yo quería parar en uno de los mercados de Bleecker Street para comprar tomates. Cruzamos la Avenida de las Américas y giramos hacia el Este, por Bleecker. Fonny me abrazaba por la cintura. Nos paramos en una verdulería. Empecé a mirar.

Fonny detesta hacer compras.

—Espérame un minuto —dijo—. Voy a comprar cigarrillos.

Siguió por la misma calle y dobló la esquina.

Empecé a elegir los tomates; recuerdo que canturreaba en voz baja. Miré a mi alrededor en busca de la balanza y del hombre o la mujer que me pesaría los tomates y me diría cuánto le debía.

Fonny tiene razón cuando dice que no soy muy viva. Cuando sentí aquella mano en mi trasero, pensé que sería Fonny: después me di cuenta de que Fonny jamás me tocaría de aquel modo en público.

Me volví, con los seis tomates en las dos manos, y me encontré frente a un italiano bajo, joven, grasiento.

—Me gustan los tomatitos que comen tomatitos... —dijo; se lamió los labios y sonrió.

Dos, tres cosas se precipitaron sobre mí al mismo tiempo. Aquella era una calle atestada de gente. Sabía que Fonny regresaría en cualquier instante. Tenía ganas de aplastar los tomates en la cara del muchacho. Pero nadie había reparado en nosotros hasta aquel momento y no quería enredar a Fonny en una pelea. Vi que un policía blanco se acercaba despacio por la calle.

Me dije que yo era negra y que la calle atestada era blanca, así que me volví y entré en la verdulería con los tomates en la mano. Encontré una balanza y miré a mi alrededor en busca de alguien que pesara los tomates

para poder pagar e irme antes de que Fonny apareciera en la esquina. El policía estaba ahora en la acera de enfrente y el muchacho me había seguido al interior de la verdulería.

—Eh, tomatito... Tú sabes que me gustan los tomatitos...

Ahora la gente nos miraba. No sabía qué hacer: lo único sensato era largarse antes de que Fonny diera la vuelta a la esquina. Quise apartarme, pero el muchacho me cerró el paso. Miré a mi alrededor en busca de ayuda: la gente nos miraba, pero nadie se movió. Desesperada, decidí llamar al policía. Pero en cuanto me moví, el muchacho me agarró de un brazo. Sin duda no era más que un pobre drogado, pero cuando me agarró del brazo le di un bofetón y le escupí en la cara: en aquel preciso instante Fonny entró en la verdulería.

Fonny agarró al muchacho por el pelo, lo tiró al suelo, lo levantó y le pateó en los huevos, lo arrastró a la acera y volvió a derribarlo de una trompada. Grité y retuve a Fonny con todas mis fuerzas, porque vi que el policía, que ya había llegado a la otra esquina, ahora cruzaba la calle corriendo. Y el muchacho blanco estaba en la alcantarilla, sangrando y vomitando. Estaba segura de que el policía intentaría matar a Fonny, pero no podría matarlo si yo interponía mi cuerpo entre Fonny y él. Con todas mis fuerzas, con todo mi amor, con todos mis ruegos, y armada con la certeza de que Fonny no me derribaría a mí al suelo, apoyé la nuca contra el pecho de Fonny, le agarré por ambas muñecas y miré a la cara al policía.

—Ese hombre que está ahí se ha propasado conmigo... En plena verdulería. Hace un minuto. Todos lo han visto.

Nadie dijo una sola palabra.

El policía miró a todos los que nos rodeaban. Después volvió a mirarme. Después miró a Fonny. Yo no podía ver la cara de Fonny. Pero veía la cara del policía: y sabía que no debía moverme ni permitir que Fonny se moviera, si podía conseguirlo.

—¿Y dónde estaba usted —preguntó el policía hablando con parsimonia — mientras todo eso —sus ojos me recorrían exactamente como los ojos del italiano, poco antes— ocurría entre este jovencito y —sus ojos volvieron a examinarme— su chica?

—Había ido a la esquina a comprar cigarrillos —dije, porque no quería

que Fonny hablara.

«Espero que me perdone cuando todo haya pasado», pensé.

—¿Es cierto eso, chico?

—No es un chico, oficial —dije.

Entonces me miró: por primera vez, me miró de verdad. Y, por lo tanto, miró de verdad a Fonny.

Mientras tanto algunas personas habían ayudado al italiano a ponerse de pie.

—¿Vive por aquí? —preguntó el policía a Fonny.

Yo seguía con la cabeza apoyada en el pecho de Fonny, pero él se había soltado las muñecas de mis manos.

—Sí —dijo Fonny—. En Bank Street.

Y le dio la dirección al policía.

Sabía que Fonny estaba a punto de apartarme.

—Va a tener que acompañarme, joven —dijo el policía—, por escándalo público y violencia.

No sé qué habría sido de nosotros si la italiana dueña de la verdulería no se hubiera decidido a hablar.

—Oh, no —dijo—. Conozco a estos muchachos. Compran aquí muy a menudo. Lo que la señorita le ha dicho es la verdad. Les he visto llegar y he observado a la señorita cuando elegía los tomates y el muchacho se ha ido y le ha dicho que volvería en seguida. Yo estaba ocupada, no podía atenderla de inmediato. Los tomates están todavía en la balanza. Y ese inútil de mierda se ha propasado con ella. Y ha recibido exactamente lo que se merecía. ¿Qué haría usted si un hombre se metiera con su mujer? Si es que tiene mujer. —El policía enrojeció—. He visto paso a paso todo lo que ha ocurrido. Soy testigo. Y estoy dispuesta a jurarlo.

El policía y la mujer se miraron.

—Bonita manera de llevar un negocio —dijo, y se lamió el labio superior.

—Usted no va a decirme a mí cómo tengo que llevar mi negocio —dijo la mujer—. Estaba en esta calle antes de que usted llegara y seguiré aquí después de que usted se haya ido. Llévase a ese sinvergüenza a otra parte —agregó, señalando al muchacho italiano, que se había sentado en el borde de la acera—, o tírelo al río, porque no sirve para nada. Pero no pretenda



asustarme. ¡Basta!

Por primera vez me doy cuenta de que los ojos de Bell son azules y de que es pelirrojo.

Vuelve a mirarme, vuelve a mirar a Fonny.

Se lame de nuevo los labios.

La italiana entra en su verdulería, coge mis tomates de la balanza y los pone en una bolsa de papel.

—Bueno, pronto volveremos a vernos —dice Bell a Fonny clavándole los ojos.

—Quizá volvamos a vernos, quizá no —dice Fonny.

—No volverán a verse —dice a Bell la italiana, que ha salido de nuevo de la verdulería— si ellos o yo le vemos primero.

Me hace volverme y me pone la bolsa con los tomates entre las manos. Está parada entre Bell y yo. Me mira a los ojos y dice:

—Su novio es un buen hombre. Lléveselo a casa. Lejos de estos cerdos inmundos.

La miro. Ella me toca la cara.

—Hace mucho tiempo que estoy en Norteamérica —dice—. Espero no morirme aquí.

Regresa a su verdulería. Fonny coge la bolsa y su otro brazo se entrelaza con el mío, sus dedos se unen con los míos. Nos alejamos lentamente, rumbo a nuestro apartamento.

—Tish —dice Fonny en voz muy baja, con una serenidad tremenda. Casi estoy segura de lo que va a decirme.

—¿Sí?

—Nunca más intentes protegerme. No vuelvas a hacerlo nunca más. Sé que estoy diciendo lo que no debería.

—Pero tú tratabas de protegerme a mí.

—No es lo mismo, Tish —dice él con la misma serenidad aterradora.

De repente, Fonny coge la bolsa de los tomates y la arroja contra la pared más cercana. Gracias a Dios es una pared sin ventanas, gracias a Dios ya empieza a oscurecer. Y gracias a Dios los tomates se revientan, pero sin hacer ruido.

Entiendo lo que me ha dicho Fonny. Sé que tiene razón. Sé que no debo decir nada. Gracias a Dios, no me suelta la mano. Miro hacia el suelo, hacia la acera que no puedo ver. Espero que no oiga mis lágrimas.

Pero las oye.

Se detiene, me hace volverme hacia él, me besa. Se aparta, me mira, vuelve a besarme.

—No pienses que no sé que me quieres. ¿No crees que nos entendemos muy bien?

Entonces me calmo. Hay lágrimas en su cara: mías o de él. No lo sé. Le beso por donde corren esas lágrimas nuestras. Empiezo a decir algo. Fonny me pone un dedo sobre los labios. Sonríe con su sonrisita de siempre.

—Shh... No digas nada. Te llevaré a cenar. A nuestro restaurante español, ¿recuerdas? Sólo que esta vez tendrán que fiarme.

Y sonrío y sonrío y seguimos caminando.

—No tenemos un céntimo —dice Fonny a Pedrito cuando entramos en el restaurante—. Pero tenemos mucha hambre. En un par de días recibiré algún dinero.

—En un par de días... —dice Pedrito, enfurecido—. ¡Eso es lo que dicen todos! Además, supongo que querréis comer sentados —agrega, llevándose una incrédula mano a la frente.

—Desde luego —contesta Fonny, sonriendo—. Si puedes arreglarlo, sería muy simpático.

—Y querréis sentaros frente a una mesa, sin duda... —mira a Fonny como si no pudiera creer en sus ojos.

—Bueno... Me gustaría... Sí, una mesa.

—¡Ah!

Pero:

—Buenas noches, señorita —dice ahora Pedrito, sonriéndome—. Si lo hago, es por ella —informa a Fonny—. Es evidente que no le das mucho de comer. —Nos lleva hasta una mesa y nos hace sentarnos—. Y ahora, sin duda —se burla—, ¿os gustaría tomar dos combinados?

—De nuevo me has adivinado el pensamiento —dice Fonny, y él y Pedrito se echan a reír y Pedrito desaparece.

Fonny me coge una mano entre las suyas.

—Hola —dice.

—Hola —le digo.

—No quiero que te sientas mal por lo que te he dicho antes. Eres una chica estupenda y muy valiente. Si no hubiera sido por ti, ahora mis sesos estarían desparramados por el sótano de la comisaría.

Hace una pausa y enciende un cigarrillo. Sigo mirándole.

—No he querido decir que hicieras algo malo. Creo que has hecho lo único que podías hacer. Pero tienes que entender mi reacción.

Vuelve a cogerme la mano entre las suyas.

—Vivimos en un país de cerdos y de asesinos. Tengo miedo cada vez que te apartas de mi vista. Y quizá lo que ha ocurrido haya sido culpa mía, porque no he debido dejarte sola en esa verdulería. Pero me sentía tan feliz por la buhardilla... Cómo iba a imaginar...

—Fonny, he ido a esa verdulería centenares de veces y nunca me ha sucedido nada semejante. Tengo que preocuparme por ti, por nosotros dos. ¡Cómo se te ocurre que ha sido culpa tuya! Ése no era más que un drogado en las últimas.

—Un norteamericano blanco en las últimas —dice Fonny.

—Bueno. Pero la culpa no es tuya.

Fonny sonrío.

—Nos han tendido una trampa, nena. Por duro que sea, tienes que meterte en la cabeza que pueden separarnos cuando se les antoje obligándome a complicarme en algún lío. O pueden separarnos obligándote a ti a que trates de protegerme de ese lío. ¿Comprendes?

—Sí —dije al fin—. Comprendo. Y ahora sé que es cierto.

Pedrito vuelve con nuestros combinados.

—Esta noche tenemos un plato especial —anuncia—. Muy, muy español. Y lo probamos con todos los parroquianos que creen que Franco es un gran hombre. —Mira a Fonny burlonamente—. Creo que no es tu caso... Así que le quitaré el arsénico cuando te lo sirva. Sin el arsénico es un poco menos fuerte, pero de todos modos es muy bueno. Creo que os gustará. ¿Confíaís en que no os envenenaré? De todos modos, sería una estupidez por mi parte envenenaros antes de haceros pagar una cuenta tremenda. Para nosotros, sería la quiebra total. —Se vuelve hacia mí—. ¿Confía en mí, señorita? Le aseguro

que lo prepararemos con todo cariño.

—¡Cuidado, Pete! —dice Fonny.

—Tu mente es como una cloaca —dice Pedrito—. No mereces tener una chica tan guapa.

Y desaparece otra vez.

—Ese policía... —dice Fonny—. Ese policía...

—¿Qué pasa con ese policía?

De repente me he quedado tiesa y fría como una piedra: de miedo.

—Hará lo posible por pescarme.

—¿Cómo? No has hecho nada malo. La italiana lo ha dicho, y ha dicho que estaba dispuesta a jurarlo.

—Por eso mismo el policía tratará de pescarme —dice Fonny—. A los blancos no les gusta absolutamente nada que una mujer blanca les diga: ustedes son una recua de hijos de puta y el muchacho negro tiene razón y a mí me pueden besar el culo. —Sonríe—. Porque eso es lo que le ha dicho la italiana. Frente a un montón de gente. Y el tío no ha podido ni chistar. Y nunca lo olvidará.

—Bueno, pronto nos mudaremos a otro barrio, a nuestra buhardilla —digo.

—Es cierto —dice Fonny, y vuelve a sonreír.

Llega Pedrito con el plato especial que nos ha preparado.

Cuando dos personas se quieren, cuando se quieren de verdad, todo lo que ocurre entre ellas tiene un aire sacramental. A veces parecen apartarse mucho: no conozco peor tormento, no conozco un vacío más resonante que el que se produce cuando un amante se queda solo. Pero aquella noche, después de haber visto nuestra unión amenazada de manera tan misteriosa, después de ver desde muy cerca aquella amenaza, aunque cada uno desde ángulos diferentes, nos sentíamos más juntos que nunca. «Cada uno debe cuidar del otro —había dicho Joseph—. Ya descubriréis que esto es mucho más que una simple frase».

Después de la comida y del café, Pedrito nos ofreció coñac y nos dejó en el restaurante ya casi vacío. Fonny y yo nos quedamos sentados, bebiendo el coñac, cogidos de las manos, comprendiéndonos totalmente. Cuando acabamos el coñac, Fonny dijo:

—¿Nos vamos?

—Sí —dije, porque tenía ganas de estar a solas con él, en sus brazos.

Firmó la cuenta. La última cuenta que firmaría allí. Nunca me han permitido pagarla. Dicen que se les ha traspapelado.

Nos despedimos y caminamos hacia el apartamento, abrazados.

Había un coche patrulla parado frente a nuestra casa. Cuando Fonny abrió la verja y la puerta, el coche arrancó. Fonny sonrió, pero no dijo nada. Yo tampoco.

Aquella noche nuestro hijo fue concebido. Lo sé. Lo sé por la manera en que Fonny me tocó, me abrazó, me penetró. Nunca me había abierto tanto. Y cuando empezó a retirarse de mí, lo retuve, me abracé a él con alma y vida, llorando y gimiendo y moviéndome con él, y sentí que la vida, la vida, su vida me inundaba, confiándose a mí.

Después nos quedamos muy quietos. No nos movimos porque no podíamos. Nos abrazábamos con tanta fuerza que realmente parecíamos un solo cuerpo. Acariciándome, pronunciando mi nombre, Fonny se quedó dormido. Yo me sentía orgullosa. Había dado un gran paso. Ya éramos uno solo.

Sharon llega a Puerto Rico en un vuelo nocturno. Sabe exactamente cuánto dinero tiene, lo cual significa que sabe con cuánta rapidez debe luchar contra el tiempo, que avanza inexorable contra ella.

Baja del avión con cientos de personas, cruza la pista bajo el cielo azul y negro. Y hay algo en esas estrellas que parecen tan cercanas, algo en el modo en que el aire acaricia su piel, que le recuerda esa Birmingham que no ha visto en tantos años.

Ha llevado consigo sólo un bolso de mano, así que no tiene que hacer cola para recoger el equipaje. Hayward le ha reservado un cuarto en un hotelito de San Juan y le ha escrito la dirección en un papel.

Le ha advertido que a veces no es fácil encontrar un taxi.

Pero desde luego, no ha podido prepararla para la asombrosa confusión que reina en el aeropuerto de San Juan. Sharon se queda inmóvil un momento, procurando orientarse.

Lleva un vestido de verano de color verde y un sombrero verde de alas

anchas; su bolso colgando de un hombro, su cartera en una mano, estudia el escenario.

Su primera impresión es que todo el mundo parece conocerse en ese lugar. Y no precisamente por cómo miran o por el lenguaje que hablan: es por cómo se hablan. Hay muchos colores allí, pero eso no parece importar mucho, al menos en el aeropuerto. Todos gritan: es la única posibilidad de hacerse oír, y todos están decididos a que les oigan. Es totalmente imposible saber quién llega, quién se va. Familias enteras parecen haber permanecido sentadas allí durante semanas, con todas sus posesiones amontonadas a su alrededor. Aunque esas posesiones —advierde Sharon— no forman pilas demasiado altas. Para los niños, el aeropuerto sólo es un patio de juegos especialmente divertido.

Los problemas de Sharon son verdaderos y muy graves, puesto que no puede permitirse el lujo de declararse vencida. Por eso debe apoyarse en cuanto pueda ofrecerle una ilusión: y la clave para la ilusión es la complicidad. El mundo ve sólo lo que quiere ver o, cuando la suerte está echada, lo que nosotros le decimos que vea: el mundo no quiere ver quiénes somos, o qué somos, o por qué somos lo que somos. Sharon es la única que sabe que es mi madre, es la única que sabe para qué ha viajado a San Juan, donde no conoce a nadie. Antes de que la gente empiece a preguntarse qué hace allí, debe dejar bien claro que es una turista recién llegada desde allá, desde Nueva York, y que si no habla español no es por culpa suya.

Sharon se acerca al mostrador electrónico, se para frente a él y sonríe con cierta insistencia a una de las jóvenes que está sentada tras el mostrador.

—¿Habla inglés? —pregunta a la joven.

La joven, deseosa de probar que lo habla, mira a Sharon decidida a ayudarla.

Sharon le tiende el papel con la dirección del hotel. La joven lo mira, vuelve a mirar a Sharon. Esa mirada indica a Sharon que Hayward ha pensado las cosas muy bien, que la ha instalado en un hotel muy respetable y respetado.

—Lamento mucho tener que molestarla —dice Sharon—, pero no hablo una sola palabra de español y he tenido que viajar a San Juan de manera imprevista.

Se detiene y, sin dar ninguna explicación, continúa:

—Y no sé conducir. Me preguntaba si sería posible alquilar un coche con chófer. Si no es posible, ¿podría usted indicarme cómo conseguir un taxi? — Hace un ademán de impotencia hacia el aeropuerto—. Como usted ve...

Sonríe y la joven sonríe: vuelve a mirar el papel y echa un vistazo en torno al aeropuerto, entrecerrando los ojos.

—Un momento, señora —dice.

Descuelga el auricular del teléfono, abre la portezuela que la separa del público, la cierra y desaparece.

Vuelve en seguida, con un muchacho de unos dieciocho años.

—Éste es el conductor de su taxi —dice—. La llevará a donde usted va. —Lee la dirección en voz alta y devuelve el papel a Sharon. Sonríe—. Espero que disfrute usted de su estancia, señora. Si necesita algo... ¿Me permite? — Le da su tarjeta a Sharon—. Si necesita algo, por favor, no dude en llamarme.

—Gracias —dice Sharon—. Muchas gracias. No sé qué habría hecho sin usted.

—Oh, no ha sido nada. Jaime —dice en tono autoritario—, coge el bolso de la señora.

Jaime obedece, Sharon se despide de la joven y sigue a Jaime.

¡Una menos!, piensa Sharon, y empieza a asustarse.

Pero tiene que tomar decisiones con rapidez. Camino a la ciudad decide, ya que está allí, hacerse amiga de Jaime y depender de él, o al menos aparentar que depende de él. Jaime conoce la ciudad y sabe conducir. Claro que es demasiado joven. Pero eso puede resultar una ventaja. Alguien con más años, alguien que sepa más que Jaime, puede convertirse en un tremendo estorbo. El plan de Sharon es localizar el *night club*, ver a Pedro y, si es posible, a Victoria, sin decir una sola palabra a ninguno de ellos. Pero para una mujer que viaja sola, negra o blanca, no es fácil ir a un *night club* sin ninguna compañía.

Además, no le sorprendería que ese *night club* fuera un prostíbulo.

Su única alternativa es representar el papel de la turista norteamericana llena de curiosidad por todo lo que ve..., pero ella es negra, y está en Puerto Rico.

Sólo ella sabe que es mi madre y que está a punto de ser abuela. Sólo ella

sabe que tiene más de cuarenta años. Sólo ella sabe qué ha ido a hacer allí.

Cuando llegan al hotel, le da la propina a Jaime. Después, mientras el botones entra su equipaje en el hotel, mira súbitamente su reloj.

—¡Santo Dios! —exclama—, ¿podría esperarme un minuto mientras me inscribo en el registro? No tenía la menor idea de que fuera tan tarde. Debo encontrarme con una persona. No tardaré casi nada. El botones llevará el equipaje a mi cuarto. ¿Le parece bien?

Jaime es un muchacho de cara cetrina, ojos brillantes y sonrisa hosca. Está muy intrigado por esa extraña dama norteamericana: intrigado porque sabe, gracias a su triste e inexpresable experiencia, que aunque esa dama esté en dificultades —y sin duda alguna tiene un secreto— no intentará hacer nada desagradable contra él. Comprende que le necesita, que necesita su taxi para algo; pero eso no es asunto de él. Él mismo no sabe que lo sabe —la idea no se ha formado conscientemente en su cerebro—, pero sabe que esa dama es una madre. Él tiene madre. Puede reconocer a una madre en cuanto la ve. Sabe, también sin saber que lo sabe, que puede ayudar a esa madre. Su cortesía es tan real como las dificultades de Sharon. Por eso dice, con voz grave, que desde luego llevará a la señora a donde ella quiera y durante todo el tiempo que sea necesario.

Sharon le hace esperar un poco. Se inscribe, sube en el ascensor con el botones, le da la propina. No sabe si llevar sombrero o no: el problema es a la vez trivial y serio, pero nunca se le ha presentado hasta ese momento. Vuelve a ponérselo. ¿La hace más joven o más vieja? En su casa representa la edad que tiene (sea cual fuere esa edad) porque todos la conocen. Representa su edad porque sabe el papel que debe representar. Pero ahora está a punto de ir a un *night club*, en una ciudad extranjera, a solas, por primera vez en veinte años. Se pone el sombrero. Se lo quita. Advierte que está a punto de abandonarse al pánico y entonces arroja el sombrero sobre la mesilla, se frota la cara con agua fría con tanta fuerza como si hubiera sido mi cara, se pone una blusa blanca de escote cerrado, una falda negra, zapatos negros de tacón alto, se echa cruelmente el pelo hacia atrás, se lo ata en la nuca, se cubre los hombros y la cabeza con un chal negro. El propósito de todo eso es lograr aparentar más años. El resultado es que parece más joven. Sharon dice una palabrota, pero el taxi espera. Coge su cartera, corre al ascensor, atraviesa



rápidamente el vestíbulo, llega hasta el taxi. Los brillantes ojos de Jaime le informan que, aun así, no duda de que parece una turista yanqui, una gringa.

El *night club* está situado en lo que sin duda fue una laguna, si no un pantano, antes de construirse el inmenso hotel que lo aloja. Es un lugar horrible: tan ruidoso, tan impenetrable, tan desagradable que de sólo mirarlo piensa uno que la vulgaridad es un estado de gracia irrecuperable. Ahora Sharon está realmente asustada. Le tiemblan las manos. Enciende un cigarrillo.

—Debo encontrarme con alguien —dice a Jaime—. No tardaré mucho.

No puede saber, en ese momento, que ni el ejército entero sería capaz de hacer que Jaime se fuera. Sharon se ha convertido en algo que le pertenece. Jaime sabe que esa dama tiene problemas muy graves. Y que no son problemas corrientes: porque esa mujer es una dama.

—Está muy bien, señora —dice Jaime con una sonrisa.

Baja del coche para abrirle la puerta.

—Gracias —dice Sharon, que avanza rápidamente hacia la entrada de pésimo gusto, abierta de par en par.

No se ve ningún portero; pero sin duda lo habrá en el interior.

Ahora tendrá que guiarse por su propio instinto. Y todo lo que sostiene a Sharon, mi madre, que alguna vez soñó con ser cantante, es su secreto conocimiento de lo que ha ido a hacer en ese sitio.

Entra en el vestíbulo del hotel —llaves, recepción, correo, cajero, empleados aburridos, en general blancos, y decididamente pálidos— sin que nadie le preste la menor atención. Camina como si supiera muy bien adonde va. El *night club* está a la izquierda, al pie de una escalera. Sharon gira a la izquierda y baja la escalera.

Hasta ahora nadie la ha detenido.

—¿Señorita?

Nunca ha visto una fotografía de Pedro. El hombre que está frente a ella es blando y oscuro. La luz es muy tenue y el ambiente es demasiado extraño como para que Sharon pueda calcular su edad; no parece hostil. Sharon sonríe.

—Buenas noches. Espero no haberme equivocado de lugar. ¿Esto es...?

—Balbucea el nombre del *night club*.

—Sí, señorita.

—Bueno... Debo encontrarme con un amigo aquí, pero el vuelo que pensaba tomar estaba completo, de modo que tuve que tomar el anterior. He llegado antes de lo previsto. ¿Podría usted esconderme en alguna mesa, en un rincón, en cualquier parte?

—Desde luego.

El hombre la guía a través del salón repleto.

—¿Cómo se llama su amigo?

A Sharon el corazón le da un vuelco.

—En realidad, es por un asunto de negocios. Espero a un señor Álvarez. Yo soy la señora Rivers, de Nueva York.

—Gracias.

El hombre la instala ante una mesa, contra la pared.

—¿Desea tomar algo mientras espera?

—Sí, gracias. Un destornillador.

El hombre, sea quien fuere, se inclina y se aleja.

¡Dos menos!, piensa Sharon. Ahora está muy serena.

Como es un *night club*, la música es muy «animada». Vuelve a Sharon la época pasada con el batería. Vuelven sus días de cantante. Pero nada de eso, como me contará mucho después, vuelve a ella con la aureola de la nostalgia. Ella y el batería se separaron: eso fue todo. Ella no tenía madera de cantante: eso fue todo. Pero al mismo tiempo, recuerda lo que ella y el batería y el grupo intentaron, sabe adonde querían llegar. Si yo recuerdo *Uncloudy day* es porque me recuerdo a mí misma sentada en las rodillas de mi madre, la primera vez que oí la canción; Sharon recuerda *Mi Señor y yo; caminaremos juntos, mi Señor y yo*; esa canción es Birmingham, su padre y su madre, las cocinas y las minas. Quizá esa canción nunca le haya gustado especialmente, pero la conoce muy bien, es parte de ella. Y poco a poco va dándose cuenta de que ésa es la canción que, con diferentes palabras, si es que hay palabras en ella, están aporreando los chicos del conjunto. Y los muchachos no saben nada de la canción que cantan: lo cual le hace preguntarse a Sharon si sabrán algo acerca de sí mismos. Ésta es la primera vez en mucho tiempo que Sharon está a solas. Aún ahora está a solas físicamente, como está a solas, por ejemplo, cuando sale de compras para su familia. Cuando sale de compras

debe escuchar, debe mirar, debe decir sí o no, debe elegir: tiene una familia para la que cocinar. No puede envenenarles, porque les quiere. Y ahora se sorprende oyendo un sonido que no ha oído hasta ahora. Si estuviera haciendo compras no podría llevárselo a su casa y ponerlo en la mesa familiar, porque no alimentaría a nadie. ¡Mi chica y yo!, clama el desnutrido cantante de rock moviéndose como en un orgasmo electrónico. Pero nadie que haya tenido un amante, una madre o un padre, un Señor, puede sonar tan desesperadamente masturbatorio. Porque es desesperación lo que oye Sharon: y la desesperación, aunque no podamos llevarla a casa y ponerla en la mesa familiar, siempre debe respetarse. La desesperación puede volvernos monstruosos o hacernos nobles: y ahí están esos chicos, en la arena, expuestos a todo. Sharon les aplaude, porque reza por ellos. Le llevan el destornillador y Sharon sonríe a la cara que no puede ver. Toma un trago. Se yergue en su silla; los chicos están a punto de iniciar el próximo número. Y Sharon mira otra cara que se ha acercado y que no puede ver.

Los chicos empiezan la canción, a gritos: *No puedo encontrar satisfacción.*

—¿La señora Rivers? ¿Estaba esperándome?

—Sí. ¿No quiere sentarse?

El hombre se sienta frente a ella. Ahora Sharon puede verle. Piensa en mí, y en Fonny, y en nuestro hijo, y se maldice a sí misma por ser tan poco hábil, y sabe que está atrapada, con la espalda contra la pared, mientras que la espalda de él está contra la puerta... Pero no tiene más remedio que lanzarse al ataque.

—Me dijeron que una persona llamada Pedro Álvarez trabaja aquí. ¿Es usted Pedro Álvarez?

Sharon le mira. Aunque al mismo tiempo procura no mirarle.

—Quizá. ¿Para qué quiere verle?

Sharon se muere de ganas de fumar, pero teme que le tiemblen las manos. Coge el vaso con las dos manos y bebe lentamente, dando gracias a Dios por el chal, que deja su cara en las sombras: si ella puede verle, es natural que también él pueda verla a ella. Sharon calla un instante. Después pone el vaso sobre la mesa y coge un cigarrillo.

—¿Me da fuego, por favor?

Él le enciende el cigarrillo. Sharon se quita el chal.

—En realidad, no es al señor Álvarez a quien quiero ver. Es a la señora Victoria Rogers. Soy la futura suegra del hombre a quien ella ha acusado de violarla y que ahora está en la cárcel, en Nueva York.

Sharon le observa. Él la observa. Ahora ella empieza a verle.

—Bueno, señora, permítame decirle que tiene un yerno que es muy infortunado.

—También tengo una hija. Permítame que le diga también eso.

El bigote que se ha dejado crecer para parecer mayor se tuerce. El muchacho se pasa la mano por el pelo espeso y negro.

—Óigame. La pobre chica ya ha pasado por muchas cosas. Demasiadas. Déjela en paz.

—Hay un hombre que está a punto de morir por algo que no ha hecho. ¿Le parece que también a él podemos dejarle en paz?

—¿Por qué cree que no lo hizo?

—¡Míreme!

Los chicos del grupo terminan su número y se van. El *juke box* les reemplaza de inmediato: Ray Charles. *No puedo dejar de quererte.*

—¿Para qué quiere que la mire?

Llega el camarero.

—¿Qué toma, señor?

Sharon deja el cigarrillo y en seguida enciende otro.

—Invito yo. Deme lo de siempre. Y sirva a la señora lo que está tomando.

El camarero se va.

—Míreme.

—Estoy mirándola.

—¿Cree que quiero a mi hija?

—Con franqueza, es difícil creer que usted tenga una hija.

—Estoy a punto de ser abuela.

—¿De...?

—Sí.

El muchacho es joven, muy joven, pero también muy viejo: aunque no en el sentido que Sharon imaginaba. Ella había imaginado la edad de la corrupción. Y está frente a la edad del dolor. Frente a la edad del tormento.

—¿Piensa que podría casar a mi hija con un violador?

—Si no supiera que es un violador...

—Míreme de nuevo.

Él la mira. Pero eso no sirve de nada.

—Oiga. Yo no estaba allí. Pero Victoria jura que fue él. Y la pobre ya se ha revolcado bastante en la mierda, señora. ¡No quiero tirarle más mierda encima! Lo siento, señora, pero me importa un pito lo que le pase a su hija...

—Se detiene—. ¿Va a tener un hijo?

—Sí.

—¿Para qué viene a molestarme? ¿No puede dejarnos en paz? Lo único que queremos es que nos dejen en paz.

Sharon no dice nada.

—Oiga. Yo no soy norteamericano. Ustedes tienen todos esos abogados y toda esa gente, allí... ¿Para qué viene a molestarme? Mierda... Discúlpeme, pero yo no soy nada. Soy indio, soy italiano, soy español, soy cualquier cosa... Tengo mi negocito aquí, y tengo a Victoria, y no quiero volver a ensuciarla con toda esa mierda. Lo lamento, señora, pero no puedo ayudarla en nada.

Hace ademán de levantarse: no quiere ponerse a llorar frente a Sharon. Sharon lo retiene por la muñeca. El muchacho se sienta, una mano en la cara.

Sharon coge su billetera.

—Pedro... Le llamo así porque podría ser su madre. Mi yerno tiene su edad.

Él apoya la cabeza en una mano y la mira.

Sharon le tiende la fotografía en que estamos Fonny y yo.

—Mírela.

Él no quiere, pero la mira.

—¿Usted viola mujeres?

El muchacho la mira.

—Contésteme. ¿Usted viola mujeres?

Los ojos negros en la cara estólida, fijos ahora en los ojos de mi madre, electrizan la cara, son como una hoguera en la oscuridad de una colina remota: ha oído la pregunta.

—¿Usted viola mujeres?

—No.

—¿Cree que he venido hasta aquí para hacerle sufrir?

—No.

—¿Cree que soy una mentirosa?

—No.

—¿Cree que soy una loca? Ya sé que todos estamos un poco locos... Pero ¿cree que soy de verdad una loca?

—No.

—Entonces, por favor, lleve esta fotografía a su casa, muéstresela a Victoria y pídale que la observe con mucha atención. Abrácela. Hágalo. Soy mujer. Sé que la violaron y sé..., bueno, sé lo que todas las mujeres sabemos. Pero también sé que Alonso no la violó. Y se lo digo a usted porque supongo que usted sabrá lo que todos los hombres saben. Abrácela. —Le mira un instante; él le devuelve la mirada—. Y... ¿me llamará mañana? —Le da el nombre del hotel y el número de teléfono. Él lo anota—. ¿Me llamará?

El muchacho la mira, ahora con frialdad y dureza. Baja los ojos hacia el número de teléfono. Vuelve a mirar la fotografía. Empuja ambas cosas hacia Sharon.

—No —dice, y se pone de pie y se va.

Sharon permanece sentada. Escucha la música. Mira a los que bailan. Se obliga a terminar su segunda copa, que no tiene ganas de beber. No puede creer que lo que sucede suceda realmente. Pero sucede. Enciende un cigarrillo. Tiene clara conciencia no sólo de su color, sino también de que para los muchos testigos que la rodean, su posición, ambigua cuando entró, es ahora absolutamente clara: el muchacho de veintidós años que ha venido a ver desde tan lejos la ha dejado plantada. Tiene ganas de llorar. También tiene ganas de reír. Hace una seña al camarero.

—¿Señora?

—¿Cuánto le debo?

El mozo parece perplejo.

—Pero nada, señora. El señor Álvarez lo ha cargado a su cuenta.

Sharon advierte que en los ojos del camarero no hay lástima ni burla. Eso la impresiona hasta el punto de que aparecen lágrimas en sus ojos. Para ocultarlas, inclina la cabeza y se arregla el chal. El camarero se aleja. Sharon

deja cinco dólares sobre la mesa. Camina hacia la puerta. El hombre oscuro y blando la abre a su paso.

—Gracias, señora. Buenas noches. Su taxi la espera. Vuelva pronto, por favor.

—Gracias —dice mi madre, y sonrío, y sube la escalera.

Atraviesa el vestíbulo. Jaime está apoyado contra el taxi. Se le ilumina la cara cuando la ve acercarse y le abre la puerta del coche.

—¿A qué hora me necesitará mañana? —pregunta.

—¿A las nueve será muy temprano?

—Oh, no —ríe Jaime—. Me levanto antes de las seis.

El coche arranca.

—Estupendo —dice Sharon, meciendo el pie en el aire, pensando.

El niño empieza a dar patadas; me despierta de noche. Ahora que mamá está en Puerto Rico, son Ernestine y Joseph quienes me cuidan. No me atrevo a dejar mi empleo porque sé que necesitamos el dinero. Lo cual significa que muchas veces no puedo ir a las Tumbas para la visita de las seis.

Tengo la impresión de que si dejo mi empleo me pasaré el resto de la vida yendo a las Tumbas para la visita de las seis. Se lo explico a Fonny y él dice que lo entiende. Y, realmente, lo entiende. Pero entenderlo no le sirve de mucho a las seis de la tarde. Por más que entendamos, no podemos dejar de esperar: de esperar que nos llamen, que nos saquen de la celda y nos lleven escaleras abajo. Si tenemos quien nos visite, siquiera una sola persona que nos visite, pero que sea constante, sabemos que hay alguien afuera que se preocupa por nosotros. Y eso ayuda a pasar la noche, a iniciar el día. Por más que entendamos, por más que entendamos de verdad, si nadie viene a vernos es porque estamos en una situación muy difícil. Y eso, ahí, significa peligro.

Joseph me lo dice sin rodeos, un domingo por la mañana. Esa mañana me he sentido peor que nunca y Joseph ha debido atenderme porque Ernestine tiene que hacer un trabajo urgente en casa de la actriz. No sé que estará haciendo esta cosa que llevo dentro de mí, pero parece haber adquirido pies. A veces se está quieta, durante días enteros, quizá durmiendo, pero con más probabilidad tramando algo..., tramando su huida. Después se da la vuelta, agitando el agua, sacudiéndose, terriblemente aburrida de estar en ese

elemento, desesperada por salir. Empezamos a sostener un diálogo bastante áspero, esa cosa y yo. Da patadas, y yo aplasto un huevo contra la mesa; da patadas, y de repente la cafetera se vuelca sobre la mesa; da patadas, y el perfume en el dorso de mi mano es como sal en mi paladar y mi mano libre se apoya sobre el mostrador de cristal, con bastante fuerza como para partirlo en dos. Maldita sea... Hay que tener paciencia. Me porto lo mejor que puedo... y me da otra patada, encantada de haber provocado una reacción tan furiosa. Por favor. Quédate quieta. Y entonces, exhausta o, sospecho, simplemente astuta, se queda quieta, ahora que me ha cubierto la frente de sudor y me ha hecho vomitar el desayuno y correr al cuarto de baño — inútilmente— cuatro o cinco veces. Pero en verdad es muy astuta: quiere vivir y nunca se mueve mientras viajo en metro, o cuando cruzo una calle de mucho tránsito. Pero cada día es más pesada, y sus reclamos son cada vez peores. Es imposible no tenerla en cuenta. El mensaje es que no es ella quien me pertenece a mí —aunque a veces da una patada más suave, generalmente por la noche, para indicarme que no le molesta pertenecerme, que quizá nos tomemos afecto con el tiempo—, sino que yo le pertenezco a ella. De pronto arremete de nuevo, como Mohammed Alí, y voy a parar contra las cuerdas.

No reconozco mi propio cuerpo: está perdiendo su forma por completo. Trato de no mirarlo, porque no lo reconozco en absoluto. Además, a veces me quito algo por la noche y por la mañana me resulta muy difícil ponérmelo de nuevo. Ya no puedo usar tacones altos: perturban mi sentido del equilibrio tanto como un ojo ciego perturba la visión. Nunca he tenido pechos ni trasero, pero empiezo a tenerlos. Tengo la impresión de que aumento de peso a razón de ciento cincuenta kilos por hora y no me atrevo a pensar qué pareceré cuando esta cosa que llevo dentro de mí esté a punto de dar la última patada para salir. Santo Dios. Y sin embargo esa cosa, esa criatura y yo empezamos a conocernos y a veces nos sentimos muy bien juntos. Sé que tiene algo que decirme y debo aprender a oírla: de lo contrario, Fonny no me lo perdonaría nunca. Después de todo, he sido yo, más que él, quien he querido tenerla. Y en el fondo, más allá de todos nuestros problemas, estoy muy contenta. Ya casi no fumo: esta cosa ha logrado impedírmelo. Y he adquirido una pasión irresistible por el cacao y las rosquillas; y el coñac es la única bebida que tiene gusto para mí. Por eso, de vez en cuando, Ernestine



trae unas cuantas botellas de casa de la actriz. «Nunca las echará de menos, nena. Allí beben tanto que...».

Este domingo por la mañana Joseph me sirve la tercera taza de cacao, ya que me han obligado a devolver las dos anteriores con sendas patadas, y se sienta frente a mí, muy serio.

—¿Quieres tener ese hijo, nena?

El modo en que me mira, el tono de su voz me aterrorizan.

—Sí —contesto—. Claro que sí.

—¿Y quieres a Fonny?

—Sí.

—Entonces, lo siento mucho pero tienes que dejar tu empleo.

Me quedo mirándole.

—Sé que estás preocupada por el dinero. Pero deja que me preocupe yo por eso. Tengo más experiencia. Además, maldito el dinero que ganas... Lo único que consigues es matarte y enloquecer a Fonny. Si sigues así perderás la criatura. Y si la pierdes, Fonny ya no querrá vivir, y tú estarás perdida, y entonces yo estaré perdido y todo estará perdido.

Se pone de pie y camina hacia la ventana, volviéndome la espalda. Después me mira de nuevo.

—Hablo en serio, Tish.

—Ya lo sé —contesto.

Joseph sonríe.

—Oye, chiquilla. En este mundo cada uno de nosotros tiene que preocuparse por los demás, ¿no es así? Pero hay algunas cosas que yo puedo hacer y tú no puedes. Así es la vida. Hay cosas que yo puedo hacer y tú no puedes hacer, y otras cosas que tú puedes hacer y yo no. Por ejemplo, yo no puedo tener a tu hijo. Lo tendría, si pudiera. Haría cualquier cosa por ti. Lo sabes, ¿no es cierto?

Y Joseph me mira, sonriendo.

—Sí, lo sé.

—Y hay cosas que tú puedes hacer por Fonny y yo no puedo hacer, ¿no es verdad?

—Sí.

Joseph va y viene por la cocina.

—A los jóvenes no les gusta que les digan estas cosas... Tampoco a mí me gustaba, cuando era joven. Pero vosotros sois jóvenes. Chiquilla, no quisiera perderos por todo el oro del mundo... Pero sois jóvenes. Fonny es casi un niño. Y es terrible que un niño esté metido sin merecerlo en semejante lío. Y sólo te tiene a ti en el mundo, Tish. Eres lo único que tiene. Soy un hombre y sé lo que digo. ¿Me entiendes?

—Sí.

Vuelve a sentarse frente a mí.

—Tienes que ir a verle todos los días, Tish. Todos los días. Tienes que cuidar de Fonny. Nosotros nos encargaremos de lo demás. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Besa mis lágrimas.

—Preocúpate de que tu hijo nazca sano y salvo. Nosotros sacaremos a Fonny de la cárcel. Te lo prometo. Y tú, ¿me lo prometes?

Sonríó, y le contesto:

—Sí. Lo prometo.

De todos modos, a la mañana siguiente me siento demasiado mal como para ir a trabajar y Ernestine llama a la tienda para anunciar que faltaré. Dice que ella misma o yo iremos en los próximos días a recoger la liquidación de mi sueldo.

Y no se habló más del asunto. Para ser sincera, debo admitir que me pareció espantoso eso de no tener nada que hacer. Pero al mismo tiempo me obligó a admitir que me había empeñado en seguir trabajando para distraerme de mis problemas. Ahora estaba a solas con Fonny, con mi hijo, conmigo misma.

Pero Joseph tenía razón: Fonny se siente muy aliviado. Los días en que no veo a Hayward, visito a Fonny dos veces. Y siempre voy a las Tumbas para la visita de las seis. Y Fonny sabe que no faltaré. Y ahora empiezo a darme cuenta de algo muy extraño. Mi presencia, que no sirve absolutamente de nada, que desde un punto de vista práctico puede considerarse como una traición, es mucho más importante que cualquier gestión que pueda hacer yo. Todos los días, cuando Fonny vuelve a verme la cara, comprueba que le quiero: y Dios sabe que le quiero cada vez más, cada vez más. Pero no es sólo eso. Cuando me ve, comprende que también hay otros que le quieren: le

quieren tanto que me han hecho dejar el trabajo para que pueda ir a verle. Ya no está sólo; ninguno de nosotros está solo. Y si a veces me asusta haber perdido la cintura, Fonny está radiante de alegría: «¡Aquí llega! ¡Enorme como dos casas juntas! ¿No crees que tendrás mellizos? ¿O trillizos? ¡Joder, vamos a salir en los diarios!».

Y echa atrás la cabeza, con el teléfono en la mano, y me mira a los ojos, y se echa a reír.

Y comprendo que esa criatura que crece en mí está muy relacionada con su decisión de salir en libertad. Así que me importa un pito si me estoy poniendo enorme como dos casas juntas. El niño quiere salir. Fonny quiere salir. Y con el tiempo, lo lograremos.

Jaime llega puntualmente y Sharon está en la barriada a las nueve y media. Jaime tiene cierta idea del lugar donde está la casa, pero no conoce a la mujer: por lo menos, no está seguro de conocerla. Sigue pensando en eso cuando Sharon baja del taxi.

Hayward ha procurado prevenir a Sharon al decirle que jamás sería capaz de describir una barriada y que dudaba mucho de que ella, después de su visita, quisiera intentarlo. Es una experiencia muy amarga. Allá el cielo azul, el sol deslumbrante, el mar celeste; aquí el montón de basura. Cuesta tiempo darse cuenta de que el montón de basura es la barriada. Las casas, las chozas, están construidas sobre él; algunas sobre pilotes, como si intentaran levantarse de la inmundicia. Algunas tienen los tejados de chapa de zinc. Algunas tienen ventanas. Todas tienen niños.

Jaime camina junto a Sharon, orgulloso de protegerla, incómodo por esa excursión. El olor es insoportable. Pero a los niños, que suben y bajan corriendo su montaña, a esos niños oscuros, semidesnudos, de ojos brillantes, que entran y salen del mar, a esos niños parece no importarles.

—Éste debe de ser el lugar —dice Jaime.

Sharon pasa bajo una arcada y entra en un patio ruinoso. La casa que se alza frente a ella debió de ser mucho tiempo atrás una casa particular muy importante. Ya ha dejado de ser particular. Generaciones de pintura se desconchan en las paredes y el sol, que revela cada mancha, cada grieta, no se digna entrar en los cuartos, algunos de los cuales están cerrados, en la medida

en que lo permiten los postigos. El lugar es más estrepitoso que una orquesta de aficionados ensayando, y el ruido que hacen los recién nacidos y los niños es el tema, infinitamente desarrollado en armonías extraordinarias, en las voces de los mayores. Por todos lados parece haber puertas: estrechas, oscuras.

—Creo que es aquí —dice Jaime, nervioso, señalando una de las puertas—. En el tercer piso, me parece. ¿Dice que la mujer es rubia?

Sharon le mira; Jaime tiene un aire muy desdichado: no quiere que suba sola.

Sharon le toca la cara y sonrío: por un momento, el muchacho le ha recordado a Fonny, le ha hecho pensar en el motivo por el que está en ese lugar.

—Espéreme —dice—. No se preocupe. No tardaré mucho.

Atraviesa la puerta y sube la escalera como si supiera muy bien adónde va. En el tercer piso hay cuatro puertas. En ninguna de ellas hay nombres. Hay una que está semiabierta: Sharon llama, abriéndola un poco más.

—¿Está la señora Rogers?

Una chica muy delgada, con inmensos ojos oscuros en la cara de tez oscura, descalza, con una bata floreada, camina hacia el centro del cuarto. El pelo rizado es de un rubio confuso. Tiene los pómulos pronunciados, los labios finos, la boca grande: un rostro dulce, vulnerable. Un crucifijo de oro brilla en su cuello.

—¿Señora? —dice.

Y se queda inmóvil, mirando a Sharon con sus grandes ojos asustados.

—¿Señora?

Porque Sharon no ha dicho nada: permanece ante la puerta, mirándola.

La chica se humedece los labios con la lengua. Repite una vez más:

—¿Señora?

No aparenta su edad. Parece una niña muy pequeña. Al fin avanza, la luz revela en ella un aspecto diferente y Sharon la reconoce.

Sharon se apoya contra la puerta abierta, temiendo por un instante que no podrá tenerse en pie.

—¿Usted es la señora Rogers?

La muchacha entrecierra los ojos y aprieta los labios.

—No, señora. Está equivocada. Mi apellido es Sánchez.

Se miran las dos. Sharon sigue apoyada en la puerta.

La muchacha hace un movimiento en dirección a la puerta, como para cerrarla. Pero no quiere empujar a Sharon. No quiere tocarla. Da un paso, se detiene; se toca el crucifijo que lleva al cuello, siempre con los ojos fijos en Sharon. Sharon no puede descifrar la expresión de la muchacha. Hay en ella una preocupación no muy diferente de la de Jaime. También hay terror y cierta simpatía oculta por el miedo.

Sharon no está muy segura de que pueda moverse, y por otro lado intuye que será mejor no cambiar de posición y no apartarse de la puerta abierta. Eso le da cierta ventaja.

—Perdóneme, señora, pero tengo mucho trabajo... Si me permite... Y no sé quién es la señora Rogers. ¿Por qué no pregunta en otra casa? —Sonríe y mira por la ventana abierta—. Pero hay tantas... Tendría que buscar durante mucho tiempo.

Mira a Sharon, llena de amargura. Sharon se yergue y de pronto las dos se miran a los ojos: cada una de ellas capturada por la otra.

—Tengo una fotografía suya —dice Sharon.

La muchacha no dice nada. Intenta una expresión divertida.

Sharon coge la fotografía y se la tiende. La muchacha camina hacia la puerta. Mientras avanza, Sharon se aparta de la puerta y se adelanta hacia el cuarto.

—¿Señora! Le he dicho que tengo mucho trabajo. —Mira a Sharon de arriba abajo—. No soy una dama norteamericana.

—Yo no soy una dama. Soy la señora Rivers.

—Y yo soy la señora Sánchez. ¿Para qué me molesta? No la conozco.

—Ya sé que no me conoce. Quizá ni siquiera ha oído hablar de mí.

Algo ocurre en la cara de la muchacha, que aprieta los labios, hurga en el bolsillo de su bata en busca de cigarrillos y después echa el humo con insolencia hacia Sharon. Pero dice:

—¿Quiere un cigarrillo, señora?

Y tiende el paquete a Sharon.

Hay una súplica en los ojos de la muchacha y Sharon, con mano temblorosa, coge el cigarrillo, que la muchacha enciende. Después guarda de

nuevo el paquete en el bolsillo de su bata.

—Ya sé que no me conoce. Pero quizá haya oído hablar de mí.

La muchacha echa una mirada a la fotografía que Sharon tiene en la mano; después mira a Sharon y no dice nada.

—Anoche estuve con Pedro.

—¡Ah! ¿Él le dio la fotografía?

Ha querido decirlo irónicamente; se da cuenta de que ha cometido un error. Pero sus ojos desafiantes, clavados en los de Sharon, parecen decir: ¡Hay tantos Pedros!

—No. Me la dio el abogado de Alonso Hunt... El hombre a quien usted acusa de haberla violado.

—No sé de qué está hablando.

—Creo que sí, que lo sabe.

—Oiga: no estoy en contra de nadie, pero tengo que pedirle que se vaya de aquí.

Tiembla y está a punto de echarse a llorar. Cierra los puños con fuerza, como para resistir a la tentación de tocar a Sharon.

—Estoy aquí porque trato de sacar a un hombre de la cárcel. Ese hombre va a casarse con mi hija. Y no fue él quien la violó.

Sharon saca del bolso la fotografía en que estamos Fonny y yo.

—Mírela.

La muchacha se vuelve de nuevo hacia la ventana, se sienta en la cama en desorden y se queda mirando por la ventana.

Sharon se acerca a ella.

—Mírela, por favor. La muchacha es mi hija. El hombre que está con ella es Alonso Hunt. ¿Éste es el hombre que la violó?

La muchacha no quiere mirar la fotografía. Ni a Sharon.

—¿Éste es el hombre que la violó?

—Lo único que puedo decirle, señora, es que a usted nunca la han violado. —Baja los ojos hacia la fotografía y después, brevemente, los alza hacia Sharon—. Se parece a él. Pero aquél no se reía...

Después de un instante, Sharon dice:

—¿Puedo sentarme?

La muchacha no dice nada: suspira y se cruza de brazos. Sharon se sienta

junto a ella en la cama.

Debe de haber dos mil radios y transistores sonando en torno a ellas. En todas se oye a B. B. King. En realidad, Sharon no se da clara cuenta de cuál es la canción, pero reconoce el ritmo. Nunca le ha parecido más ensordecedor, más insistente, más quejumbroso. Nunca le ha parecido más agresivo y peligroso. Ese ritmo tiene eco en las voces humanas y está corroborado por el mar, que brilla y brilla más allá del montón de basura de la barriada.

Sharon se sienta y escucha, escucha como nunca lo ha hecho antes. La muchacha tiene la cara vuelta hacia la ventana. Sharon se pregunta qué es lo que oye, qué es lo que ve. Quizá no oiga ni vea nada. Permanece sentada con una sensación de obstinada e inmóvil impotencia, sus delgadas manos colgando entre sus rodillas, como alguien que ya ha caído antes en una trampa.

Sharon mira la frágil espalda de la muchacha. El pelo rizado empieza a secársele y es oscuro en las raíces. El ritmo de la música se acelera, se vuelve casi insoportable, empieza a latir en la cabeza de Sharon, amenaza con reventársela. Sharon está a punto de llorar sin saber por qué. Se levanta de la cama y camina hacia la música. Mira a los niños y contempla el mar. Se vuelve y mira a la muchacha. La muchacha tiene los ojos fijos en el suelo.

—¿Usted nació aquí? —pregunta Sharon.

—Oiga, señora. Antes de que siga hablando quiero decirle una cosa: usted no puede hacerme nada. Aquí no estoy sola ni indefensa. ¡Tengo amigos aquí! ¡Sépalos!

Y echa a Sharon una mirada furiosa, asustada, dubitativa. Pero no se mueve.

—No trato de hacerle nada. Lo único que quiero es sacar a un hombre de la cárcel.

La muchacha se vuelve en la cama, dando la espalda a Sharon.

—Un hombre inocente —agrega Sharon.

—Señora, creo que se ha equivocado de casa. De verdad. No sé para qué me dice todo eso a mí. ¡No tengo nada que ver con esa historia!

Sharon empieza a averiguar:

—¿Cuánto tiempo vivió usted en Nueva York?

La muchacha arroja el cigarrillo por la ventana.

—Demasiado.

—¿Dejó a sus hijos allí?

—Oiga: no se meta con mis hijos.

En el cuarto hace cada vez más calor y Sharon se quita la chaqueta liviana y se sienta de nuevo en la cama.

—Yo también soy madre —dice lentamente.

La muchacha la mira, intentando un irónico desinterés. Pero aunque ella y la envidia se conocen muy bien, la ironía le es totalmente ajena.

—¿Por qué volvió a Puerto Rico? —le pregunta Sharon.

No es la pregunta que la muchacha esperaba. Y, en verdad, tampoco es la pregunta que Sharon deseaba hacerle.

Y se miran, y la pregunta vibra entre ambas como la luz que cambia sobre el mar.

—Usted ha dicho que es madre —dice al fin la muchacha.

Se levanta y se dirige otra vez hacia la ventana. Esta vez Sharon la sigue y las dos miran juntas hacia el mar. En cierto modo, la amarga respuesta de la muchacha empieza a aclarar las ideas de Sharon. En esa respuesta descifra una súplica: y empieza a hablarle de otro modo.

—Hija: en este mundo nos ocurren cosas terribles, y todos hacemos cosas terribles a veces. —Mira obstinadamente por la ventana; pero observa a la muchacha—. Llegué a ser mujer mucho antes que usted. Recuérdelo. Pero... —y se vuelve hacia Victoria, la atrae hacia sí (la muñeca delgada, las manos huesudas, los brazos cruzados) y la toca, suavemente: procura hablar como si me hablara a mí— ...todos pagamos por las mentiras que decimos. —Mira a la muchacha. La muchacha la mira—. Usted ha mandado a un hombre a la cárcel, hija, a un hombre a quien nunca vio. Ese hombre tiene veintidós años, hija, y quiere casarse con mi hija, y... —los ojos de Victoria vuelven a posarse en los de Sharon— ...es negro. —Deja que la muchacha se aparte y se vuelve hacia la ventana—. Como nosotras.

—Yo le vi.

—Le vio en la fila de hombres que le mostró la policía. Ésa fue la primera vez que le vio. Y la única.

—¿Por qué está tan segura?



—Porque le conozco desde que nació.

—¡Ah! —dice Victoria, y trata de alejarse; los ojos oscuros, vencidos, se le llenan de lágrimas—. Si usted supiera a cuántas mujeres he oído decir eso. Pero ellas no le vieron... cuando yo le vi... cuando se me acercó. Las mujeres nunca ven eso. ¡Mujeres respetables, como usted! Esas mujeres nunca ven eso. —Las lágrimas le corren por la cara—. Usted quizá conozca a un chico muy bueno que ha llegado a ser un hombre muy bueno... ¡con usted! Pero no conoce al hombre que hizo..., que hizo... ¡lo que me hizo a mí!

—Pero ¿está segura de que usted le conoce?

—Sí. Estoy segura. La policía me llevó a aquel lugar y me dijeron que lo señalara y lo señalé entre los demás. Eso es todo.

—Pero estaba... cuando aquello ocurrió... a oscuras. Y después vio a Alonso Hunt... a plena luz.

—Había luz en el vestíbulo. Vi bastante.

Sharon vuelve a atraerla y le toca el crucifijo.

—Hija, hija. En nombre de Dios.

Victoria mira hacia abajo, hacia la mano que toca el crucifijo, y grita: es un sonido que Sharon jamás ha oído. La muchacha se aparta violentamente de Sharon y corre hacia la puerta, que ha permanecido abierta. Grita y llora:

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí!

Las demás puertas se abren. Se asoma gente. Sharon oye los bocinazos del taxi. Uno, dos. Uno, dos, tres. Uno, dos, tres. Ahora Victoria grita en español. Una de las mujeres más viejas se acerca a la puerta y coge a Victoria entre sus brazos. Victoria se desploma, llorando, contra los pechos de esa mujer; y la mujer, sin mirar a Sharon, se la lleva consigo. Pero todos los demás que se han reunido miran a Sharon: y ahora el único sonido que oye Sharon son los bocinazos del taxi de Jaime.

La gente la mira, le mira la ropa. Sharon no puede decirles nada; avanza hacia el pasillo, hacia ellos. Lleva sobre el brazo la ligera chaqueta de verano y tiene el bolso en una mano, en la otra la fotografía en que estamos Fonny y yo. Pasa frente a ellos lentamente, y lentamente baja la escalera. Hay gente en todos los rellanos. Sharon sale al patio, a la calle, Jaime le abre la puerta del taxi. Sharon sube, Jaime cierra la puerta y, sin decir una palabra, arranca.

Por la noche, Sharon va al *night club*. Pero el portero le informa que el señor Álvarez no irá por allí esa noche, que no hay mesas para mujeres sin compañía y que, de todos modos, el *night club* está repleto.

La mente es como un objeto que acumula polvo. El objeto, como la mente, no sabe por qué se adhiere a él ese polvo. Pero lo cierto es que cuando algo cae sobre él, ya no desaparece. Por eso, después de aquella tarde en la verdulería, vi a Bell en todas partes y en todo momento.

Por entonces no sabía su nombre. Lo supe la noche en que se lo pregunté. Ya había memorizado el número de su insignia.

Desde luego, le había visto antes de aquella tarde, pero sólo era un policía de entre tantos para mí. Después de aquella tarde, fue para mí un hombre de pelo colorado y ojos azules. Tendría unos treinta años. Caminaba como John Wayne, pisando fuerte mientras salía para limpiar el universo. Era un maldito hijo de puta, estúpido, pueril. Como sus héroes, era un cretino, un bravucón de mierda, con los ojos tan vacíos como los de George Washington. Pero empecé a descubrir algo en aquella mirada sin expresión que me helaba la sangre en las venas. Cuando uno miraba fijamente aquel azul imperturbable, aquella punta de alfiler en el centro de cada ojo, descubría una crueldad infinita, una perversa frialdad. Era una suerte no existir para aquellos ojos. Pero si aquellos ojos, desde su altura, se sentían obligados a fijarse en alguien, si alguien llegaba a existir en el invierno increíblemente helado que vivía tras ellos, esa persona quedaba marcada, marcada, marcada, como un hombre con un abrigo negro que avanza sobre la nieve. Los ojos repudiaban esa presencia que arruinaba el paisaje. Y al fin el abrigo negro se inmovilizaba, rojo de sangre, y la nieve se enrojecía, y los ojos también repudiaban ese rojo y hacían caer más nieve para que lo cubriera todo. Algunas veces yo estaba con Fonny cuando nos cruzábamos con Bell; otras veces estaba sola. Cuando estaba con Fonny, los ojos miraban al frente, hacia un sol helado. Cuando estaba sola, los ojos se clavaban en mí como las zarpas de un tigre, me desgarraban como un rastrillo. Aquellos ojos sólo miraban los ojos de las víctimas dominadas. No podían mirar otros ojos. Cuando Fonny estaba solo, ocurría lo mismo. Los ojos de Bell se deslizaban sobre el cuerpo negro de Fonny con la insaciable crueldad del deseo, como si hubieran

encendido el soplete para dirigirlo hacia el sexo de Fonny. Cuando se cruzaban y yo estaba allí, Fonny miraba fijamente a Bell, y Bell miraba fijamente hacia adelante. «Voy a joderte, muchacho», decían los ojos de Bell. «No lo conseguirás», decían los ojos de Fonny. «Pronto me largaré de aquí y no me verás el pelo».

Yo estaba asustada porque comprendía que en las calles del Village Fonny y yo estábamos totalmente solos. Nadie se preocupaba por nosotros; allí no había nadie que nos quisiera.

Bell me habló una vez. Yo iba a casa de Fonny, a la salida de mi trabajo. Me sorprendió ver a Bell porque yo acababa de salir del metro de Fourteenth Street y la Octava avenida, y él solía estar en las inmediaciones de Bleecker y McDougal. Yo iba resoplando y jadeando por la avenida, con un paquete de chucherías que les había soplado a los judíos. Durante un instante tuve miedo, porque todo lo que había en el paquete, engrudo, broches, acuarelas, papel, chinchetas, clavos, plumas, era robado. Pero él no podía saberlo y además ya le odiaba demasiado como para que me importara. Caminé hacia él, él caminó hacia mí. Empezaba a oscurecer; serían las siete o las siete y media. Las calles estaban llenas: hombres que regresaban a sus casas, borrachos vacilantes, mujeres apresuradas, muchachos puertorriqueños, drogadictos: y en ese momento apareció Bell.

—¿Quiere que le lleve el paquete?

Casi se me cae de las manos. Y por poco me orino encima. Le miré a los ojos.

—No —dije—, muchas gracias.

Quise seguir caminando, pero se interpuso en mi camino. Volví a mirarle a los ojos. Aquella debió de ser la primera vez que miré a los ojos a un blanco. Bell me detuvo, yo permanecí inmóvil. No era como mirar a los ojos a un hombre. Era una experiencia desconocida para mí y, por lo tanto, muy impresionante. Era una seducción que contenía la promesa de la violación. Era una violación que prometía el envilecimiento y la venganza: por ambas partes. Yo sentía el ímpetu de entrar en él, de abrir aquella cara y cambiarla y destruirla, de hundirme en el fango con él. Entonces ambos quedaríamos libres: casi podía oír el canto.

—Diablos, no va usted demasiado lejos —dijo Bell—. Pero podría

ayudarla con ese paquete.

Todavía veo la escena en aquella avenida repleta de gente apresurada, en la luz del crepúsculo: yo con mi paquete y mi bolso, mirándole; él, mirándome. De repente me había convertido en su presa: surgió en mí una desolación que nunca había sentido. Le miraba los ojos, los labios húmedos, infantiles, ansiosos. Y sentía su sexo endureciéndose contra mí.

—No soy un mal tipo —dijo—. Dígaselo a su amigo. No tiene por qué asustarse de mí.

—No me asusto —contesté—. Y se lo diré. Gracias.

—Buenas noches —dijo.

—Buenas noches —contesté, y seguí mi camino casi a la carrera.

Nunca se lo conté a Fonny. No podía. Borré aquel episodio de mi mente. No sé si Bell habló alguna vez con Fonny. Lo dudo.

La noche en que arrestaron a Fonny, Daniel estaba en nuestra casa. Medio borracho. Lloraba. Hablaba una vez más de los años pasados en la cárcel. Había visto a nueve hombres violar a un chico. Y a él lo habían violado. Nunca, nunca más volvería a ser el Daniel que había sido. Fonny le abrazó justo antes de que se desplomara. Fui a preparar café.

Entonces llegaron y llamaron a la puerta.

## II SIÓN

FONNY trabaja en la madera. Es una madera blanda, parda, que se yergue sobre su mesa. Ha decidido esculpir mi busto. La pared está cubierta de esbozos. Yo no estoy en el cuarto.

Las herramientas están sobre la mesa. Fonny camina en torno a la madera, aterrado. No se atreve a tocarla. Sabe que es necesario. Pero no se atreve a profanarla. La contempla una y otra vez, casi llorando. Desearía que la madera le hablara: espera que la madera le hable. Hasta que le hable no podrá moverse. Estoy aprisionada en alguna parte del silencio de esa madera. Y Fonny también.

Coge un cincel, lo deja. Enciende un cigarrillo, se sienta en su banco, contempla la madera, coge de nuevo el cincel.

Lo deja, va a la cocina para servirse una cerveza, vuelve con la cerveza, se sienta de nuevo en el banco, contempla la madera. La madera, a su vez, le contempla.

—Hija de puta —dice Fonny.

Coge una vez más el cincel y se acerca a esa madera que espera. La roza con la mano, la acaricia. Escucha. Como en broma, apoya el cincel contra la madera. El cincel empieza a moverse. Fonny empieza.

Y despierta.

Está a solas, en la celda, en el último piso de la cárcel.

Eso no durará. Pronto lo mandarán abajo, a una celda más grande, con otros hombres. Hay un inodoro en un rincón de la celda. Apesta.

Y Fonny apesta.

Bosteza, apoya la nuca en las manos y se vuelve, furiosamente, en el

estrecho jergón. Aguza el oído. No sabe qué hora es, pero poco importa. Las hojas son todas iguales, los días son todos iguales. Mira los zapatos, que no tienen cordones, en el suelo, junto al jergón. Trata de encontrar algún motivo para explicarse por qué está ahí, algún motivo para moverse o no moverse. Sabe que debe hacer algo para no ahogarse en ese sitio, y todos los días lo intenta. Pero no lo consigue. No puede hundirse en sí mismo ni salir de sí mismo. Está inmóvil. Y todavía le invade el miedo. Se levanta, va hacia el rincón, orina. El depósito no funciona muy bien y el inodoro se desbordará en un instante. No sabe cómo puede remediarlo. Tiene miedo, solo allí, arriba. Pero también tiene miedo del momento en que lo bajarán junto a los otros, esos que ve a las horas de las comidas, esos que le miran. Sabe quiénes son, los ha visto a todos antes, y si tuvieran que encontrarse fuera sabría qué decirles. Allí no sabe nada. La mente no le funciona: está poseído por el pánico. Allí está a merced de cualquiera, y también a merced de esa piedra y ese hierro. Afuera no es joven. Allí comprende que es joven, muy joven, demasiado joven. ¿Envejecerá en ese lugar?

Mira a través de la minúscula abertura en la puerta de la celda, hacia lo poco que ve del corredor. Todo está inmóvil y en silencio. Debe de ser muy temprano. Se pregunta si es el día en que lo llevarán a las duchas. Pero no sabe qué día es, no puede recordar cuánto hace que lo han llevado a las duchas. Hoy se lo preguntaré a alguien, piensa, y entonces recordaré. Tengo que recordar. No puedo abandonarme así. Procura recordar todo lo que ha leído sobre la vida en las cárceles. No puede recordar nada. Su mente está vacía como una concha, resuena como una concha, con un sonido hueco, sin preguntas, sin respuestas, sin nada. Y apesta. Bosteza de nuevo. Se rasca. Agarra los barrotes de la alta ventana y mira hacia arriba, hacia lo poco que ve del cielo. El contacto del hierro le calma un poco; la piedra fresca y rugosa contra su piel le alivia un poco. Piensa en Frank, su padre. Piensa en mí. Se pregunta qué estaremos haciendo en ese preciso instante. Se pregunta qué estará haciendo el mundo entero sin él, por qué lo han dejado allí, solo, quizá hasta que se muera. El cielo tiene el mismo color que el hierro; las pesadas lágrimas ruedan por la cara de Fonny y siente que le pica la barba crecida. No puede reunir fuerzas porque no puede explicarse por qué está allí.

Vuelve a acostarse en el jergón. Le quedan cinco cigarrillos. Sabe que esa

noche le llevaré más cigarrillos. Enciende uno, mirando la tubería del techo. Se estremece. Trata de serenarse. «Es sólo un día más. No enloquezcas. Mantente sereno».

Aspira el humo del cigarrillo. Su miembro se endurece. Distraídamente, empieza a acariciarlo a través de los calzoncillos; es su único amigo. Aprieta los dientes, se resiste, pero es joven y está solo, abandonado. Se acaricia suavemente, como si rezara, cerrando los ojos. El miembro rígido responde, ardiendo, y Fonny suspira, vuelve a aspirar el humo del cigarrillo. Se detiene pero su mano se niega a inmovilizarse, no quiere inmovilizarse. Se muerde el labio inferior, en un esfuerzo por... Pero la mano sigue moviéndose. Se baja los calzoncillos, se sube la manta hasta el mentón. La mano sigue moviéndose, se cierra, se mueve cada vez más rápido mientras Fonny levanta y baja el cuerpo. Oh. Trata de no pensar en nadie, trata de no pensar en mí, no quiere que yo tenga ninguna relación con esa celda o con ese acto. Oh. Y se vuelve, arqueándose, retorciéndose. El vientre empieza a estremecerse. Oh. Grandes lágrimas se amontonan en sus ojos. No quiere que eso acabe. Debe acabar. Oh. Oh. Oh. Deja caer el cigarrillo en el suelo de piedra, se entrega por completo, imagina que unos brazos humanos le rodean, gime, está a punto de gritar, el miembro ardiente y cada vez más rígido le hace arquearse, sus piernas se ponen tiesas. Oh. No quiere que eso acabe. Debe acabar. Gime. Es increíble. Su sexo explota, arroja un chorro sobre su mano y su vientre y sus pelotas. Fonny suspira, después de un momento muy largo abre los ojos y la celda se desploma sobre él, hierro y piedra, revelándole que está solo.

Lo bajan para que me vea, a las seis.

Se acuerda de levantar el teléfono.

—¡Hola! —sonríe—. ¿Cómo estás, nena? Cuéntame algo.

—Sabes que no tengo nada que contarte. ¿Cómo estás?

Besa el vidrio. Beso el vidrio.

Pero no parece estar muy bien.

—Hayward vendrá a verte mañana por la mañana. Cree que ha conseguido fijar la fecha para el juicio.

—¿Para cuándo?

—Pronto. Muy pronto.

—¿Qué significa pronto? ¿Mañana? ¿El mes próximo? ¿El año próximo?

—Fonny... Si no supiera que será pronto, no te lo diría. Y Hayward me dijo que podía decírtelo.

—¿Antes de que nazca el niño?

—Oh, sí, antes de que nazca.

—¿Para cuándo lo esperas?

—Pronto.

Entonces le cambia la cara y se ríe. Hace un burlón ademán de amenaza con el puño.

—¿Cómo va? El niño, digo...

—Vivo. Y dándome patadas. Puedes creerlo.

—Te lleva a mal traer, ¿eh? —Vuelve a reír—. Pobre Tish...

La cara vuelve a cambiarle; otra luz surge en ella: ahora está muy hermoso.

—¿Has visto a Frank?

—Sí. Ha hecho muchas horas extras. Vendrá mañana.

—¿Contigo?

—No. Con Hayward. Por la mañana.

—¿Cómo está Frank?

—Bien, cariño.

—¿Y esas miedosas de mis hermanas?

—Como siempre.

—¿No se han casado todavía?

—No, Fonny, todavía no.

Espero la próxima pregunta:

—¿Y mamá?

—No la he visto. Por supuesto. Pero creo que está muy bien.

—El corazón sigue funcionándole, ¿eh? ¿Tu madre ha vuelto de Puerto Rico?

—Todavía no. Pero la esperamos en cualquier momento.

La cara le cambia una vez más.

—Si esa chica sigue diciendo que la violé... No saldré nunca más de aquí.

Enciendo un cigarrillo, lo apago. El niño se mueve, como si quisiera echar un vistazo a Fonny.



—Mamá cree que Hayward puede probar que miente. Además, parece que trabaja algunas horas al día como prostituta. Eso no la ayudará mucho. Y... tú eras la cosa más negra en la fila que le mostró la policía aquella mañana. Había algunos muchachos blancos y un puertorriqueño y un par de tipos bastante morenos... pero tú eras el único negro.

—No sé bien qué quiere decir eso.

—Bueno, entre otras cosas, quiere decir que el caso puede anularse. La mujer dice que la violó un negro, y por eso metieron a un solo negro en la fila, junto a un montón de tipos bien pálidos. Era natural que ella te señalara a ti. Si buscaba a un negro, sabía que no podía ser ninguno de los otros.

—¿Y qué pasa con Bell?

—Bueno... Como te dije, ya mató a un niño negro. Y Hayward se asegurará de que el jurado se entere.

—Me cago en... Si el jurado lo sabe, probablemente querrán darle una medalla. El tipo limpia la calle de maleantes...

—Fonny, no pienses así. Querido. Cuando toda esta asquerosa historia empezó decidimos que viviríamos al día, sin perder la cabeza y sin tratar de pensar en lo que pasaría más adelante. Sé muy bien cómo te sientes, cariño, pero no sirve de nada pensar así...

—¿Me echas de menos?

—Oh, por Dios, claro que sí. Por eso no tienes que perder la cabeza. ¡Estoy esperándote, el niño está esperándote!

—Perdóname, Tish, perdóname. Voy a tranquilizarme. Lo haré. Pero a veces es difícil, porque aquí no tengo nada que hacer..., ¿me entiendes? Y ocurren cosas en mi interior que no puedo entender. Empiezo a ver las cosas como nunca las había visto. No sé cómo llamar a esas cosas, y tengo miedo. No soy tan fuerte como creía. Soy más joven de lo que creía. Pero voy a tranquilizarme. Te lo prometo. Tish. Cuando salga seré mejor que antes. Te lo prometo. Lo sé. Tish. Quizá exista algo que me hacía falta ver y... quizá no lo habría visto nunca si no me hubieran metido aquí. Quizá sea eso. Oh, Tish, ¿me quieres?

—Te quiero. Te quiero. Tienes que saber que te quiero, así como sabes que ese pelo rizado te está creciendo.

—¿Estoy horrible?

—Bueno, si pudiera ponerte las manos encima... Pero para mí eres hermoso.

—Ojalá también yo pudiera ponerte las manos encima.

Se produce un silencio y nos miramos. Seguimos mirándonos cuando la puerta se abre a espaldas de Fonny y aparece el hombre. Ése es siempre el momento más terrible, cuando Fonny tiene que levantarse y volver la espalda, y yo tengo que levantarme y volver la espalda. Pero Fonny está sereno. Se levanta y alza el puño. Sonríe y se queda un momento mirándome a los ojos. Algo viaja desde él hasta mí: es amor y es coraje. Sí. Sí. De algún modo lo conseguiremos. De algún modo. Me levanto, sonrío y alzo el puño. Fonny se vuelve hacia el infierno. Yo camino hacia el Sahara.

Los errores de este mundo son infinitos. El fiscal, la acusación, el Estado, «El Pueblo contra Alonso Hunt»... Todos se las han arreglado para inmovilizar, para aislar o intimidar a cada testigo favorable a Alonso Hunt. Pero se han quedado sin su principal testigo, como nos informa una Sharon enflaquecida la noche que Ernestine pide prestado el coche y el chófer de la actriz para ir a buscar a mamá al aeropuerto Kennedy.

—Esperé dos días más. Pensé: «No puedo volver así». Este asunto no puede acabar así. Jaime me había prevenido: tenía que acabar así. Para entonces, toda la isla conocía la historia. Todos la conocían. Jaime la conocía mejor que yo misma. Me dijo que me seguían a todas partes, que nos seguían a los dos a todas partes. Y una noche, en el taxi, me lo probó. Otro día os contaré.

La cara de mamá: también ella ve algo que nunca había visto.

—Yo no podía seguir dando vueltas por ahí. Durante los dos últimos días, Jaime tuvo que hacer de espía para mí. La gente conoce su taxi mejor que a él mismo, ¿entendéis? La gente siempre conoce mejor el exterior que el interior. Si ven que llega su taxi, bueno, es Jaime. No miran en el interior.

La cara de Sharon: y la cara de Joseph.

—Así que pidió prestado el coche de un amigo. Así no podían verle llegar. Y cuando alcanzaran a verle, ya no les importaría demasiado, puesto que yo no iba con él. Jaime era parte del paisaje, como el mar, como el montón de basura: era algo que habían visto durante toda su vida. No

necesitaban mirarle. Nunca imaginé que las cosas pudieran acabar así. Quizá la gente no se atrevía a mirarle, como no mira el montón de basura, como no se mira a sí misma: como nosotros no miramos. Nunca imaginé que las cosas pudieran acabar así... Nunca. No sé español y ellos no saben inglés, pero todos estamos sobre el mismo montón de basura. Por el mismo motivo.

Sharon me mira.

—Y por el mismo motivo, nunca imaginé que las cosas pudieran acabar así. El que descubrió América merecería que le llevaran de vuelta a su patria encadenado para que se muriera allí.

Me mira de nuevo.

—Tú cuida de que el niño nazca sano y salvo, ¿me oyes? —Y sonrío. Sonríe. Está muy cerca de mí. Y está muy lejos—. No permitiremos que nadie ponga cadenas a ese niño. Eso es todo.

Se levanta y camina por la cocina. Nosotros la miramos: ha perdido peso. Tiene en la mano un zumo de naranja con ginebra. Sé que todavía no ha abierto su equipaje. Y como observo que hace esfuerzos para no llorar, me doy cuenta de que, después de todo, es joven.

—Bueno, como os contaba... Él estaba allí y Jaime estaba allí cuando se llevaron a la chica. Gritaba. Había tenido un aborto. Pedro bajó la escalera con la chica en brazos. Empezaba a sangrar.

Sharon toma un trago. Se para frente a nuestra ventana, a solas consigo misma.

—La llevaron a un sitio en las montañas, a un sitio llamado Barranquitas. Hay que saber muy bien dónde queda ese sitio para poder llegar hasta allí. Jaime dice que no volverán a verla nunca más.

Eso puede cambiar la marcha del juicio, ya que la acusación se ha quedado sin su principal testigo. Nos queda una débil esperanza en Daniel, pero ninguno de nosotros podría verle, aunque supiéramos dónde está. Lo han trasladado a otra prisión del Estado: Hayward trata de localizarle, Hayward sigue trabajando en el caso.

La acusación pedirá una prórroga para el juicio. Nosotros pediremos que se retiren los cargos y se abandone el caso, pero nos preparamos para pagar la fianza; si el Estado la concede y si conseguimos juntar el dinero.

—Muy bien —dice Joseph, que se levanta, va hacia la ventana y se para

junto a Sharon, aunque no la toca. Los dos contemplan su isla.

—¿Estás bien? —pregunta Joseph.

—Sí, estoy bien.

—Entonces, a la cama. Estás cansada. Y has estado demasiado tiempo fuera de casa.

—Buenas noches —dice Ernestine con firmeza.

Sharon y Joseph, que se han echado los brazos al cuello, atraviesan el vestíbulo rumbo a su dormitorio. En cierto modo, Ernestine y yo somos ahora las personas mayores en la casa. Y el niño vuelve a dar patadas.

Pero el efecto que todo esto produce en Frank es catastrófico y es Joseph quien debe llevarle la noticia. Además, sus horarios son ahora tan irregulares que debe llevarle la noticia a su casa.

Sin decir una sola palabra, Joseph se las ha arreglado para prohibirnos a Ernestine y a mí que contemos nada a los Hunt.

Es cerca de medianoche.

La señora Hunt está en la cama. Adrienne y Sheila acaban de regresar, están en la cocina, en camisón, riendo y tomando un bocado. El trasero de Adrienne es cada vez más grande, pero Sheila es un caso desesperado. Le han dicho a Sheila que se parece a una actriz, Merle Oberon, a quien ha visto en el programa de medianoche de televisión: se ha depilado las cejas para parecerse más, pero ha logrado el efecto opuesto. Al menos la Oberon valía la pena por su inquietante semejanza con un huevo.

Joseph debe ir a trabajar al puerto de madrugada, así que no tiene tiempo que perder. Tampoco Frank, que también debe levantarse al alba.

Frank pone una cerveza ante Joseph y se sirve un poco de vino. Joseph bebe un sorbo de la cerveza. Frank, de su vino. Se miran durante un momento muy incómodos, conscientes de la risa de las muchachas en la cocina. Frank querría hacerlas callar, pero no puede apartar los ojos de los de Joseph.

—¿Bueno?... —dice Frank.

—Prepárate. Vas a caerte de espaldas. Han aplazado el juicio, porque la chica puertorriqueña, imagínate, ha perdido a su hijo y parece que también ha perdido la cabeza, se ha vuelto medio loca... Está en algún lugar de las montañas de Puerto Rico, no puede moverse y nadie puede verla. No podrá

venir a Nueva York y el Estado quiere que se aplace el juicio... hasta que ella pueda.

Frank no dice nada.

—¿Entiendes lo que digo? —sigue Joseph.

Frank se bebe el vino y dice, serenamente:

—Sí, entiendo.

Oyen los cuchicheos de Sheila y Adrienne en la cocina: ese ruido está a punto de enloquecer a los dos hombres.

—¿Quieres decirme que dejarán a Fonny en la cárcel hasta que esa chica recobre el juicio? —pregunta Frank. Toma otro trago, mira a Joseph—. ¿Se trata de eso?

Algo en el aspecto de Frank empieza a asustar a Joseph, pero no sabe qué es.

—Bueno... Eso es lo que quieren hacer. Pero quizá podamos sacar a Fonny, bajo fianza.

Frank no dice nada. Las muchachas ríen en la cocina.

—¿Cuánto habrá que pagar?

—No lo sabemos. Aún no han fijado la suma.

Bebe la cerveza cada vez más asustado, aunque no lo manifieste.

—¿Cuándo la fijarán?

—Mañana. Tal vez pasado mañana. —Tiene que decirlo—: Si...

—¿Si qué?

—Si aceptan nuestra alegación, hombre. Quizá nos nieguen la posibilidad de la fianza. —Hay algo más que debe decir—. Además..., no creo que ocurra, pero conviene mirar las cosas desde el lado peor... Quizá intenten agravar la acusación porque la chica ha perdido a su hijo y parece haberse vuelto loca.

Silencio: las risas en la cocina.

Joseph se rasca una axila, observando a Frank. Joseph está cada vez más incómodo.

—Así que estamos jodidos —dice por fin Frank con helada serenidad.

—¿Por qué dices eso, hombre? El caso es difícil, pero aún no ha acabado.

—Oh, sí es caso acabado. Le han atrapado. No le dejarán salir hasta que tengan todo en sus manos. Todavía no están listos. Y nosotros no podemos

hacer nada.

El miedo hace gritar a Joseph:

—¡Tenemos que hacer algo!

Oye su propia voz que resuena contra las paredes, contra la risa que llega desde la cocina.

—¿Y qué podemos hacer?

—Si nos conceden la fianza, si conseguimos juntar el dinero...

—¿Cómo?

—¡Hombre, no sé cómo! ¡Sólo sé que tenemos que conseguirlo!

—¿Y si no nos conceden la fianza?

—¡Le sacaremos de todos modos! ¡No me importa lo que haya que hacer para sacarle!

—Tampoco a mí. ¿Pero qué podemos hacer?

—Sacarle. Eso es lo que debemos hacer. Los dos sabemos que Fonny no tiene por qué estar allí. Y esos mentirosos hijos de puta también lo saben. — Se levanta. Tiembla. La cocina está en silencio—. Oye. Entiendo lo que quieres decir. Quieres decir que nos han agarrado por las pelotas. Está bien. Pero Fonny es nuestro hijo: nuestro hijo. No sé cómo vamos a hacerlo. Sólo sé que tenemos que hacerlo. Sé que no tienes miedo por ti mismo. Y Dios sabe que tampoco yo tengo miedo. El chico tiene que salir de allí. Eso es todo. Y nosotros tenemos que sacarle. Eso es todo. Y lo primero que tenemos que hacer, hombre, es no perder la calma. No podemos permitir que esos hijos de puta con cara de culo se salgan con la suya. —Se deja caer en la silla, bebe la cerveza—. Ya hace demasiado tiempo que están matando a nuestros hijos.

Frank mira hacia la puerta abierta de la cocina, donde están sus dos hijas.

—¿Pasa algo malo? —pregunta Adrienne.

Frank arroja el vaso de vino contra el suelo. El vaso estalla.

—¡Estúpidas de mierda! ¡Moved el culo y no os atreváis a poner un pie aquí! ¿Me habéis oído? ¡Marchaos de aquí! Si fuérais dos mujeres de verdad venderíais el coño en la calle para salvar a vuestro hermano, en vez de regalárselo a esos maricas que siempre están husmeando alrededor vuestro con un libro bajo el brazo. ¡Idos a la cama! ¡Fuera de aquí!

Joseph mira a las hermanas. Ve algo muy extraño, algo que nunca

imaginó: ve que Adrienne quiere a su padre con un amor desesperado. Sabe que Frank sufre. Le calmaría si pudiera, pero no sabe cómo. Daría cualquier cosa por hacerlo. Y no sabe que, para Frank, ella es como su madre.

Sin decir palabra, Adrienne baja los ojos y se va. Sheila la sigue.

El silencio es gigantesco: se hace cada vez más grande. Frank se echa las manos a la cabeza. Entonces Joseph comprende que Frank quiere a sus hijas.

Frank no dice nada. Sus lágrimas caen sobre la mesa, resbalando por las palmas con que se ha cubierto la cara. Joseph mira: las lágrimas se deslizan por la palma hacia las muñecas para caer con un ruido muy leve e intolerable sobre la mesa. Joseph no sabe qué decir, pero:

—No es momento de llorar, hombre. —Termina la cerveza. Observa a Frank—. ¿Estás bien?

—Sí. Estoy bien —dice por fin Frank.

Joseph dice:

—Trata de dormir un poco. Tenemos que levantarnos temprano. Hablaremos mañana, después del trabajo. ¿De acuerdo?

—Sí —dice Frank—. De acuerdo.

Cuando Fonny se entera de que han aplazado el juicio y sabe por qué y comprende qué consecuencias puede tener para él la tragedia de Victoria — soy yo quien se lo digo—, algo muy extraño, aunque maravilloso, ocurre en él. No es que nos infunda esperanza: es que él deja de aferrarse a la esperanza.

—Está bien —es todo cuanto dice.

Tengo la sensación de que veo por primera vez sus pómulos pronunciados y quizá sea cierto: ha perdido mucho peso. Mira fijamente hacia mí, dentro de mí. Sus ojos son enormes, profundos y oscuros. Me siento a la vez aliviada y asustada. Fonny se ha apartado: no para alejarse de mí, pero se ha apartado. Está en un lugar donde yo no estoy.

Y mirándome con esos ojos enormes, graves, me pregunta:

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien.

—¿El niño está bien?

—Sí, está bien.

Sonríe. Su sonrisa es siempre una conmoción para mí. Siempre veré el espacio donde estaba el diente perdido.

—Bueno, yo no voy mal. No te preocupes. Volveré a casa. Volveré a casa, a ti. Te quiero en mis brazos. Quiero tus brazos a mi alrededor. Quiero tener a nuestro hijo en mis brazos. Tendrá que ser así. No pierdas la fe.

Sonríe de nuevo y todo se conmueve dentro de mí. Oh, amor, amor.

—No te preocupes. Volveré a casa.

Sonríe una vez más, se levanta y me saluda. Me mira fijamente, con una mirada que nunca he visto en ninguna cara. Se inclina para besar el vidrio. Beso el vidrio.

Ahora Fonny sabe por qué está allí, por qué está donde está. Ahora se atreve a mirar a su alrededor. No está allí por algo que haya hecho. Lo ha sabido desde siempre, pero ahora lo sabe de otro modo. Durante las comidas, en las duchas, cuando sube y baja la escalera, por la noche, justo antes de que vuelvan a encerrarle, mira a los demás, escucha: ¿qué han hecho ellos? No mucho. Hacer mucho es tener poder para encerrar a esos hombres donde están, para mantenerlos donde están. Afuera hay asesinos y violadores con las manos llenas de todo lo que tienen que hacer y que hacen mucho; ladrones, verdaderos pervertidos, estudiantes universitarios que llevan portafolios, muy ocupados, tremendamente ocupados, que hacen mucho. Torturadores que hacen mucho. Obispos, sacerdotes y predicadores que hacen mucho. Hombres de gobierno que todavía hacen más. Esos hombres cautivos son el precio secreto de un terror oculto y terrible: los justos deben ser capaces de señalar a los condenados. Hacer mucho es tener el poder y la necesidad de dominar a los condenados. Pero esto, piensa Fonny, funciona en ambos sentidos. «Hay unos que están fuera y otros que están dentro. Muy bien. Ya lo veo. Hijos de puta. A mí no me colgarán».

Le llevo libros, y él lee. Nos las arreglamos para hacerle llegar papel, y dibuja. Ahora que sabe dónde está empieza a hablar con los hombres procurando sentirse, por así decirlo, en su casa. Sabe que aquí puede ocurrirle cualquier cosa. Pero precisamente porque lo sabe, ya no puede volver la espalda: tiene que afrontar todo eso y hasta burlarse, jugar, ser atrevido.

Está incomunicado porque se ha negado a que lo violen. Ha vuelto a



perder un diente y casi ha perdido un ojo. Algo se endurece en él, algo cambia en él para siempre, sus lágrimas se congelan en su vientre. Pero ha saltado desde el promontorio de la desesperación. Lucha por su vida. Ve frente a él el rostro de su hijo, tiene una cita a la que no puede faltar y mientras se revuelca en la mierda, sudando, apestando, jura que estará presente cuando su hijo llegue.

Hayward logra que concedan la fianza. La suma es demasiado alta. Mientras tanto, ha llegado el verano.

Un día que nunca olvidaré Pedrito me llevó a casa desde el restaurante español. Pesada, terriblemente pesada, fui hacia mi sillón y me senté.

El niño estaba inquieto y yo tenía miedo. Faltaba muy poco para el nacimiento. Me sentía tan cansada que tenía ganas de morirme. No había podido ver a Fonny en mucho tiempo porque estaba incomunicado. Aquel día le había visto. Estaba tan flaco, tan lastimado: casi grité. ¿A quién, dónde? Vi esa pregunta en los enormes ojos oscuros y fatigados de Fonny: ojos que ardían, ahora, como los de un profeta. Sin embargo, cuando sonrió reconocí a mi amante: pero como si le hubiera visto por primera vez.

—Te has convertido en piel y huesos —dije—. Señor, ten piedad...

—Llámale, si quieres. No te oirá.

Pero lo dijo con una sonrisa.

—Casi hemos juntado el dinero para pagar la fianza.

—Me imaginé que lo conseguiríais.

Nos sentamos y nos quedamos mirándonos. Hacíamos el amor a través de todo aquel vidrio y aquel hierro y aquella piedra.

—Oye. Pronto estaré fuera. Vuelvo a casa porque me alegro de haber venido aquí. ¿Me entiendes?

Le miré a los ojos.

—Sí —dije.

—Ahora soy un artesano —dijo Fonny—. Como un individuo que hace... mesas. No me gusta la palabra artista. Quizá nunca lo fui. Te aseguro que no sé qué coño quiere decir. Soy un tipo que trabaja con sus cojones, con sus manos. Ahora sé de qué se trata. Creo que lo sé de veras. Aunque me hunda. Pero creo que no me hundiré. Ahora.

Está muy lejos de mí. Está conmigo, pero está muy lejos. Y desde ahora lo estará siempre.

—Te seguiré a donde me lleves —le dije.

Fonny se ríe.

—Nena. Nena. Nena. Te quiero. Voy a hacer una mesa y un montón de gente comerá en ella durante mucho, mucho tiempo.

Desde mi sillón, miraba por mi ventana, hacia aquellas calles terribles, hacia aquellas calles tan sórdidas. ¿Qué ha ocurrido aquí? Esta tierra está maldita.

«¿No hay un solo justo entre ellos?

»No, ninguno».

El niño me daba patadas, pero de un modo muy distinto, y supe que casi había llegado el momento. Recuerdo que miré el reloj: eran las ocho menos veinte. Estaba sola, pero sabía que pronto entraría alguien por la puerta. El niño volvió a dar patadas. Retuve el aliento, casi lloré. Sonó el teléfono.

Crucé el cuarto, pesada, terriblemente pesada, y descolgué el auricular.

—Hola...

—Hola. ¿Tish? Soy Adrienne.

—¿Cómo estás, Adrienne?

—Tish... ¿Has visto a mi padre? ¿Está ahí?

Su voz por poco me hace desplomarme. Nunca había oído semejante terror.

—No. ¿Por qué?

—¿Cuándo le viste por última vez?

—Yo no le he visto... Sé que Joseph le ha visto. Pero yo no. —Adrienne lloraba. Sonaba horriblemente a través del teléfono.

—¡Adrienne! ¿Qué pasa? ¡Dime qué pasa!

Recuerdo que en aquel instante todo se inmovilizó. El sol no se movió y la tierra no se movió y el cielo miró hacia abajo, esperando, y yo me llevé la mano al corazón para que empezara a latir de nuevo.

—¡Adrienne! ¡Adrienne!

—Tish... Hace dos días despidieron a papá del trabajo... Dijeron que robaba y le amenazaron con meterle en la cárcel. Estaba desesperado, por

Fonny y todo lo demás, y llegó a casa borracho, diciendo palabrotas a todo el mundo, y después se fue y no hemos vuelto a verle... Tish, ¿no sabes dónde está mi padre?

—Adrienne, querida, no lo sé. Juro por Dios que no lo sé. No le he visto.

—Tish, sé que no me quieres...

—Adrienne, tú y yo nos hemos peleado, pero eso no significa nada. Es normal. Eso no significa que no te quiera. Nunca haría nada para causarte daño. Eres la hermana de Fonny. Y si le quiero a él, tengo que quererte a ti. ¿Adrienne?...

—Si le ves, ¿me llamarás?

—Sí. Sí. Sí. Claro que sí.

—Por favor. Por favor. Tengo miedo —dijo Adrienne en voz muy baja y en un tono muy diferente. Colgó.

Cuando colgué, a la vez oí la llave en la cerradura y mamá entró.

—Tish, ¿qué te pasa?

—Era Adrienne. Buscaba a Frank. Dice que le han despedido del trabajo y que estaba como loco. Y Adrienne... Esa pobre chica ha perdido la cabeza. Mamá... —Nos miramos: la cara de mamá estaba tan inmóvil como el cielo—. ¿Papá no le ha visto?

—No sé. Pero Frank no ha venido por aquí.

Dejó la bolsa de las compras sobre el aparato de televisión, se acercó a mí y me puso una mano en la frente.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada. Rara.

—¿Quieres que te sirva un poco de coñac?

—Sí, gracias, mamá. Me arreglaré el estómago.

Mamá fue a la cocina y volvió con el coñac y me lo puso en la mano.

—¿Tienes el estómago revuelto?

—Un poco. Ya pasará.

Tomé el coñac y miré el cielo. Sharon me observó un instante y volvió a irse. Miré el cielo. Era como si tuviera algo que decirme. Me sentía en un lugar extraño, sola. Todo estaba inmóvil. Hasta el niño.

Sharon volvió.

—¿Has visto a Fonny hoy?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Hermoso. Le han pegado, pero no han conseguido dominarle. ¿Me entiendes? Está hermoso.

Pero me sentía tan cansada que casi no podía hablar. Algo estaba a punto de sucederme. Eso era lo que sentía, sentada allí, en mi sillón, mirando el cielo, sin poder moverme. Sólo podía esperar.

«Hasta que llegue mi hora».

—Creo que Ernestine ha conseguido el resto del dinero —dijo Sharon, y sonrió—. Se lo dio la actriz.

Antes de que pudiera contestarle sonó el timbre y Sharon fue hacia la puerta. Algo en su voz me hizo levantarme de un salto. Dejé caer el vaso de coñac al suelo. Aún recuerdo la cara de Sharon: estaba tras mi padre. Y recuerdo la cara de mi padre.

Joseph nos dijo que habían encontrado a Frank río arriba, lejos, lejos, muy lejos, en los bosques, sentado en su coche, con las puertas cerradas y el motor en marcha.

Me desplomé en mi sillón.

—¿Lo sabe Fonny?

—Creo que no. Aún no. No lo sabrá hasta mañana.

—Tengo que decírselo.

—No podrás ir allí hasta mañana, hija.

Joseph se sentó.

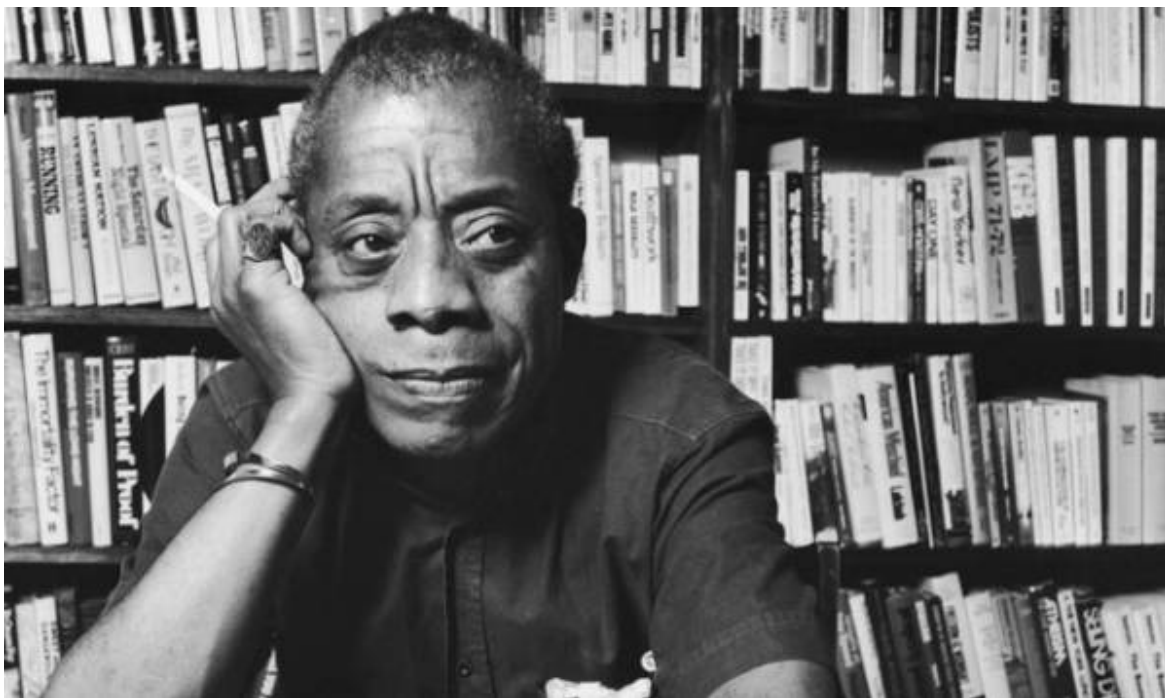
Sharon me preguntó de repente:

—¿Cómo te encuentras, Tish?

Abrí la boca para decir... no sé qué. Cuando abrí la boca, no pude respirar. Todo desapareció, salvo los ojos de mi madre. Una increíble inteligencia llenó el aire entre nosotras. Entonces sólo vi a Fonny. Y después grité. Había llegado mi hora.

Fonny trabaja en la madera, en la piedra, silbando, sonriendo. Y desde muy lejos, pero cada vez más cerca, mi hijo llora, y llora, y llora, y llora, y llora, y llora, y llora: como si quisiera despertar a los muertos.

St. Paul de Vence  
Día de la Hispanidad, 12 de octubre de 1973.



James Baldwin (Nueva York, 2 de agosto de 1924 - Saint-Paul de Vence, 1 de diciembre de 1987). Fue un escritor y activista por los derechos civiles afroestadounidense. Cursó estudios en la Clinton High School y ejerció algunos años como predicador en la iglesia de la Fireside Pentecostal Assembly. Al dejar ese ministerio, se consagró a la literatura, publicando en 1948 su primer libro: *El ghetto de Harlem*. Baldwin incide sobre todo en el desajuste y la rebeldía del hombre negro enfrentado a la sociedad norteamericana. Entre sus obras, que abarcan el teatro, la crítica literaria y la novela, destacan, *Ve y dilo en la montaña*, *El cuarto de Giovanni*, *Blues para Mr. Charlie* y *Otro país*, publicada en esta misma colección.

## Notas

[1] *Holy Roller*: miembro de una secta cuyas ceremonias se caracterizan por la frenética exaltación en que caen sus seguidores. (N. del T.) <<



[2] *Sis*: abreviatura de *sister* (hermana). (*N. del T.*) <<